



ATENEEO CIENTÍFICO Y LITERARIO
DE MADRID

CURSO DE HISTORIA

PRIMERA CONFERENCIA

3 de enero de 1882

INTRODUCCIÓN

POR EL

EXCMO. SR. D. JOSÉ MORENO NIETO



SEÑORAS Y SEÑORES: Uno de los medios por los que esta docta corporación se ha propuesto promover la general cultura, ha sido las cátedras establecidas por los Estatutos; cátedras ó cursos en que insignes oradores expusieran doctrinas en largas lecciones acerca de algunas de las ramas de los humanos saberes. Pero estas lecciones, por causas que es fácil adivinar, han ido decayendo y han sido reemplazadas poco á poco por conferencias. Son éstas quizá más adecuadas á las grandes necesidades contemporáneas; quizá por ellas viene más pronto á nuestro pensamiento y vida cuanto alienta y late en la historia de los pueblos extraños; y también salen más fácil-

mente á la luz del mundo todas aquellas novedades y pensamientos que bullen en la cabeza de nuestros jóvenes y de nuestros insignes oradores. Así es que habéis visto que las conferencias han sustituido como á la callada á las cátedras que antes ilustraron y dieron tanto renombre al Ateneo. Pero tienen las conferencias varios defectos, por ser á manera de trabajos aislados, así como monografías; ellas son como los escritos ó artículos de las revistas y publicaciones periódicas. La Junta de gobierno, de acuerdo con algunos distinguidos socios, decidió dar series de conferencias sobre las dos grandes ramas que dividen hoy el saber humano, es decir, sobre las ciencias naturales y las ciencias históricas. Y notad, señores, notad, vuelvo á decir, el carácter de estas series de conferencias. Hasta ahora el Ateneo se había ocupado principalmente de los trabajos literarios, de los estudios filosóficos, morales y políticos, y alguna vez de los históricos, pero sólo en cuanto á la política decían relación. Mas esos estudios, aunque siempre de gran importancia, porque son los que conservan el fuego sagrado y levantan mucho la cultura, no son ya suficientes para satisfacer á la razón en la vida contemporánea. No digo yo que se deban dar al olvido; al contrario, pues son como la sal, que impide la podredumbre, y como el fuego y el calor, que elevan nuestra alma. Pero ¡ah! no nos hagamos ilusiones; es menester agrandar nuestros horizontes, es menester extender la esfera de nuestros trabajos, es menester asociarnos al movimiento europeo. Y bien; ese movimiento va ahora encaminado á conocer la realidad cósmica; se ha puesto en la corriente de la vida, y quiere conocer al sér en todas sus evoluciones, desde el átomo y la nebulosa hasta las últimas formas que nos presenta el mundo orgánico. Es preciso, pues, siguiendo la dirección del pensamiento, tratar de asociarnos á ese trabajo, y ver de descubrir la realidad cósmica en todas sus evoluciones. Ved aquí el fin á que responden estas conferencias.

Al dividir las en dos series, no creáis que queremos colocar unas al lado de las otras, como cosas yuxtapuestas y paralelas, como si vivieran separadas sin una manera de íntima relación; no, se han dividido, sólo por ciertas razones

de método, pero sin desconocer la profunda unidad que hay entre ellas, el enlace y compenetración que existe entre las materias sobre que han de versar. Es hoy afirmación fundamental de todas las escuelas la continuidad de la realidad y la continuidad de la ciencia. No viven ya, ni siquiera en el hombre mismo, ni en el espíritu, no viven ya separadas del mundo en medio del cual se producen; no existen de un lado las ciencias naturales y de otro las filosóficas é históricas; ni se desarrolla la humanidad en un mundo enteramente distinto de este material en que la vemos. Lo real se produce en el orden de continuidad, en el cual lo más complejo y perfecto va naciendo de lo incomplejo é imperfecto; y todo por una serie de evoluciones, por grados, por momentos en los cuales no hay un verdadero paréntesis, ni suspensiones, ni saltos. ¡Ni cómo los había de haber, si entonces sería imposible la realidad! Por eso hay que conocerla en sí, y en forma evolutiva, de tal suerte que todas las formas y procesos se enlacen entre sí y marchen de lo inferior á lo superior, de lo que es imperfecto á lo más perfecto y comprensible. Para esto es preciso que toda ciencia superior exprese un mayor grado de realidad, que sea como síntesis de las ciencias anteriores y suponga su completo conocimiento; y véase por qué es hoy necesidad de la ciencia (que enunciada parece una pretensión soberbia, y que sin embargo es quizá triste, pero necesidad verdadera) la de que no puede saberse ninguna ciencia superior sin conocer todas las ciencias inferiores, no se pueden conocer las ciencias sociales sin conocer las naturales, no se puede conocer al hombre en Psicología sin conocer la Fisiología; y no se puede conocer la Fisiología, esto es, la vida de los seres organizados, sin conocer la Química, la Astronomía y todas las ciencias que enseñan cuáles son las leyes y los progresos que rigen el mundo de la naturaleza. De manera que al hacer la división en dos grupos distintos no ha sido bajo la idea de una completa separación de estos estudios, sino con el pensamiento íntimo y profundo de la unidad completa de la ciencia; en términos que la ciencia que se refiere al conocimiento de la realidad cósmica es una cien-

cia en toda la extensión de la palabra, y no son sino evoluciones de ella todas las otras que llamamos morales, políticas, naturales é históricas, cualquiera que sea el nombre que se las dé. (*Muy bien, muy bien.*) Pero al reconocer, señores, la realidad que se nos muestra en el mundo mediante un proceso evolutivo, en el cual se va desde la nebulosa hasta las grandes condensaciones y hasta la forma del cristal en el mundo inorgánico, y en el orgánico á través de varias formas y estaciones hasta la plenitud de los tiempos; aunque digo que la ciencia debe concebirse de ese modo, es preciso por necesidad de la inteligencia dividirla en varias secciones. Por tal motivo hemos dividido estas conferencias en dos series, una relativa á las ciencias naturales, la otra á las ciencias históricas. La de las ciencias naturales, confiada está á insignes oradores y pensadores ilustres, cuyos nombres son ya conocidos en los pueblos europeos. Ellos os darán el secreto de las grandes cosas que estudian esas ciencias. Yo no tengo que tocar á ellas. Su conocimiento se supone en todo lo que digamos respecto al hombre, que es el sér que se presenta como síntesis de la creación, como microcosmos. Los que estamos encargados de las conferencias históricas, hemos de empezar allí donde aparece el espíritu, el sér humano, que es (como decía Hégel) para quien se hizo todo cuanto vive en la tierra y hay en el cielo, que es la última palabra de la creación, la última aspiración de la realidad, el único sér que viene á justificar la existencia del Cosmos. Yo he recibido el pesado encargo de inaugurar estas conferencias históricas; y llámole pesado, porque lo es mucho y superior en todo extremo á mis débiles fuerzas; pero que sin vacilar he aceptado, contando con vuestra benevolencia. ¿Cuál debe ser el objeto de la introducción que estoy encargado de exponer ante vosotros en esta noche?

¿Qué debe ser una oración inaugural, ó una lección que introduzca al conocimiento de la historia? Paréceme que fijar el concepto de ella, determinar su naturaleza, ver de señalar los contornos y establecer el contenido de esa misma ciencia y las grandes líneas que han de marcar la evolución por la cual habrá de realizar su esencia toda y llenar su cometido.

En cuanto á la historia, habré de deciros que, en mi sentir, es el desarrollo de la esencia del sér colectivo, llamado humanidad, en una serie de momentos y estaciones que realicen esa esencia y cumplan á la vez el ideal que descubrirá el fin de las edades. Desarrollo, he dicho, del sér colectivo llamado humanidad, pero comprended bien la índole del desarrollo histórico; la historia supone vida, y la vida no se da en el mundo del mecanismo, digan lo que quieran modernos naturalistas que pretenden borrar las profundas distinciones entre lo orgánico y lo inorgánico, entre el sér consciente y el que no tiene conciencia. El mundo material, el mundo inmenso, ese que se rige por las leyes matemáticas y mecánicas, tendrá movimiento, tendrá cierta manera de proceso, cumplirá cierto género de construcciones, que no irán más allá de esas formas que se llaman del cristal: todo esto podrá constituir un verdadero desarrollo, todo esto vendrá á realizar una esencia, pero no á cumplir una idea, ni menos un verdadero ideal; no es, pues, una verdadera historia. Tampoco la hallaremos en todos estos seres organizados que están por bajo del hombre: aunque puede creerse que viven porque realizan una idea en un ciclo determinado, esa vida no es historia; verdadera historia no se cumple en la vida del sér orgánico, ni aun en la vida particular del hombre: donde hay un período de ascensión, de decadencia y de muerte, allí no existe verdadera historia; hay, sí, vida que se realiza en ciclo determinado, pero dentro de límites muy estrechos, y ni llega á un gran desarrollo ni al cumplimiento del ideal. La historia empieza cuando concebimos al hombre como especie, cuando tiene una virtualidad infinita que desenvolver en momentos, estaciones y períodos sucesivos, y este ideal que el individuo trata de ejecutar en la vida, puede llamarse tiempo infinito. Entonces, y sólo entonces, aparece la verdadera historia, y hé aquí por qué consiste en el desarrollo sucesivo del espíritu universal que trata de cumplir por momentos sucesivos en el espacio, el ideal para que ha sido puesto en la vida por el sér creador. Pero puesto que la historia es desarrollo, es evolución por momentos sucesivos, ¿según qué leyes se realiza esta evolución? Hé aquí el proble-

ma capital de esa ciencia; y aquí debo pararme y llamar vuestra atención sobre las opuestas soluciones que presentan las escuelas positivista é idealista. La escuela positivista, enemiga de todo lo transcendental é ideal, que estudia el hecho y la realidad, y no hace más que presentar al descubierto esa realidad ante la ciencia; dice lo que es, no considerando si debe ser; dice lo que es concreto y determinado mediante la acción del sér cuya vida estudia, pero no sabe decir si es eterno y permanente ó accidental y casual. No procede así el idealismo, que es, en mi sentir, la grande aspiración, el único sistema que puede salvar la ciencia y que puede revelar al hombre toda la verdad. El idealismo entiende que la realidad toda es obra del pensamiento, y, arrancando de las alturas de la metafísica, afirma la existencia de una realidad, de una inteligencia, de una fuerza absoluta, transcendental, que al sacar al mundo de la nada, le imprime una forma derivada de las ideas de esencia más pura, y dice también, al construir según esas ideas no sólo las matemáticas, que rigen el mundo mecánico, sino todas las leyes que rigen el mundo orgánico, y aun las ciencias morales; dice, repito, que el hombre se eleva cuando sus pensamientos se desarrollan, y desde Platón viene afirmando esas ideas, leyes, formas y modos, según los cuales se desarrolla la vida; de manera que al estudiar la historia, encuentra que la evolución se cumple de tal ó cual manera, y declara que aquello no es accidental, accesorio y caprichoso, sino que es la forma que sirve como de molde y ejemplar á las cosas, las cuales en su desarrollo tienen que modificarse y expresar la forma y manera necesaria del perfeccionamiento de los seres. (*Muy bien, muy bien.*) Yo, ante esta altísima convicción que tengo, y que se empeña en borrar el estrecho positivismo, desconociendo la forma permanente y necesaria de todo sér, afirmo las grandes concepciones del sistema espiritualista, á cuya defensa he consagrado mi vida y la consagraré mientras aliente y pueda levantar mi voz en esta doctísima corporación, tribuna levantada para las grandes luchas de la inteligencia, tribuna en donde ha habido siempre virtud para promover el progreso, para enaltecer los idealismos, para los grandes adelantos de la ci-

vilización. Esas doctrinas tendrán, repito, siempre un defensor en mí mientras conserve un resto de vida. (*Grandes aplausos.*) Y sin esa manera de conocer, y sin esa manera de concebir la realidad, no es posible la ciencia: yo lo declaro en alta voz; ni la historia se daría como hecho, ni la historia podría existir como ciencia si no hubiera leyes que determinaran de una manera forzosa las formas de la realidad: la historia sería un conjunto de contingencias, de hechos que nacen de la ventura y el azar; no sería un organismo, no sería una verdadera realidad cognoscible, no sería una realidad ordenada. (*Muy bien, muy bien.*) ¿No veis cómo la historia marcha á pesar del diluvio y de los bárbaros? ¿No veis cómo avanza el genio de la cultura? ¿No veis cómo se extiende por el globo? ¿No veis cómo progresa el espíritu humano y cómo triunfa la civilización? ¿No vislumbráis la aurora de aquel día en que la humanidad, reposando de sus fatigas, se siente á descansar y á contemplar la obra que emprendió, de la misma manera que Dios después de los seis días vió que su obra era buena? ¿No veis allí orden y concierto? ¿No hay allí una idea? Y todo esto, ¿qué os dice? Que la realidad es según pensamiento, y la vida según idea: estos principios descubren las causas eficiente y ejemplar, los tipos increados, y eso lo niega el positivismo, y al negarlo, puede llegar hasta el desorden y la anarquía. Si la realidad no es según esas ideas, ¿qué sería la historia sin esa afirmación soberana? La realidad, y sobre todo la historia, es como producto del espíritu humano según idea y según pensamiento, un pensamiento late siempre por debajo de los hechos. En este mundo visible hay también algo invisible, y eso es lo que da la trama de la vida, lo que traza los contornos, lo que pone el orden y hace que podamos vislumbrar y sentir y proclamar la armonía universal.

Pero ¿cuáles son, me diréis, esas leyes que existen desde la eternidad como tipos eternos, como ejemplares, como formas que han de determinar la actividad humana moviéndose en la historia? Larga tarea sería la mía si hubiera de exponerlas, y más si hubiera de referirme á las que presentan los autores que se ocupan en la filosofía de la historia, que

tal es el nombre que á ese conjunto de principios dan los que los admiten. Esta ciencia, iniciada ya por algunos escritores cristianos, y formulada por Vico, fué desarrollada por el genio especulativo de los tiempos modernos, por Hégel y Cráuser, y ha sido luego ensanchada por otros grandes escritores, entre los cuales merecen citarse Buckle, Conrad, Hermann y Lasson. Todos ellos han pretendido en sus obras consignar las leyes que rigen la vida del espíritu, moviéndose en la historia universal, y yo no sé si han acertado á darlas en conjunto; pero lo que desde luego os digo, es que han desprestigiado con sus excesos esa ciencia. Quisieron presentar la realidad toda, cual si fuera posible deducirla *à priori* de los datos suministrados por la razón, y venir, como Hégel, diciendo que la civilización china tiene tal carácter ó tal otro, que la civilización de la India tiene tal ó cual nota característica, que las civilizaciones de Roma, del Egipto y de Grecia pueden determinarse de esta ó de la otra manera, como si fuera dado á la razón por su propio esfuerzo seguir las leyes dentro de las cuales se cumple la civilización humana; esto es ir más allá de lo que se debe dentro de una sana filosofía. Semejantes datos deben ser objeto de la investigación histórica y no de la razón; la razón sólo da las líneas salientes de la vida, aquellas según las cuales puede marcarse la dirección que lleva la historia; la razón debe dar las notas por las cuales puedan luego calificarse esos acontecimientos que llamamos civilización; pero determinar *à priori* las civilizaciones y trazar sus vicisitudes, es meter por la puerta falsa los datos que nos da la historia, y por esto vemos que esas producciones, esas grandes fábricas, pecan por falta de solidez. Mas por los pecados de estos escritores, no hemos de decir que no existe la filosofía de la historia. La filosofía de la historia debe concretarse á aquello que tiene carácter de generalidad y de permanencia, á aquello que es ya como fundamento y regla que ha de aplicarse en la vida, *sub ratio eterni*, como decía Espinosa; de ahí no puede pasar la filosofía de la historia, ni debemos pedirle otra cosa á la razón. No demostraré esto, aunque si en vez de una conferencia se tratase de un curso de historia, lo haría de muy buena gana: me limitaré á hacer al-

gunas indicaciones. Con tal carácter expondré ese como génesis de algo parecido á aquellas construcciones que intentó el genio del gran Hégel, cuando quiso ordenar genéticamente las categorías, trazándolas sus evoluciones *à priori*, trabajo repetido luego por otros escritores, por cierto, sin éxito feliz. Os he dicho que la historia es el desarrollo y la esencia del sér colectivo llamado humanidad, y lo que vamos á buscar aquí son las leyes, según las cuales se cumple ese desarrollo, esto es, lo que pueda tener carácter de racional y de permanente, que es lo que la ciencia debe escudriñar. Esos principios fundamentales están dados con más ó menos exactitud por alguno de los sabios escritores que os he citado. Lo primero es afirmar que todo desarrollo se verifica en períodos y momentos sucesivos, porque éste es el carácter de todo sér finito, y como tal, condicionado. Es menester que se desenvuelva, según sus principios anteriores, dentro de las formas y momentos que le son dados por su esencia, no pudiendo aparecer en un instante determinado, porque esto es propio del Sér Supremo y puro, como decía Aristóteles. Ved, pues, la primera ley que preside al desarrollo de ese sér humanidad; que ese desarrollo no puede hacerse en un solo acto, sino que tiene que verificarse en períodos sucesivos. Segunda ley, que esos períodos tienen que expresar en el que viene después un grado de perfección, una manera de ser superior á la de los momentos anteriores. Esta es una ley de razón que se impone necesariamente, siendo consecuencia de esa misma ley, que todo momento inferior sea como preliminar ó antecedente del momento superior. Infiérese de aquí, que la historia es debida al desarrollo del sér humanidad, desarrollo verificado en períodos y momentos sucesivos, de los cuales, los primeros anuncian, prefijan y preparan el momento superior, al que sirven como de medio. Así es como los momentos superiores resumen toda la perfección del momento anterior, anunciando á su vez otro momento superior que irá de esta suerte de grado en grado hasta llegar al último, en el cual se realice el ideal á que aspira ese sér. Preguntadle al positivismo si se atreve á negar esa ley, ó si va á considerarla sólo como mera afirmación experimental, sin ca-

rácter de idealidad. Si lo niega, negará la verdadera naturaleza de esa ley, porque todo desarrollo ha de cumplirse bajo esa forma y en momentos sucesivos, caminando de lo menos á lo más perfecto, de manera que el momento primero sea como prefiguración ó anuncio del segundo, y éste á su vez, resumiendo todas las realidades y fuerzas de los momentos anteriores, se ponga en camino de una realidad superior, porque la humanidad va suspirando con ese pío, pío, que, como decía Fr. Luis de León, no cesará hasta que sueñe el último día y la última hora de la historia.

Pero no es sólo esta ley la que podemos dar para conocer la vida y además la realidad concebida como fuerza y movimiento. Hay otro principio fundamental que dice que todo empieza de un modo indeterminado, se manifiesta y desenvuelve mediante la sucesión de momentos diversos y marcha por síntesis sucesivas hacia una composición superior que contenga todos los desarrollos superiores y anteriores, sin suprimirlos, ordenándolo todo en una armonía final, que es la gran ley de la historia del mundo. Estas dos leyes son quizás las principales que nos revelan en qué forma debe cumplirse todo momento histórico en la vida de la humanidad.

Pero aún debo hablar de alguna otra, que es muy importante, porque al decir que marcha ese ser de lo imperfecto á lo perfecto, de lo no desenvuelto á lo que se desarrolla, no he dado el sentido verdadero y nota característica de lo que expresa la mayor perfección; y esa filosofía que el positivismo llama *atrevida*, porque no se contenta con los accidentes, sino que busca lo esencial, aquello que puede llamarse transcendental, es decir, ideal; esa filosofía dice que la perfección puede expresarse por dos notas y dos palabras que manifiestan dos grandes realidades ó maneras de ser: el estado consciente y el inconsciente. Bien mirado, todos los seres que hay en el mundo van de lo inconsciente á lo consciente; bien mirado, nada hay más alto que el pensamiento, nada más alto y superior que la aparición del pensamiento en la vida; por eso tomando las grandes líneas y moviéndose siempre en la esfera de las grandes cosas humanas, tratando de

dar la nota y expresar la perfección en sus términos generales, dice que aquel movimiento prepara la conciencia, apareciendo entonces el modo de ser más completo que puede haber en la vida, y por eso el mundo no existe sino porque es necesario para la aparición del ser consciente, y por eso las primeras épocas de la historia, en las que domina lo inconsciente, no tienen razón de ser, no tienen de verdaderas más sino que preparan lentamente, en los oscuros limbos de la historia, aquel momento en que se puede decir: *soy yo, y yo empiezo á vislumbrar el ideal en los horizontes de la vida infinita.*

Ese es el desarrollo del espíritu universal, para que se manifieste la idea, la cual late en el fondo de la realidad, aunque está como oculta, como dormida mostrándose en un momento solemne para el hombre libre ya de la fatalidad, para ver esa idea, para poder vislumbrar el ideal de la belleza, el bienestar, la justicia, la bondad y la igualdad, realizando esas perfecciones aun á costa de inmensos sacrificios. ¿Qué otra cosa se está haciendo? ¿Qué otra cosa preocupa al siglo XIX, más que descubrir completamente el ideal de justicia y de libertad, para practicarlo en la vida? Por eso presiento que tocamos ya á la plenitud de los tiempos, aunque los días solemnes no llegarán sino cuando aparezca del todo la conciencia en la humanidad, y suceda entonces que con los esfuerzos de esa humanidad doliente y afligida, ese ideal se realice en la historia. (*Aplausos.*) Porque estas serán las últimas palabras, notadlo bien, y esto no lo dirá el positivismo ¡el pobre positivismo!, (*Risas.*) que no merece otro nombre el desdichado positivismo, que reniega de las grandes cosas que han contribuído á la civilización europea; que no ve en esta evolución de la historia humana más que resultantes. ¡Peregrino sistema el que esto dice! Por eso le llamaba *desdichado positivismo*. Para él todo son fuerzas y fuerzas físicas que obran según leyes que rigen los procesos químicos y físicos, y considera que todo es una resultante de las condiciones de las fuerzas físicas que actúan en la vida; ignorando que hay un ser, el espíritu humano nacido y venido al mundo para romper esa cadena de las resultantes, con

ese acto supremo de su soberanía que se llama libertad; ignorando, además, que sobre desconocer ese pensamiento que late en la vida de todo sér, en la existencia de todo sér, el espíritu obra como causa eficiente con finalidad. Ya sé que niega las causas finales, y por eso es incapaz de elevarse al conocimiento de lo ideal, y de comprender toda la grandeza de la vida humana. No vale recibir de una manera regocijada los cargos dirigidos á las ideas que se profesan; es menester aceptarlos seriamente y tener el valor de combatirlos. Las objeciones anteriores se han hecho ya de una ó de otra manera, y quedan siempre sin contestar. Ese desdichado sistema no ve en todo más que resultantes y adaptaciones casuales, que son á su vez resultantes, y el espíritu humano viene, como he dicho, á romper esa cadena, á la par que también viene á romperla, entre otras cosas, la misma idea. La idea tiene esa virtud y ese poder; cuando luce ante el pensamiento y cuando aparece en el horizonte de la conciencia, luego al punto se siente atraída por el espíritu y muévase á él como hacia el Norte el imán; unida al espíritu llega éste á concebirla como un imperativo categórico. ¿Qué sucede en el siglo XIX? ¿No ha hablado el ideal? Por ese ideal se alientan los espíritus, se levantan los corazones y un día los pueblos pronuncian el *sursum corda*, y aquel día rompen las cadenas, dispónense á la lucha y se lanzan á las calles ofreciendo sus cuerpos como víctimas, y cuando estalla la revolución, la humanidad realiza un ideal, en su sentir, el más grande. ¿Quién ha dicho que eso es una resultante? (*Prolongados aplausos.*)

Pero, como ya os indicaba y repito ahora, la historia no es un conocimiento ó modo de conocimiento solamente filosófico, sino que al mismo tiempo es también, y acaso principalmente (si por principal se toma más bien la extensión), un modo experimental de conocimiento de los que rigurosamente se llaman históricos. Quiero decir, que si hay una parte de la ciencia experimental general ó de la filosofía que nos da el conocimiento del sér determinado según categorías y luego las leyes según las cuales ese sér cumple la vida por medios permanentes y en cierto modo eternos, lo actuado,

lo realizado, lo que luego viene al pensamiento bajo esas formas y esos moldes, todo esto, como extraño enteramente á la razón, como se cumple fuera de las leyes de ésta, fuera del alcance del sentido inmediato, tiene que ser objeto de una investigación puramente experimental. Y en este camino, señores, los adelantos que ha hecho la ciencia contemporánea son hasta maravillosos. Yo quisiera haber tenido tiempo para ordenar mis noticias y presentaros el cuadro de los grandes descubrimientos que, en el orden histórico, ha hecho el genio de la Europa; pero solo haré rapidísimas indicaciones por donde podáis conocer el alcance y la importancia de estos descubrimientos. La historia nació, como sabéis todos, en la hermosa Grecia; pero la historia griega no fué más allá de los hechos de su propia historia, no llegó á conocer más que algún período de aquellos pueblos que estaban encerrados dentro de los ámbitos del grande Imperio formado por Alejandro, cuyos tiempos primitivos, cuya lengua, cuya mitología, eran referidos por la tradición, y aceptados con singular confianza por los historiadores en el bello siglo de Pericles. Roma cultivó también la historia, pero tampoco fué más lejos que Grecia. Sus historiadores, como los griegos, eran grandes artistas en la composición, hicieron muchos trabajos primorosos y hasta admirables, desde el punto de vista histórico, pero no se distinguían ni por su alto espíritu filosófico ni por su sagacidad crítica. Así como la historia en Grecia sólo se refería á los pueblos contenidos dentro de los límites del Imperio que formó Alejandro, así también en Roma se refería á los contenidos dentro del grande Imperio que alrededor del Mediterráneo formó esa gran ciudad; y era historia puramente de pragmáticas y cuando más política en el sentido crítico. La Edad Media de la Europa no escribió más que leyendas y biografías de santos; nada progresó así el arte de la composición ni tampoco los materiales para la historia universal. El Renacimiento, preocupado con la antigüedad clásica, apartó su mirada de los hechos de la vida. Los cuatro siglos que siguieron al Renacimiento nada adelantaron en el arte de la composición histórica; en cuanto á las civilizaciones del Oriente, apenas si se tenía alguna noticia

ya conocida por los antiguos tomada de Herodoto, tal ó cual relación de viajeros como Marco Polo ó de otros que habían descubierto nuevas islas ó nuevos continentes. Esas eran todas las noticias que la ciencia europea había podido reunir para la historia universal. En punto al arte de la descripción histórica, ningún nuevo adelanto se hizo que no conocieran ya los escritores más esclarecidos del Renacimiento. Y ni aun debe descartarse de este lamentable atraso á los escritores del siglo pasado; disponían éstos del caudal de experiencia de todos los que les precedieron, pero no se inspiraban en el sentido de la filosofía de la historia, ni tampoco se nota en ellos aquel sagaz espíritu crítico que resplandece en las obras de sabios posteriores y que, sin embargo, había penetrado en las obras de distinguidos escritores ingleses como Robertson. Mas por entonces Niebuhr dirige su atención á los tiempos de la Roma primitiva, y ve que su historia, formada por aquellos poetas, no es sino como una especie de continuación de la de Grecia, nacida en medio de la poesía popular, no pudiéndose llamar historia desde su verdadero punto de vista, puesto que no es más que tradiciones fabulosas, leyendas recogidas por algunos escritores y consignadas en la gran historia de Roma, una como fábula, una como mitología parecida á la de los tiempos primitivos de la Grecia. Tamaños esfuerzos fueron continuados por varios sabios de Alemania, Inglaterra é Italia respecto á la historia de la civilización de los pueblos primitivos. Pero no era éste el descubrimiento más importante ni el de más precio que había de llevar á cabo la civilización europea. Todos estos trabajos se movían dentro de los linderos del mundo clásico; cuando más las investigaciones de los historiadores se dirigieron á trazar la historia de los pueblos que existían en esa gran comunidad cristiana de la civilización europea; pero de las civilizaciones orientales, apenas si se conocía su historia, enterrada en ruinas y encerrada en soberbios monumentos.

En aquellas tristes ruinas y célebres monumentos, estaban escritos con grandes caracteres los anales de esos pueblos y su pasado todo; pero no había podido todavía Europa leerlos; fueron para ella esfinge muda, hasta que Champ-

llión, á fuerza de paciencia, de sagacidad y de trabajos, logró descifrar los jeroglíficos escritos en los monumentos del Egipto, debiéndose también á Champollión y á tantos otros egiptólogos que han descrito sus leyes, usos, costumbres é instituciones el que haya salido á la luz del mundo y á los ojos de la Europa maravillada la grandeza de esos monumentos y de esa civilización. (*Muy bien, muy bien.*)

Al mismo tiempo que esos eminentes escritores hacían tan admirables trabajos sobre las ruinas de la civilización egipcia, Grotefend, Saulcy, Layard y otros, estudiaban el alfabeto, y merced á los conocimientos que adquirieron y á fuerza de paciencia, lograron traducir las inscripciones grabadas en las ruinas de Persópolis, Khorsabad, Nínive y Babilonia, renaciendo de este modo todas aquellas maravillas que hasta entonces habían estado ocultas bajo montañas de arena. En suma, hoy la Europa sabe de una manera casi completa los anales de esos soberbios imperios.

Á la vez que esto, se descubrían los progresos de la civilización en la Fenicia, en Nabatea y en casi todas las poblaciones etruscas y fenicias que habían sido sepultadas bajo las ruinas del tiempo, y por si esto no bastara, también el genio de algunos escritores nos hizo conocer la civilización india y sus grandes monumentos religiosos y literarios que publicaron Wilson, Weber y otros ilustres orientalistas que nos dieron noticia de esa gran civilización, diciendo cuáles eran sus usos, sus costumbres y su lengua. Ayudaban á este progreso de los estudios históricos los descubrimientos de la geología, á la vez que ésta se ocupaba en describir las grandes fases de la Fauna y de la Flora, que han desaparecido, un sacerdote francés encontró, en terrenos de aluvión, los restos fósiles de un hombre, y á su lado instrumentos de piedra que daban á conocer la obra de esos mismos hombres en edades muy remotas. No mucho después se descubrió una ciudad sepultada en cavernas, y allí se vieron esqueletos humanos juntos con otros de animales, que han desaparecido hace muchos siglos, lo cual hizo sospechar á la ciencia que la existencia del hombre se remontaba á los más antiguos tiempos; y reuniendo todo esto, y buscando el origen de esos yacimientos, como

también los primeros esbozos de las primitivas industrias, empezó á descubrir cuáles eran los usos y costumbres primitivas, y sobre todo el tiempo que pudo habitar el hombre en aquellos parajes. Á esto vinieron á agregarse los datos que suministraron intrépidos viajeros que recorrían todo el globo, dándonos á conocer los usos, costumbres é industrias de nuevas razas, con lo cual es dado al hombre saber y describir los varios períodos de cultura y el estado anterior á la civilización. Merced á los grandes trabajos realizados por estos mártires de la ciencia, puesto que muchas veces la han entregado su vida, será ya posible bosquejar un cuadro de historia universal.

¿De qué manera puede hacerse esto? No he de repetir aquí —construyendo bajo esas grandes ideas, bajo esos moldes; componiendo órdenes y rehaciendo la realidad histórica— todos los datos que ha descubierto el método experimental; ni tendré que recoger todos esos monumentos, descifrando alfabetos y poniendo á contribución las mil monografías que sobre esto se han escrito. Ayudados de todos esos trabajos, podríamos al fin bosquejar el cuadro de la historia universal; así lo han hecho distinguidos escritores; pero esas construcciones maravillosas tienen mucho de prematuras y temerarias, y generalmente falta en ellas todo el relieve de los períodos que se llaman primitivos. Es menester hallar todos los materiales, vivificarlos y componerlos con un espíritu solemne, para tener una historia. Aunque no son muy acabados los datos que se han encontrado, es muy cierto que en nuestra época, reuniendo los que van poco á poco descubriéndose y completando los que se tenían incipientes é imaginarios, podremos, quizás dentro de poco, ver un cuadro no general y completo, pero sí suficiente y bastante acertado del movimiento general, que encierre los hechos de todos los pueblos, su historia, su civilización y sus leyes. Entretanto que llega la hora de que pueda realizarse éste, que es hoy un verdadero *desideratum* de la ciencia, bueno es que nosotros nos pongamos en comunicación con los pueblos extraños en donde se han realizado esos progresos con escasa participación nuestra. Con este intento se han organizado las conferencias sobre la parte

histórica en el Ateneo: en ellas, como veréis, se tratará de los principales hechos que forman otras tantas como estaciones de la humanidad. Primero se hablará de lo prehistórico, de esos tiempos de gestación, de esos limbos oscuros en que va el hombre desprendiéndose de la animalidad y recorre los primeros esbozos de la vida. Después del Oriente, que es el país de todos los orígenes, el centro de donde han partido todas las razas y donde han nacido los grandes hechos; región aquélla en que empezó la humanidad á balbucear sus primeros vocablos y á formular sus primeros conceptos; el país de las teocracias. Después se tratará de Grecia, asilo de la libertad, del progreso y de las conquistas, en que comenzó á renacer la individualidad, el hombre; el país santo de la civilización, aquel pueblo escogido, en que la ciencia, despojándose de la vestidura sacerdotal, principió á moverse en las esferas del pensamiento; ese país origen de todas las grandezas de nuestro arte, y cuyo recuerdo vive poderosísimo en la historia por la inspiración, la frescura y el contento que representan las estatuas de sus dioses. (*Aplausos.*) La Grecia representa la juventud de la humanidad; por eso empieza con Aquiles, que es el joven héroe de la poesía, y acaba con Alejandro, que es el joven héroe de la realidad. (*Aplausos.*)

Después de Grecia viene Roma, el país del derecho, de la política y del arte de la paz y de la guerra. ¡Qué asombrosa es su historia en el interior y en el exterior! En el interior, si la contemplamos en la gran época de su República con aquel Senado, con aquel Patriciado y con aquella plebe que buscaba con tanta perseverancia, primero su participación en el derecho común, luego la soberanía de sus comicios dirigidos por sus tribunos, y por último su participación en la magistratura; con aquella plebe tan levantisca é impaciente á veces, que amenazaba con la rebelión, y que, sin embargo, se detenía siempre ante la majestad del derecho. Luego sus magistrados tan respetables, sus senadores, sus ediles curules, sus cónsules, sus pretores que, en medio de las luchas intestinas de Roma, van por una especie de inspiración divina formando aquella legislación admirable y poniendo en armonía los derechos de los patricios con los de los plebe-

yos. Después de esos magistrados y de las luchas de clases, llega el Imperio que, en medio de sus vergüenzas y de sus tiranías, realiza la igualdad interior y exterior, borrando las diferencias entre patricios y plebeyos, entre ciudadanos romanos y bárbaros, siendo el medio, en fin, para que se complete la unidad del derecho y para preparar el advenimiento de esa gran civilización que se llama europea, que éste es, entre otros, uno de los grandes destinos de Roma.

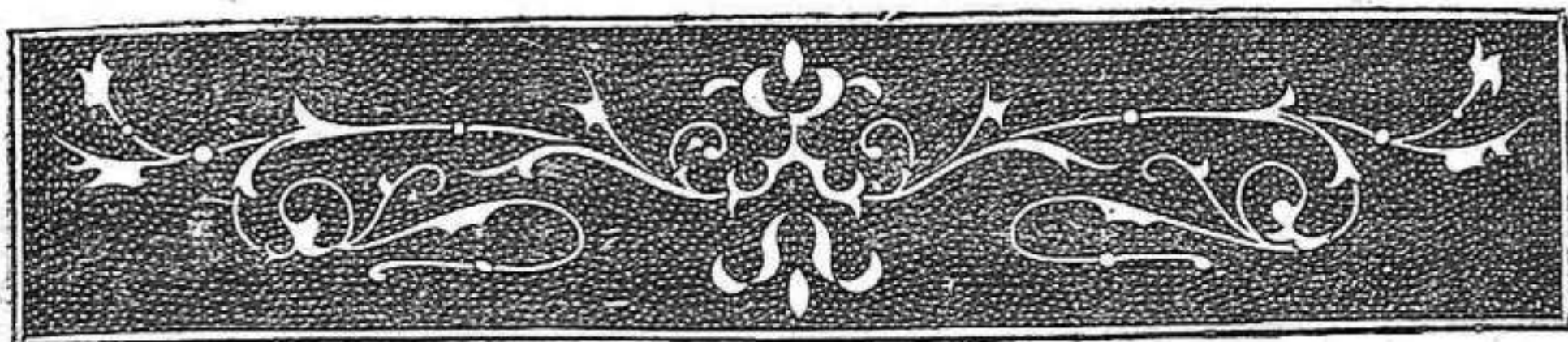
Viene, por último, la civilización europea, esa civilización portentosa que abre el cauce por donde habrán de ir en adelante las corrientes históricas; pues bien, las conferencias, al empezar á tratar de ella os hablarán del cristianismo, esa religión tres veces santa; luego de los bárbaros, que caen sobre el Imperio romano para destrozarle y que en medio de su salvajismo y de su rudeza llevan en sí la savia y el vigor necesarios para preparar lo que habrá de ser la base en que descanse la civilización europea. Después de ese período de gestación en que esos dos elementos están uniéndose y fundiéndose, por decirlo así, viene la Edad Media, y os hablarán, primero de Carlo Magno, que llevaba consigo el genio de Roma y quiso restablecer aquel Imperio; luego del Pontificado, ese gran poder moral que salvó á Europa en aquellos siglos de barbarie y que era una autoridad protectora en medio de tantas luchas, de tantas fatigas y de tantas contiendas entre los poderosos de aquella edad de guerra; en seguida os hablarán del feudalismo que representa aquella nobleza soberbia, turbulenta, que se ofrece á nuestros ojos como una valla contra la cultura, y que significa por un lado la opresión del pueblo y por otro la protesta contra la unidad monárquica. Á su lado aparecen las comunidades representando á la clase media y al pueblo, elemento oscuro, modesto, y que apenas si es factor en los sucesos de aquella época, pero que ya se organizaba y trataba de defenderse mientras llegan los días en que ha de llenar toda la historia. También se ocuparán de las cruzadas, de esos combates entre el cristianismo y la religión mahometana, entre el Oriente y el Occidente, de esas luchas gigantescas que aterraron á la Europa y pusieron en actividad todos sus elementos para lograr ese ansiado ins-

tante por que suspiraba la historia del desarrollo de las monarquías y la transformación de las nacionalidades. Cuando éstas aparecen, cuando empiezan las guerras, unas por razones religiosas y otras principalmente por la ambición de los pueblos de ensanchar sus territorios y dominar la Europa, viene el tratado de Westfalia á restablecer el equilibrio europeo y á poner fin á aquel Imperio colosal que fundó Carlo Magno. Después de esto, os hablarán de la revolución francesa, el suceso más grande de la historia, de esa revolución que quiere destruir lo pasado y que vuelta hacia lo porvenir hace esa famosa declaración de derechos que es el programa según el cual habrán de vivir y desenvolverse las edades futuras. Finalmente aparece el siglo XIX, nacido al calor y al amparo de aquella revolución, siglo que se propone realizar sus ideales creando una sociedad nueva, siglo de grandes revoluciones y de grandes luchas, siglo lleno de angustias, de fatigas y de locos estremecimientos, siglo que ha pecado y errado mucho, pero siglo al que, como á la Magdalena, hay que perdonarle mucho, porque ha amado con delirio y porque ha formulado los augustos principios de igualdad, libertad y humanidad, principios por los cuales será absuelto ante el juicio final de la historia, y será considerado como uno de los más grandes que registran los anales del mundo. (*Grandes aplausos.*)

Al llegar á este siglo tenemos que detenernos; la obra que él ha empezado seguirá sin que nadie sea bastante poderoso á contenerla, ni destruirla, pero á nosotros como á Moisés no nos es permitido sino vislumbrar desde la montaña la tierra de promisión. ¡Ya la vislumbramos, sin embargo, ya vemos lucir radiante la aurora de ese día nuevo y feliz! Mantengámonos aquí, puesto que no podemos seguir más adelante, y al volver los ojos atrás en esta rapidísima carrera que he hecho á través de los siglos para citaros los sucesos más culminantes sobre que habrán de versar las conferencias, á través de tantas ruinas, de tanta fatiga y de tanta sangre, hallaréis una cosa que os consolará, y es que la humanidad va progresando. ¿Cómo no ha de progresar cuando la civilización europea ha afirmado ya la civilización y la justi-

cia? También observaréis otra cosa, y es que esa tensión en que se ha mantenido el espíritu humano en las luchas sostenidas durante tantos siglos, demuestra que la humanidad no ha querido trabajar sólo por egoísmo y por su dicha material, sino que la guiaba siempre una idea más alta y ha creído que la vida es algo más que la felicidad y el bienestar. (*Aplausos.*) Sin duda que el individuo se afana también por su bienestar; pero el ideal es el que le sostiene en su camino; por él mantiene su cabeza erguida al lado de los grandes desastres; por él se oye una voz de esperanza en las edades. Conservémosle, y confiados en él y ostentándole como noble divisa sobre nuestra frente, la obra salvadora del progreso seguirá victoriosa su rumbo y nos llevará á la tierra de promisión. (*Muy bien, muy bien. Aplausos prolongados.*)





LA EXPEDICION ESPAÑOLA Á ITALIA EN 1849 ⁽¹⁾

ALAS cuatro de la mañana, el 16, salió la division de Terrachina. Ocho horas tardamos en recorrer las ocho leguas que nos separaban de Piperno, pueblo de no escasa importancia, de crecido vecindario, asentado sobre un valle que sólo puede ganarse remontando las alturas sobre la derecha de la Vía Appia, y en cuyas tortuosas callejuelas penetraron los batallones españoles al compás de sus músicas, de las orquestas locales, echadas á vuelo las campanas y escuchando las aclamaciones de una poblacion que parecia realmente en el colmo del entusiasmo. Me hicieron las autoridades un buen recibimiento, manifestándome que desde nuestra llegada á Terrachina, en los primeros dias del mes, habian desaparecido de Piperno los signos exteriores de la dominacion republicana, restableciéndose en el municipio y demás edificios públicos las armas y banderas del Santo Padre. Alojáronse los soldados á la usanza española en las casas particulares, y dispuse que desde aquel dia se observara con inflexible vigor la ór-

(1) Véase la página 425 del tomo XXXVII.

den general de 15 de Junio, referente á las precauciones higiénicas que deberian guardarse, por estar aquel punto más inmediato que Terrachina á las lagunas Pontinas y hallarse adelantada la estacion de verano, época de las fiebres (1). No era menos peligrosa para la salud de las tropas la permanencia en Piperno que la estancia sobre las lagunas mismas. Los miasmas pestilentes que de aquel territorio se evaporan en los meses del estío, corren impulsados por los vientos del Sur á lo largo de las montañas y penetran en ellas á considerables distancias, causando terribles estragos en una pobla-

(1) Hé aquí parte de las disposiciones adoptadas con arreglo al dictámen del Jefe de Sanidad Militar, D. Pedro Carreras Pujol, de conformidad con los demás dignos individuos de aquel cuerpo que formaban parte de la division expedicionaria:

“Art. 2.º No se permitirá á los soldados comer fruta verde y sí sólo moderadamente la sazónada, pues la primera es siempre nociva, al paso que la segunda contribuye á evitar las enfermedades estacionales.”

“Art. 3.º Por efecto de haberse ordenado á las autoridades locales la prohibicion de la venta de fruta verde, se encarga á los jefes de los cuerpos vigilen su puntual cumplimiento, haciendo que los ayudantes recojan y entreguen al comandante militar del punto la que se halle en tal estado. Se dará á entender á la tropa lo perjudicial que es la bebida de agua con exceso á las pocas horas de comer.”

“Art. 4.º Se evitará en cuanto sea compatible con el servicio, la influencia de la humedad, ya proceda de lluvias, ya de la habitacion ó de otra causa; en su consecuencia, queda prohibido el uso de los baños, en el concepto de que si fuesen necesarios, por enfermedad ó por limpieza, serán cortos, y se tomarán siempre mientras el sol esté sobre el horizonte, pocas horas despues de salir ó pocas antes de ponerse.»

“Art. 5.º Cuando no lo exija el servicio, no se expondrá á la tropa parada por algun tiempo á los rayos directos del sol, ni mucho menos durmiendo: evitando el relente de la noche, muy particularmente á las primeras y últimas horas en que es mucho más activa la acción de las emanaciones.”

Los consejos del doctor Carreras, para quien no encontraré palabras de suficiente agradecimiento, produjeron maravillosos resultados manteniendo un estado sanitario en la division y despues en el cuerpo de ejército, inmejorable. El triste ejemplo de un bravo soldado de la Reina Gobernadora que, habiendo comido alguna fruta y bebido despues agua, falleció á las pocas horas, convenció y aleccionó á todos. Los jefes y oficiales, no obstante, excitados por el cariño á los soldados y nuestras continuas órdenes, repetíanles diariamente los más saludables consejos.

cion siempre diezmada por aquella vecindad mortal. Los atacados por el *aria cativa* resisten rara vez el segundo acceso de la fiebre, y esto á expensas de otras enfermedades crónicas que produce el uso inmoderado, aunque indispensable, de la *quinina*. Los efectos de la evaporacion mal sana de las lagunas no son siempre inmediatos. He visto algunos soldados de los que formaron parte de la expedicion, sentirse acometidos de la fiebre á su regreso á España, muchos meses despues de haber abandonado el país.

Era, pues, urgentísima la vuelta á Terrachina, y á más de los peligros que corria la existencia de nuestros soldados en aquella region, hubiéralo hecho indispensable la falta de subsistencias y de recursos en que se encontraban los lugares de la montaña. Determiné, por lo tanto, que al siguiente dia de nuestra llegada á Piperno recorrieran varias columnas los pueblos inmediatos, desarmando á sus habitantes y tomando posesion de todo aquel territorio á nombre del Santo Padre, mientras que con una escolta de caballería me adelantaba yo hasta Sezze, con el objeto de reconocer minuciosamente el país, y de adquirir fidedignas noticias de lo que en Roma acontecia.

Visitóme en Piperno el general prusiano baron de Willisen, del séquito del Rey de Prusia, que pocos dias antes habia salido de Nápoles, donde se encontraba en comision, con el solo objeto de conocer las tropas españolas. No hallándolas en Terrachina, resolvió continuar hasta alcanzarlas, y se me presentó con una expresiva carta del duque de Rivas, realmente innecesaria, pues se recomendaba él mismo por su expresivo trato, su educacion esmeradísima y la vasta instruccion militar de que daba muestra. Durante los dos dias que permaneció en el cuartel general y en mi propio alojamiento, se ocupó tan sólo de examinar la division, estudiando el organismo de los cuerpos, sus costumbres militares, la forma de practicar el servicio, sus métodos de alimentacion y todo cuanto se relaciona con la vida interior del soldado. Administrándose la tropa á sí misma, recibiendo al efecto todo el suministro en dinero, hubo de tributar grandes elogios al sistema establecido para las comidas ó ran-

chos, por medio de la asociacion de ocho ó diez camaradas. Los unos encargábanse de comprar el vino, recogiendo las *botas* de los demás; otros traian el pan; otro compraba las carnes, embutidos, aves, pastas ó verduras, segun el precio á que se encontraban ó su mayor ó menor abundancia en el mercado; el más hábil del grupo desempeñaba el oficio de cocinero, valiéndose del combustible y artefactos que se procuraba en los alojamientos, y los que en estas faenas no tenían participacion directa, indemnizaban á sus compañeros limpiando el equipo y armamento de todos para la próxima revista de policía. Era muy ventajoso, para disponer en cualquier tiempo de la tropa, que el soldado, condimentando á un mismo tiempo sus dos comidas, conservara siempre una preparada, para alimentarse, despues de haberle exigido un servicio de marcha ó de combate.

Si el módico haber ó sueldo del soldado exige que se *arranche*, para obtener más económicos precios, debe hacer esto con los hombres de su propia eleccion, á fin de evitar que por la Administracion misma sea defraudado en parte alguna, por pequeña que sea, pues siempre hácese sensible lo que se sustrae de una cantidad exígua. El pan, la racion de etapa, el importe del rancho y el de la sobra, ascendia todo reunido á cerca de una peseta. Por la racion de etapa abonaba la Administracion un real de *plus*, y de la misma recibia veinticuatro maravedises por la de pan, cifra inferior por cierto á lo que el Estado abonaba segun la ley de presupuestos. Por este método no tenían los oficiales que ocuparse de la alimentacion de sus soldados, con ventaja de la mejor disciplina y contentamiento de la tropa. Comian éstos á su gusto, segun mejor les convenia, sin vejacion, ni por parte de la tienda, ni de aquellos que intervenian en la confeccion de los ranchos. Este sistema, por muchos conceptos ventajoso, hábalo establecido el soldado mismo en Cataluña, mandando el ejército en la guerra civil como general en jefe el inolvidable baron de Meer, desapareciendo así las onerosas contrata y los contratistas enriquecidos á costa del soldado, mal alimentado, descontento y propenso por tales causas á la indisciplina y á la desercion. Para establecerlo en Italia no ne-

cesité más que mandarlo verbalmente, simplificando mucho la contabilidad. Nunca produjo aquello ni una queja, ni un descontento. El soldado comía lo que había de venta en el pueblo ó en el campamento, y no faltaban aprovisionamientos en donde se pagaba en metálico lo que se consumía. Por todas partes la mercancía iba detrás del soldado, buscando su dinero. Recibiendo en Nápoles la division su presupuesto en pesos fuertes de 20 reales españoles, y careciendo de pequeña moneda que facilitara los cambios, se pagaba á los soldados un peso fuerte por cinco días, y éstos abonaban sus gastos á los vendedores con una moneda muy estimada y de ninguna circulacion en aquellos momentos, por la falta de numerario ante la expencion del papel-moneda decretada por la república romana. Esta circunstancia dió en el país mucho crédito y fama al soldado español. Todo mercader de víveres buscaba con preferencia á nuestra tropa. Decíase en el pueblo que el soldado español era el más rico del mundo y el mejor pagador, pues ofrecíase á todas horas el extraño espectáculo de que un simple individuo de tropa, para comprar en las tiendas el objeto del más ínfimo precio, arrojase sobre el mostrador con ademan arrogante un peso duro. El premio que la plata ganaba sobre el papel disfrutábalo el soldado, que bien pronto aprendió, y con más facilidad que podia esperarse de quien nocion alguna de aritmética tenia, lo que le convenia saber. En cambio, las tropas de los demás ejércitos que operaban en Italia recibian en aquella época sus haberes en papel, con el premio que se le reconocia en la plaza; yo, disponiendo terminantemente que la division recibiera en numerario sus haberes, como de la Administracion habia recibido los fondos, dejé tales cambios al interés individual, quedando al soldado como al oficial la ventaja de hacerlo como mejor le conviniera, y á la division española el crédito y el prestigio que no podia dejar de obtener por tales causas. Los artículos de comer y beber eran en el país excelentes, y se expendian á precios excesivamente módicos. En todos los pueblos el Estado Mayor, poniéndose de acuerdo con los municipios, fijaban los de los artículos en los mercados públicos. Un cuartillo de vino costaba 2

cuartos; un pan de dos libras se pagaba con 6, y la carne con 6 ó 7, la libra de 24 onzas; una buena gallina no valia, en los pueblos, más de 3 reales, y 4 ó 5 un pavo bien cebado. La pasta estaba igualmente á muy módico precio; el queso, que en grandes cantidades se exportaba á Italia desde Suiza, era muy favorecido por los soldados españoles, y su baratura les convidaba á adquirirlo. Los españoles, que generalmente se contentan de poco, con grande y méritoria resignacion cuando carecen de recursos, y aguantan más las privaciones que ningun soldado del mundo, aprovechan tambien las ocasiones para desquitarse.

En ninguna ocasion de mi vida he visto comer al soldado con tal abundancia ni tan escogidos platos. Acercábame muchas veces á los alojamientos en las horas de las comidas, y veíalos con extrema complacencia regalarse con succulenta carne y apetitosas aves, rociado todo con los mejores vinos del país, entre los que no escaseaban el *Marsala*, el *Viterbo* y hasta el famoso *Lacrima-Cristi*. En las casas hacian participar generosamente de sus comidas á los *patrones* pobres, y en aquellas en que reinaba el bienestar, obsequiaban los dueños á los jefes y oficiales con el mejor trato y muchas franquicias, que más de una vez tuve que reprimir severamente. Era, en suma, muy agradable aquella vida para todos los individuos de la division, y el contento general retratábase en los semblantes, influyendo en no escasa medida para el mejor servicio y el mantenimiento de la disciplina. Mucho de esto advirtió el general prusiano, mi huésped, á cuyo espíritu observador nada escapaba fácilmente, y todo era continuo objeto de sus elogios, tributados con tal acento de sinceridad, que de modo alguno podian confundirse con los deberes de la cortesía. Inspirole realmente admiracion el andar de nuestros soldados, cuando el dia 20, cumplido el objeto del movimiento á Piperno, emprendió la division de madrugada la marcha á Terrachina.—Advirtió que á pesar del calor sofocante y de lo largo de la jornada, no quedó un solo rezagado en el camino, y que las dos últimas leguas se anduvieron en ménos tiempo que la primera; y cuando, yá en Terrachina, vino á mi alojamiento á la hora de la comida, tuvo ocasion

de observar en la gran plaza la mayor parte de los cuerpos pasando lista, sin dar á conocer, por su aspecto, las fatigas del dia. No se separó de nuestro lado el general Willisen, que ha sido, como despues supe, una de las primeras ilustraciones militares de la Prusia, sin que le obsequiara con una revista en honor suyo y una gran comida á que asistieron todos los jefes de los cuerpos, Lersundi, Bustillos y los oficiales que componian el Estado Mayor (1).

Resuelto á esperar en aquel punto la llegada de Zabala y de los refuerzos, ocupé los dias sucesivos en completar la organizacion y en movilizar mucho más que lo estaban las tropas, que muy pronto debia emplear sobre la cordillera y ramificaciones del Apenino. Ya he dicho que carecíamos de trasportes hasta para conducir los cartuchos de repuesto. En el país no se encontraba ni una sola acémila, á cualquier precio que se pagara, ni aún empleando el reprobado sistema de la *requisa*, á la cual no teníamos derecho alguno, y que además hubiera sido impolítica. Tuve, pues, que mandar una comision de oficiales de Estado Mayor y de Administracion militar para que las compraran en Nápoles, prefiriendo tal sistema á todo contrato, que hubiera dado resultados onerosos y tardíos. Aquella comision, que presidia el coronel D. Ventura García Loigorri, cumplió su cometido con celo, actividad y ventaja para el servicio. Comprando 200 acémilas, á 1.000 reales una con otra, comprendiendo en esta cantidad los aparejos, realizó economías considerables, allanando los muchos embarazos que este servicio pre-

(1) El duque de Rivas, desde Nápoles, me escribía con fecha 21 de Junio:

“Mi muy querido amigo: He recibido con el mayor placer su última apreciable, celebrando mucho los obsequios que ha hecho Vd. al general prusiano, de los que escribo muy satisfecho á su ministro, con mil elogios de nuestras tropas.

“Las cosas que están haciendo los franceses en Roma son increíbles y están dando á aquella ridícula república y á aquellos advenedizos una importancia colosal; pero la posicion de unos y de otros no es sostenible, y la lucha debe decidirse muy pronto. No deje Vd. de encargarme cuanto necesite, pues deseo ocuparme en su obsequio. Mis memorias al general Lersundi y al amigo Calderon, y lo es de Vd. muy fino su atento servidor,—*El Duque de Rivas.*”

sentaba. Vencida la dificultad de los aprovisionamientos por medio del suministro en dinero, de que antes me he ocupado, y desembarazando á la Administracion militar de un servicio que no podia ejecutar fácilmente, decidí movilizar más á la infantería disminuyendo su vestuario y equipo. Suprimí la levita, el pantalon de paño, el maletin y la mochila, convirtiendo el morral en ésta, sin la armazon interior de madera que le da forma. El soldado, así, quedó reducido á llevar sus raciones y lo más indispensable.

El 22 de Junio, un oficial de Estado Mayor, austriaco, puso en manos de Su Santidad las llaves de Ancona, ciudad de que se había posesionado Wimpfen el 19.—No tenia Ancona, como la mayor parte de las plazas de la Iglesia, fortificaciones antiguas, cuya construccion remontara á los tiempos de la Edad Media. Ancona, por el contrario, hallábase defendida con arreglo á los principios modernos, y estaba además provista de una importante ciudadela. Los franceses, en 1790, destruyeron parte de aquellas obras; mas en las sucesivas ocupaciones militares de la plaza, ganada por los austriacos unas veces, por los italianos otras, se perfeccionaron sus defensas hasta el punto de ser aquélla una de las ciudades más fuertes de toda la península. Comprendiéronlo así los jefes revolucionarios, y reconcentraron dentro de sus muros toda suerte de pertrechos, recursos y vituallas, resueltos á defenderla con teson: así fué que, obligados los austriacos á establecer un sitio en toda regla sin medios suficientes; cuando las intimaciones y promesas de Wimpfen recibieron como respuesta alardes y bravatas, necesitó Radetzky reforzar la division con una parte de las tropas que ocupaban la Toscana y la Lombardía, y un tren de sitio. Guarnecian la ciudad 4.000 hombres, alentados por una poblacion exaltada, y gobernábanla un bolonés de nacimiento, llamado Lambeccari, y otro general, cuyo nombre de Garibaldi muy bien podia confundirse con el Garibaldi que á la sazón se encontraba en Roma. No dejaron los sitiados de acometer á los austriacos, practicando con bizzarria varias salidas que fueron, no obstante, rechazadas. El Vicealmirante Dahlrup, con una division de la escuadra, arribó oport-

tunamente á las aguas de Ancona, rompiendo, tan luego como se avistó con Wimpfen, el bombardeo, y con esto, y con haber cortado á los sitiados el agua de que se alimentaba la ciudad, hubo de capitular, no sin haber sufrido durante nueve dias consecutivos y nueve noches el fuego de los buques y de las baterías de tierra, ni sin que se entablaron sangrientas acciones en los arrabales de la plaza, que costaron á las tropas imperiales pérdidas muy sensibles. Trataron éstas á la guarnicion más como á tropas beligerantes, que como á insurrectos, estipulando su retirada con los honores de la guerra.

Muy justamente recomendado por el entónces ministro de la Gobernacion D. Luis Sartorius, llegó en aquellos dias á Terrachina D. José Gutierrez de la Vega en calidad de *cronista* de la expedicion. Jóven de grandes esperanzas, de aménisimo trato, quedó desde luego agregado á mi cuartel general, siendo aquello el fundamento de la íntima amistad que con él contraje, cimentada despues por comunes trabajos y vicisitudes políticas. Amante de las artes, cultivando las letras y profesando ferviente culto á nuestras tradiciones, glorias y recuerdos en Italia, aprovechó Gutierrez de la Vega ocasion tan propicia para completar sus estudios favoritos, imprimiendo en 1850 sus *Viajes por Italia con la Expedicion española*, libro en que campean, á la par que una erudicion nada comun, las juveniles lozanías de una imaginacion entusiasta. Como representantes de la prensa, figuraban además en el campo español los Sres. D. José Santiago. D. José Casado, D. Eduardo María Suarez y D. Eusebio Antoñanza, corresponsales respectivamente de *El Clamor*, *La España*, *El País* y *El Heraldo*, diarios que á la sazón corrian muy acreditados en la corte.

Durante todo aquel mes de Junio fué tan violento mi disgusto, como devoradora la impaciencia de cuantos componian la division española. Obligados por fuerza de las circunstancias á permanecer inactivos ante los sucesos que en Italia se desarrollaban; sin elementos suficientes para emprender aisladamente operacion alguna de importancia; esperando todos los dias los refuerzos de España; encerrados

en estrecho círculo por los acuerdos de la diplomacia; dominados política y militarmente por otras potencias, que señoreaban el territorio con la superioridad numérica de sus ejércitos, y prevalecían en los acuerdos y decisiones por la mayor autoridad de sus delegados y gobiernos, quedó sin obtener satisfacción el ansia de acreditarse de los capitanes, y el ardimiento de los soldados.

XIV.

Roma mientras tanto defendíase con mayor tesón que de suponer era, considerando la extraña y abigarrada multitud que la guarnece, la escasez de sus recursos, la ausencia de todo sistema ajustado á los buenos principios del arte, y la falta de unidad de acción, de autoridad y competencia que demostraban sus generales. Por los partes de Buenaga y de Arteché, hemos podido adquirir aproximada idea de los elementos con que contaban los contendientes de una y otra parte: hora es ya de completarlos con posteriores y más detallados pormenores, refiriendo aquí someramente las últimas circunstancias del asedio.

Durante el armisticio negociado por Mr. Lesseps, de que he dado puntual conocimiento en los capítulos anteriores, continuos envíos de tropas y de material de guerra habían reforzado la división francesa, compuesta sólo al principio, como ya vimos, de tres brigadas, que formaban un total de 7 á 8.000 hombres. Aquellos refuerzos elevaron muy pronto el cuerpo de ejército francés á la cifra de 30.000 hombres, entre los cuales podían contarse 2.000 artilleros, 800 caballos, 1.000 ingenieros, tres baterías de campaña y una de reserva. Oudinot organizó el ejército, formando tres divisiones, mandadas respectivamente por los generales Regnault, Rostolan y Guesvillér, figurando en ellas, al frente de las brigadas, Molière, Morrin, Chadeysson, Levailant y otros oficiales distinguidos y de reputación bien asentada. Se es-

tableció el parque de artillería en Santa Passera, á orillas del Tíber y como á 2.000 metros de la plaza, aumentándose el tren de sitio hasta el número de 8 piezas de á 24, 18 de á 16, 4 obuses y 14 morteros. El cuerpo de ingenieros comenzó en los últimos días de Mayo á construir un puente de barcas sobre el Tíber en el ya citado punto de Santa Passera, y á más, una cabeza de puente sobre la orilla izquierda, armada de una pieza de marina de á 30 á barbata; situóse otra pieza de igual calibre sobre la orilla derecha y tres más sobre unas alturas inmediatas hacia el Norte de la basílica de San Pablo: estas cinco bocas de fuego fueron servidas por los marineros de la escuadra. El 1.º de Junio las dos primeras divisiones ocuparon ya las alturas situadas entre Santa Passera y la Villa Panfili, y varias compañías se situaron en la orilla izquierda para dominar la iglesia y el convento de San Pablo y proteger las obras del rio. La tercera division, mientras tanto, se establecia en la Villa Mattei sobre el camino de Civita Vecchia, á 2.000 metros de los muros del Vaticano, destacándose una de sus brigadas bajo la direccion del general Sauván á l'Acqua Traversa, camino de Florencia, ocupando sin resistencia la importantísima posicion de Monte-Mario, que domina las comunicaciones entre Viterbo y el alto Tíber, y desde cuya eminencia se descubre casi todo el panorama de la ciudad de Roma; de suerte que los franceses podian desde allí darse cuenta y tener perfecto conocimiento de cuantos movimientos verificara el enemigo en el interior de la ciudad. Por su parte los defensores, que se preparaban á oponer una vigorosa resistencia, dividieron en tres divisiones los 19 ó 20.000 hombres que componian su efectivo, mandando la primera Garibaldi, á quien se encomendó la defensa de la orilla derecha del Tíber, la segunda Bartolucci, que se encargó de la izquierda, y la tercera quedó como reserva en el interior de Roma.

De creer era, que los franceses dirigieran sus ataques hácia la parte situada á la orilla izquierda del rio, bien porque la ciudad ofrece por aquel lado un circuito de mar de considerable extension, y por lo tanto de más difícil defensa, bien porque las murallas, en muchos sitios derruidas, no se en

cuentran suficientemente flanqueadas y facilitan la apertura de la brecha aún con las baterías de campaña. Por aquella parte no existían entonces, como sobre la derecha, numerosas villas y construcciones, que constituían serios obstáculos favorables á la resistencia, debiendo contar también las circunstancias importantísimas de que la ciudad hállese más separada de sus muros por el lado derecho, y por lo tanto está más á cubierto de los fuegos, y de que por la parte izquierda podían los sitiadores apoderarse de los montes Aventino y Palatino, desde cuyas alturas amenazarían la ciudad con un bombardeo sin peligro alguno, y á mansalva. El general Oudinot, que durante un mes había permanecido acampado á las puertas de Roma, y que por esta razón debía tener perfecto conocimiento de sus condiciones de defensa y de la naturaleza de las fortificaciones, prefirió, no obstante, dirigir el ataque por el lado derecho del Tíber, es decir, por donde mayores dificultades podían oponérsele, sin duda con el objeto de mantener constantemente sus comunicaciones con Civita-Vecchia, como alegó después el Estado Mayor francés, olvidando que aquellas comunicaciones no podían faltarle mientras se conservara y mantuviera el puente sobre el Tíber, que no fué siquiera amenazado en todo el curso de las operaciones del sitio. Se decidió, pues, Oudinot al ataque de la plaza por el frente que ocupa la parte más avanzada del Gianicolo, y que comprendía en aquella época los baluartes núms. 6 y 7 sobre la orilla derecha, entre la puerta Portessi y la de San Pancraccio. Conseguido este primer objetivo, era menester posesionarse del recinto aureliano y del contrafuerte de San Pedro. Pero ¿de qué modo atravesaría Oudinot el Tíber, ante una población resuelta á la defensa y ofendido por los republicanos parapetados en las barricadas y casas, sin emplear la artillería? Y caso de emplearla, ¿cómo respetar los edificios y monumentos, encargo que muy especialmente había recibido de su gobierno? Debo, pues, creer que Oudinot, aún á trueque de tropezar con tales dificultades, no se atrevió á pasar con el ejército á la izquierda del Tíber, por temor de una salida de los revolucionarios, que, cortándole su retaguardia, le incomunicaran con Ci-

vita-Vecchia, base de sus operaciones y punto indispensable para apoyar todos sus movimientos y garantizar las subsistencias del ejército.

El 3 de Junio tuvo lugar el ataque de la villa Panfili, defendida por un destacamento de 450 hombres; el parque de aquel histórico palacio, ceñido de murallas en muchas partes, derribadas para servir á la defensa, ofrecia fuertes barricadas en diferentes puntos. La resistencia fué vigorosa y la acción sangrienta; los franceses tuvieron que emplear la mina para penetrar en el parque, y sólo entonces retiráronse los romanos en buen orden hasta la villa Corsini, no sin dejar en manos de aquéllos 200 hombres prisioneros, que fueron envueltos por la caballería al defender un bosque inmediato. Obligados tambien á dejar por abandonada la villa Corsini, retrocedieron los romanos hasta el Vascello, sólido edificio situado á distancia de 200 metros de la puerta de San Pancraccio.

Al mismo tiempo el general Sauvan, con su brigada, descendia del monte Mario, amparábase de la Torreta que domina el puente Milvio, uno de cuyos arcos habia sido volado, y unos batallones que atravesaron el rio á nado, fueron rechazados con grandes pérdidas. Duraba ya el combate algunas horas, cuando Garibaldi al frente de su division adelantó por San Pancraccio hasta el Vascello y la villa Corsini, para socorrer á sus defensores. Trabóse entonces la lucha con encarnizamiento; las posiciones fueron por una y otra parte perdidas y recobradas varias veces, hasta que el campo y la victoria quedó por los franceses, no sin haber perdido cerca de 300 hombres entre muertos y heridos. Los autores que sobre aquellos hechos han ejercido el derecho de la crítica, censuran á los romanos por haber dejado sola en aquel dia á la division de Garibaldi con los 7.000 hombres escasos de que estaba compuesta, mientras que se emplearon más de 12.000 en la guarda de otros puntos que ni siquiera fueron amenazados. De todas suertes, los franceses, merced á los resultados de la jornada, pudieron desarrollar sus trabajos abriendo la trinchera á distancia de 300 metros de las salientes más adelantadas del muro, apoyando la izquierda

de la paralela en la iglesia de San Pancraccio y prolongándola hasta la vía Portuense, cerca de Testaccio. Dejaron en la noche del 5 dos batallones en la trinchera para su guarda, y establecieron un fuerte avanzado en la casa Talonghi, al Norte de la villa Valentino, con objeto de vigilar su extrema izquierda. Seguidamente pudieron construirse á retaguardia de la paralela dos baterías con cuatro piezas de á 16, dos de á 24 y dos obuseros, y poco despues otra batería entre las dos primeras con 4 morteros. No realizaron los franceses aquellos trabajos sin sufrir un fuego sostenido de la plaza, que desmontó algunas piezas, mas esto no impidió que rompieran aquéllos el suyo desde el dia 6, causando á su vez no pequeño estrago en la muralla. En la noche del 9 intentaron los romanos una salida que fué rechazada, y á la siguiente Garibaldi con 8.000 soldados y á favor de una completa oscuridad, avanzó hasta las obras primeras, viéndose obligado á emprender muy luego la retirada, á causa del desorden que se produjo en sus filas, en que por mala direccion y peor fortuna, hostilizáronse entre sí las tropas revolucionarias, causándose no escaso número de bajas entre heridos y muertos.

Continuaron los trabajos de aproche por parte de los franceses, y las estériles demostraciones de los romanos, trabándose con frecuencia algunas acciones de escasa importancia, pero siempre desfavorables á los últimos, hasta el 13 de Junio, en que Oudinot, despues de haber enviado un parlamento á la plaza con proposiciones que fueron rechazadas, rompió el fuego en toda la línea con la mayor parte de la artillería. Aquel mismo dia, un destacamento penetraba por disposicion de Oudinot en Porto d'Anzzio, ocupando los depósitos y fábricas de donde los rebeldes extraian la mayor parte de sus repuestos de guerra, y el 15, púdose construir al abrigo de las obras de circunvalacion tres baterías de brecha á 60 metros del muro. El 21 existian ya tres brechas practicables, y en aquella noche, otras tantas columnas, compuestas de gente escogida y de zapadores en número proporcionado, penetraron por ellas sin encontrar resistencia, pues los romanos habíanse retirado á la segunda línea de defensa. Despues

de un vivísimo fuego, y no sin experimentar grandes bajas, lograron al cabo los franceses establecerse sólidamente en la Villa Barberini. Una demostracion practicaban mientras tanto sobre la izquierda del Tíber, en el momento de emprender por la derecha el ataque, y el 22, posesionados de la brecha, establecian, á pesar de la fusilería enemiga, sólidas trincheras, restablecian algunas baterías desmontadas, construian otra sobre la brecha misma, y continuaban el fuego, que duró el siguiente dia sin interrupcion, abriendo la cuarta paralela, por medio de zapas volantes, en la noche del 24 al 25.

Mas el fuego de cañon causaba en la ciudad grandes destrozos, y pruébalo la protesta colectiva que el cuerpo consular extranjero envió á Oudinot con fecha 23. Decia así: «Los
»abajo firmantes, agentes consulares y representantes de sus
»gobiernos respectivos, tienen el honor de exponer á V. E.
»el profundo disgusto con que asisten al bombardeo de la
»ciudad eterna. La presente tiene por objeto protestar enérgicamente contra este sistema de ataque, que expone la
»propiedad de los habitantes pacíficos y la vida de las mujeres y de los niños. Nos permitimos poner en conocimiento de V. E. que el bombardeo ha producido ya la muerte de
»varios inocentes y causado irreparables destrozos en las
»obras maravillas de arte, que Roma encierra, y esperamos
»confiados que en nombre de la humanidad y del derecho
»de gentes, desistirá V. E. del bombardeo, evitando la destrucccion de la ciudad monumental, considerada siempre bajo
»la proteccion moral de todos los países civilizados.» La protesta llevaba al pié la firma de los cónsules de Inglaterra, Prusia, Países Bajos, Dinamarca, Confederacion Suiza, Wurtemberg, república de San Salvador, Estados-Unidos de América y Cerdeña.

Mientras tanto, y suspendidos los fuegos de elevacion, que en realidad no tenian gran utilidad práctica, prosiguieron los franceses el asedio, dirigiendo sus principales esfuerzos contra el baluarte núm. 8, bizarramente defendido, preciso es confesarlo, por los voluntarios de la ya moribunda república: construyóse la quinta paralela, mientras que el gene-

ral Sauvan con dos batallones y fuerza de caballería, destruía en Tívoli los depósitos y polvorines romanos. El día 29 quedó abierta la brecha en el tan combatido baluarte núm. 8, y lanzadas las columnas de ataque, empeñóse la lucha, quedando los franceses en posesion del muro, despues de una defensa á la desesperada que costó á los asediados 400 muertos y más de 200 á los franceses. Aquel mismo dia tambien el representante Cernuschi propuso que la Asamblea declarase inútil toda resistencia; Mazzini opinó que deberia continuarse la lucha, abandonando á Roma, y el general Bartolucci, en nombre suyo y en el de Garibaldi, declaró que Roma quedaria en poder del ejército francés al siguiente dia. Garibaldi, á quien hizo comparecer la Asamblea, declaró no obstante, que podia sacrificarse la mitad de la ciudad, abandonándola al enemigo; mientras que por la parte de la izquierda del Tíber, fortificando las calles con barricadas, volando los puentes, armando de cañones los baluartes de Santo Spirito, fortificando el castillo de San Angelo, el barrio de San Pedro y el Vaticano, podria prolongarse por largo tiempo la resistencia, haciendo pagar caras sus vidas.—Plan de defensa aconsejado por la desesperacion, que no llegó á intentarse siquiera, presentando los triunviros la renuncia de sus poderes, y comisionando la Asamblea á tres individuos del municipio para tratar con Oudinot, no sin declarar que los primeros habian merecido bien de la patria. Propuso entonces el municipio á Oudinot que Roma fuera ocupada militarmente por las tropas francesas y republicanas, reservando la cuestion política, mientras que el general hizo otras ofertas que á su vez fueron rechazadas por la Asamblea. Se celebraron en Roma, en el entretanto, solemnes exequias por las víctimas del sitio, y repartiéronse algunos socorros entre las familias de los muertos reducidas á la miseria, y el 3 de Julio promulgóse la Constitucion en el Capitolio, esperando la Asamblea el curso de los acontecimientos. Mas no habiéndose entendido á la postre Oudinot con el municipio, abandonaba éste la ciudad á discrecion del francés, mientras que Garibaldi, reuniendo el dia anterior un cuerpo de voluntarios, salia de Roma libremente, declarando en una alocucion «que se

» disponia á combatir en el campo contra los austriacos y los
» españoles hasta agotar sus recursos, y dar la vida en defen-
» sa de la patria.»

Así terminó el sitio de Roma, que no costó al ejército francés más de 1.000 bajas ni menos de 2.000 á los romanos, despues de veintiseis dias de combates casi diarios y de trinchera abierta. Oudinot penetró en Roma, con las tropas, el 3 de Julio, por entre una poblacion silenciosa y fria; tal era la escasa estimacion de que gozaba el representante de la política francesa, que sin dar satisfaccion á los partidarios del Papa habia bombardeado la ciudad, causando sensibles destrozos en los monumentos y ametrallado al pueblo, demostrando sólo la ambicion de predominio europeo, base de la conducta de Bonaparte. La Asamblea fué disuelta á viva fuerza; el representante Cernuschi, detenido y preso, no habiendo conseguido fugarse como Mazzini y sus colegas, y el llamado ejército romano, licenciado, excepcion hecha de los voluntarios que siguieron á Garibaldi en número de 5 á 6.000 hombres con 500 caballos (1).

Todas estas noticias fueron llegando á mi cuartel general de Terrachina sucesivamente, y decidiéronme á emprender la marcha y á ocupar Velletri en los primeros dias de Julio, á pesar de no haber recibido de España todavía la division con que el Gobierno habia resuelto reforzar el cuerpo expedicionario, «á fin, decia en mi parte del 2 de Julio al ministro de la Guerra, de estar más cerca y á la mira de los acontecimientos que ocurran en aquella capital y atender, segun ha sido siempre mi pensamiento, á todo movimiento que el enemigo puede intentar fuera de Roma, si como de suponer es, una parte de estas fuerzas pretenden defender todavía en campo abierto la bandera que no pueden sostener en Roma.» Sensible era, por todo extremo, la tardanza de los refuerzos en aquellos momentos decisivos, en que bastaba

(1) *Partes oficiales al Gobierno de aquella fecha. Histoire de la Revolution de Roma* par Mr. Alphonse de Baylledier.—*Guerre de l'Independence Italienne en 1848 et 1849 par le general Ulloa.*—París, Hachette, 1859. *Relazione de la campagna, etc.* por el capitan napolitano A. d'Ambrosio.

un solo día perdido para que Garibaldi encontrara expeditos los caminos que por la izquierda del Tíber afluyen á Roma, y que los franceses no pensaron ó no pudieron ocupar. Así sucedió efectivamente, pues en el mismo día en que escribía yo á mi Gobierno desde Terrachina el anterior parte, salía el jefe republicano de Roma en dirección de Nápoles con su gente. No recibí con tiempo el aviso, mas preveyendo el movimiento, como queda demostrado, y sin esperar más días las tropas españolas de refuerzo, emprendí el 3 de madrugada la marcha con la corta división de mi mando, pernocté aquella noche en Sezze, y el día 4, encontrándome ya cerca de Velletri, tuve noticia en el camino de lo acaecido en Roma y de la salida de Garibaldi, al mismo tiempo que me alcanzaba una carta de Oudinot llevada por un vapor francés á Terrachina, donde todavía me suponía aquel general. En este documento dábame cuenta Oudinot de su entrada en Roma, y me avisaba con premura de la expedición de Garibaldi, por si creía conveniente ocupar el territorio comprendido entre los pueblos de Velletri, Valmontone, Palestrina, Poti y Vicovaro, en combinación con sus tropas, las cuales se posesionarian de Tívoli, Orvieto y Chivita-Castellana, mientras que los austriacos se mantuvieran en las Legaciones extendiéndose hasta Foligno y Perugia. El mismo día de mi llegada á Velletri, contesté al general francés comisionando al capitán de Estado Mayor D. Antonio Madera, tan bizarro como ilustrado, para que se personara en Roma con aquella comunicación, y viera al mismo tiempo al segundo secretario de nuestra embajada, Sr. Comti, que había permanecido en Roma durante el sitio, é inquiriese por cuantos medios estuviesen á su alcance todo género de noticias acerca de las fuerzas, movimientos y proyectos de Garibaldi. Las hasta entonces recibidas eran contradictorias, exageradas y confusas. De aclaración suficiente me sirvió el siguiente escrito del capitán Madera, que á la vez contiene detalles muy curiosos y algunos datos desconocidos hasta ahora, que revelan la doble política que siguieron hasta el último instante los franceses:

«Excmo. señor: Con arreglo á lo que V. E. se sirvió pre-

venirme en el día de ayer, á la una de la madrugada, por la posta, me dirigí á Roma acompañado del ayudante de V. E., subteniente, D. José Despujol.

»Ningun inconveniente retardó mi camino, y no eran todavía las cinco de la mañana cuando penetré en la ciudad. Lejos todavía de sus muros se notaban los tristes resultados que provocó la revolucion; por todas partes se veían ruinas en vez de las elegantes y ricas posesiones de los nobles romanos, presentando el interior de la poblacion un cuadro no menos doloroso, con especialidad en las cercanías del recinto. Cuantas calles le avcinan estaban cortadas por barricadas tan bien entendidas en su construccion, cuanto perfectamente situadas. El antiguo movimiento de sus habitantes hallábase interrumpido por numerosos puestos establecidos con una no interrumpida continuidad, observándose entre los transeuntes extraños uniformes é individuos cuyas fisonomías y maneras revelaban no ser nacidos bajo el cielo de esta tierra de Italia. No escaseaban tampoco las patrullas, y en todas direcciones se tropezaba con carruajes conduciendo, ya heridos, ya subsistencias, ya municiones de guerra y cuanto á un ejército rodea necesariamente.

»Con la tardanza natural á estos obstáculos y al extraño movimiento, tan ajeno de la ciudad eterna, llegué al palacio de España, en donde, segun la instruccion de V. E., me personé con el segundo secretario de aquella embajada, señor Comti. La hora no me permitió pasar inmediatamente á entregar el pliego de que era portador para el general Oudinot; así, de acuerdo con el Sr. Comti, traté de emplear el tiempo en adquirir los datos que V. E. deseaba, en cuyo objeto empleé luego igualmente la tarde, siendo su resultado la relacion y cuadro que tuve el honor de poner en manos de V. E. á mi llegada, y las observaciones que expondré en este escrito. Á la hora conveniente y en compañía del señor Despujol, pasé á visitar al general Oudinot, que se alojaba en el palacio de la familia Colonna. Poco tiempo tuve que esperar, de lo cual ni sus ayudantes ni él mismo escasearon las disculpas, atendido el cúmulo de negocios que en aquellos momentos les abrumaban. Entregado el pliego

de V. E., de que era portador, le felicité por el suceso obtenido, y no tuvo la menor dificultad en expresar cuán lisonjera y particular satisfaccion le causaba la carta de V. E.; sirvióse despues (sin que por mi parte se provocara) explicarme la situacion que pensaba dar á una parte de sus tropas, colocando por de pronto 6.600 hombres en Albano, Frascati y Tívoli, cuyo movimiento empezaba aquella tarde, operando entretanto, como ya lo verificaba, una fuerte columna la persecucion de Garibaldi, columna en la que con algun énfasis me repitió más de una vez iba artillería, siendo su mayor deseo concluir de una vez con las tropas revolucionarias. Manifestóme asimismo que tiene más que sobrado para sofocar cualquier ensayo de revuelta con los 30.000 hombres de que disponia, añadiendo, por último, que el Trastevere le habia brindado con un levantamiento, cuyo grado no indicó, pero cuya oferta no habia querido aceptar.

»En el curso de esta conferencia, espontánea en sus explicaciones al empezar, y en su curso, por mí algunas veces procuradas, sentíase con facilidad su anhelo de que las fuerzas de ambas naciones no se encontraran, ciñéndose él, por su parte, á radiar en los círculos señalados, mientras nuestras tropas lo verificaban en el de Velletri, al Este de la playa y al Sur de la zona indicada. Más reservado en lo tocante á los asuntos de la especialidad de Roma, se traslucia su difícil y embarazosa posicion, procurando, al hacer el alarde de las fuerzas y ofertas de los *trasteverinos*, ocultar, sin duda, su equívoco estado y el marcado odio hácia los franceses, que no se cuida ningun romano de disfrazar. Respecto á la persecucion de Garibaldi, la exageracion de su anhelo por batirle, si bien me fué desde luego sospechosa, pues nada le hubiera sido más fácil, las noticias que á poco adquirí, y de que daré la debida cuenta á V. E., confirmaron mi opinion, ya que no una certeza, imposible en esta clase de asuntos. Durante esta conversacion, su trato de hombre distinguido no se desmintió un solo instante, debiéndole las más delicadas expresiones y el convite de frecuentar su casa, si permaneciera en la ciudad, así como las facilidades para lo que considerase necesario en toda ocasion. Recordó la mision del co-

ronel Buenaga, y por fin me manifestó el placer que tendria de ver á V. E., prometiéndoselo cuando fuese á Albano. Por mi parte me mantuve en la reserva conveniente respecto á las operaciones que pudieran tener lugar, así como sobre toda materia relativa al refuerzo esperado, ó que pudiese motivar explicaciones de mi parte que no fueran oportunas.

» Vuelto al lado del Sr. Comti, me ocupé en inquirir cuál era la verdadera opinion del pueblo, cuál la fuerza que Garibaldi habia sacado, con cuánta podria ahora contar y cuál el estado relativo del ejército francés y de la ciudad.

» Sin embargo de lo escaso de mi tiempo para trabajo de tal cuantía, la asiduidad y conocimientos del Sr. Comti me pusieron en el caso de juzgar podia satisfacer en todos sus puntos al justo deseo de V. E. El aspecto general que la ciudad ofrecia, creo que V. E. habrá podido imaginarlo por el principio de esta comunicacion; pero lo que más me sorprendió fué el no ver enarbolado en ningun paraje el pabellon pontificio, y el contemplar por todas partes la bandera republicana, á la que sólo faltaba el gorro frigio, que al tope de sus astas tenian, y que era lo único que habia hecho abatir el general Oudinot. Subia mi sorpresa de punto al observar que transitaban libremente y armados, ostentando sus uniformes y escarapelas republicanas, los defensores de Roma, permaneciendo constituidas la legion polaca y la de Galleti: cada paso me suscitaba una nueva duda sobre la mision del general francés, pues no merecia la pena el verter tanta sangre para no hacer más cambio que el de quitar unos gorros de las banderas. Esta conducta ha concitado al ejército francés el odio de todas las opiniones, las unas porque han sido vencidas, las otras porque no reciben satisfaccion: de aquí que, al presentarse un francés en un establecimiento público, abandónanlo todos, negándose hasta á indicarles el nombre de las calles: sus edictos son destrozados, y por último, el general francés fué silbado al penetrar en la poblacion, acto que le hizo cargar las masas en persona. Desde entónces se han cometido algunos asesinatos de franceses. Esto ha producido medidas de rigor: todos los edificios públicos están ocupados y los puestos constantemente con las armas en la

mano. El castillo de San Angelo hállase coronado por numerosos centinelas; recorren constantes patrullas todas las calles, y al toque de retreta todo tránsito, salida ó entrada de la ciudad queda prohibida. Segun los mejores datos, encuentran dificultades insuperables para la constitucion de un gobierno del país, negándose á desempeñarle las personas de más viso, y no cesan los obstáculos á pesar de la disolucion de la Asamblea y de la supresion de la libertad de la prensa.

»Réstame sólo, Excmo. señor., manifestar á V. E. de qué modo los hombres más enterados explican aquí la dilatada defensa de Roma: estuvo apoyada por los republicanos rojos en Francia, que veian en los esfuerzos del Triunvirato el triunfo de sus principios y la caida de Bonaparte. Sufrida en Paris la última derrota de aquel partido, llegó á Roma un comisionado y convenció al Triunvirato y á la Asamblea de la inutilidad de prolongar una defensa imposible, consignando para el porvenir este hecho que hacía de Roma la ciudad esencialmente heróica, y legando este recuerdo para las miras, ya de *union italiana*, ya de una monarquía con esta ciudad por capital, no siendo, como no son, estos revolucionarios tan rígidos en sus ideas, que no acepten la monarquía con tal de obtener la unidad peninsular, objeto principal de sus aspiraciones.

»Entregada la ciudad á Oudinot, disolviéronse unas legiones por sí mismas, otras permanecieron armadas, y sólo Garibaldi salió de la poblacion con los suyos, aumentando sus fuerzas; en la madrugada emprendió la marcha, y seis horas despues salia la columna francesa en su persecucion. Ahora bien, Excmo. señor, ¿hubo buena fé en este suceso? Yo no lo creó, y me convenzo más al oír la voz pública asegurar unánimemente que existe un convenio secreto entre el general Oudinot y el municipio, sólo con aquel objeto.

»Estas son, Excmo. señor, las observaciones que he podido hacer en el corto tiempo de mi permanencia en Roma, y al extenderlas, sólo he tenido presente la verdad y la franqueza militar, en lo que espero haber cumplido con las órdenes de V. E. y con los sentimientos que me animan, deseando merecer su superior aprobacion.—Dios guarde, etc. Velle-

tri 5 de Julio de 1849.—Excmo. señor.—El capitan de Estado Mayor, *Antonio Madera y Vivero.*»

Disponíame, pues, á ocupar sin tardanza á Valmontone, dejando parte de la division en Velletri, cuando el 6 tuve conocimiento del arribo á Terrachina, de los transportes que conducian las tropas de refuerzo, al mando del entónces mariscal de campo D. Juan Zabala, amigo y compañero mio desde nuestros primeros pasos en la carrera de las armas. Componíase la fuerza de su mando de los batallones cazadores de Baza, Simancas, Ciudad-Rodrigo, dos compañías del de Chiclana, el regimiento de caballería de Lusitania, y dos baterías de montaña. Con esto quedaba el cuerpo expedicionario con un contingente de 8.500 á 9.000 hombres, divididos en 7.000 de infantería, 500 caballos y 3 baterías con 16 piezas (1). Exiguo cuerpo de ejército, á la verdad, si se compara con los de otras potencias que operaban en Italia; pero compuesto de aguerridas tropas, de entendidos jefes y oficia-

(1) Las instrucciones que de real orden comunicó al Gobierno el General Zabala decian así, despues de enumerar los cuerpos de que se componian:

“El Mariscal de campo D. Juan Zabala manda estas tropas hasta llegar á Italia y ponerlas á las órdenes del Teniente general D. Fernando Fernandez de Córdoba, General en jefe del cuerpo expedicionario, el cual las distribuirá y reorganizará como juzgue conveniente. El General Zabala queda empleado en aquel cuerpo de ejército del modo que el General en jefe disponga.

“Si el cuerpo español estuviese en Terrachina, las tropas que conduce el General Zabala podrán desembarcar allí ó donde disponga el General en jefe; pero si éste se hubiese internado sin dejar órdenes para este caso, las expresadas fuerzas se dirigirian á Gaeta, y el General Zabala, presentándose al Embajador de S. M. cerca de Su Santidad, solicitara el permiso de desembarcar.

“En cualquier punto donde desembarque, avisará al General en jefe de haberlo verificado y esperará sus órdenes, porque sin ellas no ha de emprender operacion ni movimiento alguno.

“Pero si tuviese lugar un caso imprevisto, en el cual esperando órdenes pudiesen comprometerse las armas de S. M., procederá conforme le dicte su honor é inteligencia.

“S. M. recomienda con encarecimiento que las tropas conserven la más severa disciplina. El General Zabala no perdonará medio para conseguirlo.

“Las tropas irán socorridas por el presente mes y llevarán en la pagaduría de la division el haber de Julio. Madrid 13 de Junio 1849.—*Figueras.*”

les, y suficiente, al cabo, para operar con entera libertad de accion en aquel territorio.

Dióme aviso Zabala desde Terrachina, en la noche del 5, que se proponia venir por tierra con toda la division reunida, á consecuencia de que, segun las noticias que corrian, Garibaldi se encontraba con sus fuerzas en Piperno, especie absolutamente falsa, pues Garibaldi hallábase entónces, como luego veremos, entre el Tíber y el Tiberone, con intencion marcada de operar internándose en los Apeninos, é invadir el reino de Nápoles, caso de que en las provincias fronterizas se encendiera el espíritu revolucionario. Con esto se retrasaban algo mis ulteriores movimientos, pues Zabala, viniendo por mar hasta Porto d'Anzzio, hubiera evitado la marcha por el territorio de las lagunas Pontinas, que siempre exigia grandes precauciones, apresurando la reconcentracion de las tropas. No hago con esto una reconvencion á Zabala, que obró prudentemente en aquella ocasion, como en todas, mas conviene consignar la causa de la pequeña tardanza con que emprendimos las operaciones y la ocupacion de los pueblos. Martinez de la Rosa, á quien dirigí una consulta, conformándome con la letra y el espíritu de las órdenes del Gobierno respecto á que todo lo que tuviera relacion con la política y las relaciones entre los diferentes ejércitos fuera previamente sometido á su consejo, me contestó en 7 de Julio desde Nápoles con el siguiente importante despacho, del que fácilmente puede deducirse el contenido del mio:

«Excmo. Sr.: He recibido la comunicacion de V. E. fecha 6 del corriente, en que tiene á bien participarme la llegada de los refuerzos que se aguardaban de España, así como la orden que habia dado V. E. para que las tropas recientemente desembarcadas fuesen á reunírsele en Velletri con el resto de la division. V. E. me anuncia en seguida que, una vez ocupada Roma y restablecida la potestad de Su Santidad en todos los Estados Pontificios, parecia á V. E. que el objeto más propio en que pudieran emplearse las tropas que están bajo su mando, era perseguir á Garibaldi, que se asegura ha salido de Roma; y efectivamente, es tanto más importante perseguir y destruir las bandas acaudilladas por

dicho jefe, cuanto que por donde quiera que transiten no podrán ménos de difundir la desolacion y el espanto, sin que pueda restablecerse la paz y tranquilidad de los pueblos hasta que aquel enemigo desaparezca.

» V. E. tiene á bien proponerme tres cuestiones acerca de las cuales desea saber mi dictámen, que voy á dar á V. E., deseoso del mejor acierto: 1.º En el caso de que Garibaldi penetre en los Estados del Rey de Nápoles, me parece que V. E. debe continuar la persecucion de aquel caudillo penetrando en ellos; ya porque se sirve poderosamente á la causa de Su Santidad, por no decir á la del orden general de Europa aniquilando esas bandas revolucionarias incompatibles con el reposo de la sociedad, ya porque tratándose de un Estado amigo como éste, y cuya Real familia está enlazada con tan estrechos vínculos á la de S. M. la Reina N. S., parece natural prestarle este servicio si en ello no se comprometiese el buen éxito de nuestras armas ó si no lo impide alguna otra razon poderosa á juicio de V. E.

» 2.º Si Garibaldi se dirigiese á las Legaciones ó á algun otro punto ocupado por las tropas austriacas, no hallo tampoco inconveniente político en que V. E. entre con sus tropas en dicha comarca; pues que, claramente aparecerá el honroso motivo que allí lo lleva.

» 3.º En uno y otro caso, como en cualquiera otro que pueda presentarse, V. E. conoce bien cuán importante sea guardar la mejor armonía con los jefes de las tropas de otras naciones con quienes pueda estar en relacion ó contacto; dándoles, si fuese posible, anticipado aviso de los movimientos que haga V. E., así como cuantos datos y noticias puedan contribuir al buen éxito de la comun empresa. En cuanto fuera dable, y más ahora que se han recibido los refuerzos venidos de España, creo que V. E. deberá procurar obrar aisladamente, si bien de acuerdo con los jefes de las tropas de otras potencias, evitando la union con ellas, sujeta por lo comun á graves inconvenientes, como con suma prevision lo advirtió el Gobierno de S. M. en uno de los despachos que me ha dirigido el Excmo. señor primer secretario de Estado. Esto hará que sea menos probable el tener que resolverse la

cuestion de mando; pero dado que se presentase este caso, la regla natural, y lo que ha solido observarse en tales circunstancias, es que tome el mando el general de mayor graduacion. Es cuanto puedo decir á V. E. en contestacion al oficio á que me refiero.—Dios guarde á V. E. muchos años. Nápoles 7 de Julio de 1849.—Francisco Martinez de la Rosa.»

Pero las noticias que el 6 y el 7 de Julio recibí de Roma y de los pueblos de aquella provincia completaron y confirmaron las de Madera y diéronme á conocer con exactitud la situacion de Garibaldi, sus probables movimientos y las intenciones que podia abrigar.

Bien claramente los había manifestado en la plaza de San Pedro de Roma al emprender la jornada el 2 de Julio. Reducíase á organizar en el Apenino, país fragoso, quebrado, sin comunicaciones fáciles, y de poblacion ruda y levantisca, una guerra de partidarios que mantuviera en conmocion el territorio limítrofe á Toscana, y en perpétua zozobra al Rey de Nápoles, intentando ó realizando rápidas incursiones en los Abruzzos é impidiendo de todos modos el inmediato restablecimiento de Pío IX, que no podia aventurarse en sus Estados, ni siquiera permanecer en Roma, mientras en las provincias más cercanas se mantuviera la guerra. Con tal objeto salió de Roma con direccion á Albano, en cuya ciudad permaneció el 3 de Junio, sin ser molestado por los franceses, cuyas columnas no lograron alcanzarle! Sabedor en Albano que en el mismo dia la division española habia salido de Terrachina y marchaba en direccion de Velletri, y por lo tanto de Albano, y temiendo encontrarse entre nuestras fuerzas y las tropas del general Regnault, varió bruscamente de itinerario, y dando frente á su izquierda, se dirigió hacia el Norte, atravesando Frascati á poco más de una legua de Roma y permaneciendo en Tívoli el 4 y toda la mañana del 5. ¿Qué hacian entretanto los franceses? Porque es de advertir que Tívoli dista de Roma poco más que Frascati, y encontrándose por lo tanto Garibaldi á menos de media jornada de la columna francesa enviada por Oudinot, no puede explicarse fácilmente cómo no le atacaron en aquellas

llanuras, ó cuando menos no se situó Regnault sobre el Tiberone para cortarle así todo paso, obligándole á venir sobre Velletri, en cuyo punto hubiérale esperado y alcanzado los 4.000 españoles. Repito que no pueden explicarse por razon alguna militar las vacilaciones y tardanzas de Regnault, que disponia de excelente caballería y de tropas ligeras adecuadas perfectamente á las circunstancias, á menos que para el mal éxito de estas operaciones existiera alguna causa desconocida, ó el convenio que indica á vuelta de algunas reticencias el capitan de Estado Mayor D. José Madera, en su parte del dia 5, advertidas sin duda, por el que atentamente haya recorrido aquel documento.

Mas encontrándose fuera de aquel mal paso, quedaba por de pronto á Garibaldi extenso territorio á su frente y muy próximas desde Tívoli las montañas, en cuyo seno y angosturas no tardaria en burlar á sus poco diligentes perseguidores. Á escasa distancia de esta ciudad, desde la que siguiéndose hácia el Norte queda rebasada Roma, corre el Tiberone formando una de sus curvas más pronunciadas para llegar á Vicovaro y descender luego en direccion contraria hasta Subiaco. Garibaldi atravesó, pues, esta línea dejando el rio á su retaguardia y corriéndose hácia su izquierda, entre el Tiberone y el Tíber, entró en el pueblo de Monte Rotondo, al Norte de Roma, y no á mucha mayor distancia que Albano y Frascati. La columna francesa que habia salido en su persecucion detúvose en Tívoli, sin pasar más allá, por razones que desconozco, y Garibaldi pudo permanecer á cortísima distancia de Roma, sin que fuera molestado y con la retirada asegurada, remontando por la izquierda todo el curso alto del Tíber, dejando á su derecha los Abruzzos, al flanco izquierdo la Umbria, en cuyos territorios dominaban los austriacos hasta Perugia, y teniendo á su frente las Marcas hácia la vertiente oriental de los Apeninos. Quedaban, pues, al jefe insurrecto dos partidos: permanecer en los pueblos pontificios de la montaña mientras no fuese molestado, ó penetrar en Nápoles por los Abruzzos para encender en aquella comarca el fuego de la rebelion: de obtar por este último, y no pudiendo remontarse hasta las costas del Adriático ni

bajar hasta Frosinone, existía practicable un paso único, á través de la cordillera; el desfiladero de Tagliocosso, célebre en los anales militares de Italia desde que en 1268 Cárlos de Anjou obtuvo en lo más ágrío de sus gargantas un victoria decisiva sobre Coradino, Rey de Sicilia, y camino preciso de cuantos ejércitos han pasado del antiguo reino de Nápoles á los Estados Pontificios y viceversa por los Apeninos centrales. Impedir á Garibaldi este paso interponiéndose entre el Tíber y la cordillera, hé aquí la difícil mision que podian y debian desempeñar los españoles. Cerrado Tagliocosso, quedaban desbaratados todos los planes del caudillo insurrecto, que, estrechado entre los austriacos y nuestras columnas, se veria obligado á deponer las armas ó á escapar abandonando el país, como en efecto aconteció.

Mientras tanto Zabala, que como he dicho, desembarcó el 5 en Terrachina, emprendió al siguiente dia, muy de madrugada, la marcha para Sezze, siguiendo el mismo camino que yo ya habia recorrido dos dias antes. Pernoctó en Cisterna, y el 7 llegaba con los batallones á Velletri. Yo tuve el gusto de estrechar su mano cerca de Cisterna, adelantándome personalmente á su encuentro con mis ayudantes y escolta. Era desde luego necesario establecer en Velletri la base general de nuestras operaciones, nuestro punto de apoyo y el depósito de los repuestos de bastimentos y municiones. Estábamos aislados en Italia, sin plaza alguna y sin otra comunicacion con España que aquella que nos proporcionaba la escuadra desde Terrachina ó Porto d'Anzzio; difíciles de augurar los acontecimientos futuros, era posible que cambiara la situacion de las fuerzas revolucionarias, que tomaran las armas los pueblos cercanos del litoral y de la montaña, que se promoviera un movimiento en los Abruzzos, ó que estallara, en fin, algun conflicto entre los franceses, que de tan singular manera interpretaban su victoria, y cualquiera de las potencias que sinceramente deseaban el restablecimiento de Pío IX en la corte de los Pontífices. Ante una de estas eventualidades, las reglas más vulgares de la guerra obligábanme á establecer puntos de apoyo que garantizaran nuestras comunicaciones con la escuadra, la seguridad

de los enfermos y heridos y nuestros repuestos y pertrechos. Velletri reunia todas las condiciones necesarias á tal objeto, por su proximidad al mar y por la fortísima posición que ocupa. Nombré, pues, por gobernador de la plaza al coronel D. Ventura García Loigorri, á quien ya he tenido ocasión de citar, y no con todo el elogio que merecía; determiné las tropas que deberian guarnecerla, ocupé el antiguo convento de los Capuchinos, haciéndolo verdaderamente inexpugnable; fortifiqué el monte Artemisio; establecí un hospital con 200 camas y alojé las tropas de guarnición en condiciones de resistir eficazmente cualquier ataque inesperado, si por acaso Velletri, bajo la dominación de nuestras armas, era objeto de una acometida semejante á las que sufrieron Carlos III en 1744, y Fernando II en Abril de 1849, Soberanos ambos de las Dos Sicilias (1).

(1) No puedo resistir al deseo de copiar la animadísima relación con que el Sr. Gutierrez de la Vega describe la histórica sorpresa de Velletri en 1744, en sus *Viajes por Italia con la Expedición española*, tomo I, pág. 87:

“El día 10 de Agosto, dice, fué el elegido por los austriacos para el cruel y sanguinario combate que más honra ha reportado al glorioso pabellón hispano-napolitano.

“Habiendo entonces aparecido en el mar algunas naves, no comprendieron los españoles que unos 6.000 hombres de infantería y caballería que se extendían hacia aquella parte al mando del conde Brown meditaban un plan astuto y engañoso, sino creyeron que irían á recibir las vituallas que les proporcionaba la flota inglesa. Pero al entrar la noche, corrieron aquéllos silenciosamente á colocarse junto á la iglesia de Santa María del Orto; y tan luego como llegó la caballería, que tuvo que dar un largo rodeo, Brown habla á sus soldados, les revela el ardid, logra inspirar la confianza y despertar en ellos el valor cuando llega el marqués de Nova, y poniéndose á la cabeza, sorprende y pasa á cuchillo á la primera guardia, avanza y sorprende también á toda la caballería española, que estaba acampada y malísimamente custodiada, desjarreta los caballos y mata y aprisiona á los que no consignan su salvación por medio de la fuga. El regimiento de caballería irlandesa resiste heroicamente en retirada; pero acosado por la superioridad del número de los contrarios y hallándose sin refugio alguno por haber encontrado cerradas las puertas de la ciudad, se defiende desesperadamente hasta que á impulso de las bayonetas tudescas se ve, por decirlo así, deshacerse en un arroyo de sangre que nace, crece, se engruesa y corre desbordado á los pies de Velletri. Allí, entre tantos héroes, murió peleando como un león el valiente y esclarecido general Macdonal. ¡Tris-

Era además Velletri una agradabilísima residencia. A 15 millas del mar Tirreno y á 25 de Roma, ocupa una posición ventajosa sobre la cumbre de una alta colina, defendida por el histórico Artimisio y resguardada de las emanaciones pestilentes de la laguna. Como en las demás ciudades de Italia, encuéntrase en Velletri elegantísimos palacios y monumen-

te consecuencia del lamentable abandono á que estaba reducida el ala izquierda de los españoles!

“Poco tiempo despues rompen las puertas y penetran los austriacos en la ciudad. Á los gritos de venganza que exhalaban las víctimas, vuelve de su sueño Cárlos III, salta veloz del lecho, llama á sus guardias, se arroja por la ventana de su dormitorio, y corre desaforado al fuerte de Capuchinos, y, reunidos á él el duque de Módena y el embajador de Francia, manda que el duque de Castropignano quede en la ciudad á fin de hacer el último esfuerzo para remediar tan enorme desastre, y parte como un rayo á robustecer y á alentar á los que componian el ala derecha. ¡Momento solemne era aquél para un Monarca tan grande, si queria quedar con gloria despues del doloroso descuido que estaba expiando á costa de tanta sangre!

“Divididos los imperiales en tres columnas, se dirigieron simultáneamente al palacio donde residia el Rey, al municipio como punto más elevado, y á la vía Corriera para ocupar en su longitud la línea media de la ciudad. Dueños de tan excelentes posiciones, corren sedientos de sangre, como bestias feroces clavando la espada en el pecho de cuantos encontraban al paso, como si hasta los naturales del país fuesen sus enemigos, y arrojando faginas encendidas é impregnadas de azufre á todas las casas. El robo, el asesinato, el estupro, el incendio, nada escasearon aquellas fieras. Los niños y los ancianos, los velletranos y los españoles, las vírgenes y los sacerdotes, todos eran, sin distinción ni consideración alguna, heridos, muertos, robados ó escarnecidos por aquella hueste bárbara y enfurecida. Los palacios del conde Toruzzi, de Nicoles Gregna y de Buzi fueron, entre otros muchos, objeto de la saña de los enemigos, por habitar en ellos el duque de Módena, el embajador francés y el general Gages. Entretanto, el sonido de las campanas, el ruido de los cañones y los ayes de la multitud, continúan el solemne y terrible canto funerario que, dilatando y enrareciendo el aire, subia al cielo, en honra de los centenares de infelices que sucumbieron aquella noche. Todo era desolación, gritos y confusión. El tenebroso aspecto que presentaba Velletri, cuya atmósfera estaba negra por el humo de la pólvora, vino á ser sustituido por los infernales resplandores que esparcian los palacios incendiados, cuya luz daba una tinta diabólica á los rabiosos soldados del Imperio, derramando, por el contrario, una aureola de gloria sobre las frentes de las doncellas desgrefiadas, de los ancianos heridos y de tantos desgraciados moribundos.

tos interesantes. Recuerdo, entre otros, el palacio del ayuntamiento, digno de particular atención; el de Filippi; el antiguo teatro; la robusta y ya medio derruida torre del Papa Urbano VIII; el palacio de Borgia, y especialmente el del príncipe de Lancelloti. En todos podían admirarse objetos de arte y en alguno de ellos riquísimas colecciones de armas

“Entregados los austriacos á tantos excesos, dieron lugar á que el cuadro fuese cambiando poco á poco. Habiendo tornado al campo el general Gages Fianmigo, de vuelta de una salida que hizo muy temprano á visitar á los escuchas, y notando el tumulto y la confusion que habia en el ala izquierda, mandó ir allí algunos batallones, y pronunció la voz de venganza, voz que en el instante encontró eco en sus soldados. Calculando que los tudescos estarían atacando á las fortalezas del ala derecha, y seguro de que el valerosísimo duque de Castropignano no perdonaría esfuerzo para intentar la reaccion dentro de Velletri, corrió á aquel punto. El incendio de la ciudad demostró á Lobkowitz que, estando ya ésta por sus tropas, era indispensable dirigir todos sus cuidados al monte Artemisio. Asaltado efectivamente por tres mil lucidos infantes, fué primero débilmente defendido, y despues abandonado por los españoles. Del mismo modo fueron perdidas las otras dos fortificaciones. Casi desesperados ya Cárlos III y su bizarro general, el conde Gages grita con voz de trueno á sus tropas, y el leon que parecia haber estado dormido, ó haber sido presa de algun estupor, ruge espantosamente, sacude su cerdosa melena, y se lanza sobre las águilas imperiales, causando un horroroso estrago. Se enciende otra vez y con más fuerza la lucha, y al ejemplo del Rey y de los generales, hacen proezas de valor las legiones de veteranos provinciales de la Reina y de Macedonia, y al de éstos, hacen heroicidades todos los soldados españoles. La velta de la fortuna cambió al silbido del huracan. La matanza comenzó á hacerse sentir en el campo de los súbditos de la Emperatriz. El temor se apodera de los austriacos, y, juzgándose envueltos y perdidos, hacen el último esfuerzo con pérdida de los nuestros; luego huyen tirando las armas, y muchos quedan en la lid ó son aprisionados, ó se derrumban por aquellos despeñaderos.

“Dueños los españoles de las fortalezas que habian perdido, cargan á sus contrarios con furor sangriento, digno del que acababan de sufrir, y los ponen en dispersion, pasando á cuchillo más de una tercera parte. El duque de Castropignano, no sobrecogido por los furores que habian tenido lugar en la ciudad, ni admirado por la ventaja que los suyos alcanzaban en la montaña, estudiaba con el corazon tranquilo la manera de triunfar dentro de Velletri. Divididas sus fuerzas en tres columnas, hacia frente á las tres que formaban los austriacos. Habiéndose arrojado valerosamente sobre la que se dirigió á tomar la altura de la ciudad, logró rechazarla, causándole gran destrozo. La propia suerte hizo sufrir á la que se batia delante del palacio del Rey. No alcanzó tan

y cuadros antiguos. El de Lancelloti domina la ciudad y desde sus altas azoteas se divisa toda la campiña. Es además interesante por haber servido de alojamiento á Carlos III, existiendo con el nombre de *Cámara del Rey*, la que habitó aquel Monarca, que se conserva intacta, así las paredes cubiertas de admirables frescos, como la ventana por donde

buen éxito sobre la tercera, que, apoderada de las casas de Vía Corriera, se protegía perfectamente y hacia muchas víctimas entre los soldados de Carlos III. Todavía confiaban los tudescos en la victoria, que efectivamente anduvo vacilante muchas horas, cuando el bizarro general conde de Beaufort se presenta en la plaza del Trivio, exhorta á los wallones y flamingsos, que cargaron como tigres, arrollando y matando á los contrarios hasta ponerlos en confusión. El valiente general que había dado este solemne y decisivo golpe, el noble conde de Beaufort quedó muerto en la refriega. La pérdida del bizarro capitán dió tales creces al valor de los que con él combatían, que, como un torrente devastador que todo lo aniquila, cayeron sobre los austriacos, sembrando las calles de cadáveres, y haciendo prisionero al marqués de Novati.

“En aquel momento las músicas y los vítores dieron al aire los cantos de la victoria. Embriagados con esto los españoles, dejaron de perseguir activamente á sus enemigos y les dieron lugar á que se colocasen en su posición anterior y se dispusiesen para impedir el asalto. Entretanto, mandó Carlos III que descansasen sus tropas de las terribles fatigas que habían pasado, y que limpiando la ciudad de la multitud de cadáveres y arroyos de sangre que la inundaban, le quitasen tan horroroso aspecto. Se hicieron muchas prisiones, como la de los hermanos Albrizzi, y condenóse á la última pena á Cesare Poccia, de la parroquia de San Clemente, acusado de haber favorecido el asalto de los austriacos. Al mismo tiempo hubo premios y recompensas para los leales.

“Fortificados de nuevo ambos ejércitos en sus respectivas posiciones, permanecieron cerca de tres meses contemplándose para lanzarse de nuevo el uno sobre el otro y sufriendo los imperiales el daño que les causaban las bombas que les enviaban desde el Artemisio, hasta que las carestías y los rigores del clima obligaron á éstos á retirarse, primero á Montesecco y Civita-Laviana, y á levantar por fin el campo como lo hicieron el día 1.º de Noviembre dirigiéndose hácia Roma. El Duque de Módena y el conde Gages Fiamingo fueron los encargados de seguir la pista en aquella vergonzosa retirada á los que nada menos querían que conquistar el más bello de los jardines de la Italia, el rico y floreciente suelo de Nápoles.

“Cerca de 7.000 víctimas costó á ambos ejércitos el asalto de Velletri, y es muy posible que con menos hubiesen triunfado los austriacos á no haberse entregado tan ciegamente á la rapiña, olvidando la conquista. ¡Bien caro pagaron unos y otros el descuido y abandono en que incurrieron!...”

hubo de saltar á los jardines en la trágica noche del 10 de Agosto, para unirse á los soldados españoles.

No terminaré este capítulo, para referir en el siguiente las operaciones militares que llevó á efecto la división española despues de los acontecimientos que llevo referidos, sin insertar, á título de curiosidad como estudio único, y para hacer honor á su memoria, el interesante trabajo que compuso y me dedicó el entónces teniente coronel D. Juan Cotarelo, ayudante de campo del general Zabala y tan ilustrado militar como bravo soldado.

Dice así:

CRONOLOGÍA DE LAS ÉPOCAS DE LA HISTORIA DE VELLETRI.

- VOLSCOS. — En 137 de Roma.—Primer movimiento hostil de los volscos contra los romanos.
- En 259. — Combate de los volscos contra los latinos y los confederados, cerca del lago Regillo.
- En 262. — Peste y reducción de la ciudad, que fué nuevamente poblada por romanos.
- En 265. — Rompimiento de los volscos y romanos. Batalla sobre el Artemisio.
- En 351. — Se someten á los romanos las ciudades volscas Ansure y Artena.
- En 362. — Velletri se sustrae del dominio romano, y vuelve á su antigua independendencia.
- En 367. — Nueva guerra entre volscos y romanos. Se rinde la ciudad volsca á Camilo.
- En 371. — Circeo y Velletri se levantan contra Roma.
- En 373. — Batalla cerca de Velletri, y defensa de esta ciudad.
- En 385 y 388.—Asedio de Velletri por los romanos.
- En 417. — Demolicion de los muros de Velletri por los romanos, despues de la batalla del rio Astura. Otra vez es poblado por gente de Roma, y pasa desde luego á ser
- COLONIA ROMANA.—En 534.—Pelean los velletranos contra Aníbal en union con los romanos.
- En 548. — Terremotos en Velletri y sus cercanías.

- En 552. — Nuevos terremotos, en los que la tierra se abrió por algunas partes en espacios de más de setecientos pies de largo por trescientos sesenta de ancho.
- En 690. — Muerte de Cayo Octavio, de origen velletrano, é irrupción de los
- GODOS.—En 410 de la Era cristiana.—Alarico, Rey de los godos, asedia á Roma y sus tropas hacen correrías á tierras de Velletri.
- En 452.—Atila con los hunnos entra en Italia.
- En 455.—Gensaleico, Rey de los vándalos, entra á saco en Velletri, que es abandonada por sus hijos.
- En 546. — Los godos se apoderan de esta ciudad.
- En 554. — Concluye la dominación de los godos. Vuelve Velletri despues de Belisario al dominio de los Emperadores, y se recupera de las pérdidas sufridas durante la dominacion de los bárbaros. Desde entónces usa sobre sus armas esta inscripcion: *Est mihi libertas imperialis*. Narse-te, generalísimo de Justiniano, hace traicion y llama á Italia á los
- LONGOBARDOS.—En 568.—Los longobardos ocupan la Italia y la dividen en ducados.
- En 590 y 593.—Asedian á Roma y llegan á Velletri. Muere de peste el Papa Pelagio II. Se experimentan el morbo y muchas inundaciones en la Italia central, concluyéndose estas calamidades en tiempo de San Gregorio Magno. La ciudad de Tre Taberne es destruida. Expulsion de los longobardos, capitaneados por Anolfo, y entran á gobernar los
- PAPAS.—En 730.—El Emperador Leon Isaurico, excomulgado por el Papa, da ocasion á que el ducado de Roma y otros sacudan el yugo de los griegos y se pongan bajo la obediencia del Sumo Pontifice. Velletri es una de las primeras ciudades que reconocen la autoridad temporal del Papa.

- En 844. — Guerra contra los sarracenos, apoderados de una parte de la campaña.
- En 916 — Son lanzados de los Estados de la Iglesia. Su derrota en el río Garigliano.
- En 1089. — Urbano II, en vista de la fidelidad de los velletranos y su oposición al anti-Papa, llamado Clemente III, les concede el título de *Hermanos predilectísimos*.
- En 1181. — El cardenal Ubaldo, obispo de Velletri, es exaltado á la silla de San Pedro, y toma el nombre de Lucio III.
- En 1227. — El obispo de la misma ciudad, Ugolino, electo Papa, con el nombre de Gregorio IX.
- En 1269. — Hostilidades entre los vecinos de Velletri y de Lariano.
- En 1305. — Muerte de Benedicto XI y se traslada la corte apostólica á Francia por disposición de Clemente V, donde estuvo setenta años, durante los cuales hubo disidencia entre Roma y Velletri.
- En 1372 y 1373. — Discordias entre los nobles y los plebeyos de Velletri.
- En 1377. — Se restituye á Roma la Sede Pontificia, y concluyen estas discordias.
- En 1382. — Batalla contra los bretones, que fueron derrotados cerca de la Puerta Napolitana.
- En 1397. — Paz y confederación entre Velletri y la familia Conti, que se habia fortificado en Lariano.
- En 1456. — Peste en Velletri.
- En 1463. — Demolicion de la fortaleza de Lariano.
- En 1465. — Division de límites entre Velletri y Lariano, cuya posesion habia causado tantas hostilidades.
- En 1495. — Carlos VIII de Francia entra en Velletri á la cabeza de un ejército.
- En 1527. — El ejército del Emperador Carlos V, Rey de España, entra en Roma y reconoce Velletri su autoridad.

- En 1534.—El cardenal Alejandro, obispo de Velletri, electo Papa, toma el nombre de Pablo III.
- En 1536.—El Emperador Cárlos V, Rey de España, después de su campaña de África, pasa á Roma y es bien recibido en Velletri.
- En 1539.—Tumultos en Velletri por la carestía del pan.
- En 1555.—El cardenal Carraffa, obispo de Velletri, exaltado á la silla pontifical.
- En 1556.—Entra el duque de Alba en los Estados del Papa con 12.000 infantes y 500 caballos, procedente de Nápoles.
- En 1557.—Paz entre Felipe II de España y el Papa.
- En 1575.—Se principia la obra del palacio en la casa ó castillo de la familia Octavia.
- En 1612.—Se ensanchan y uniforman las plazas públicas de Velletri, dichas del Trivio y del Piano.
- En 1637.—Se coloca en la plaza Mayor la estatua de bronce de Urbano VIII.
- En 1734.—El duque de Montemar, á la cabeza de un ejército español, entra en Velletri, de paso para la Lombardía.
- En 1736.—Sublevacion de Velletri contra los españoles. Deponen las armas los sublevados.
- En 1744.—Entra en Velletri el ejército napolí-hispano, estando á su frente el Rey Cárlos III. Los austriacos, á las órdenes del príncipe Lobkowitz, se establecen en Nemi y campos inmediatos. Los españoles establecen trincheras sobre el monte Artemisio, y los austriacos sobre el monte Spino, que toman los napolí-hispanos en reñida refriega el 15 de Junio. Sorpresa de Velletri por los austriacos, verificada en la noche del 10 al 11 de Agosto. Cárlos III se ampara del fuerte de Capuchinos. Son rechazados los austriacos de la ciudad. Batalla sobre el Artemisio. Victoria del ejército napolí-hispano. Se retiran los austriacos sobre Roma el 1.º de Noviembre.

En 1780.—Llega Pío VI á Velletri y se dirige á Terracina para activar la construcción de los canales.

En 1798.—Destierro de Pío VI por Napoleón. Se proclama la república en Velletri por orden del general francés Bertier, que había ocupado á Roma. Sublevación de los velletranos contra los franceses. Atacan éstos la ciudad bajo las órdenes de Murat. Se retiran los defensores. Entran los franceses á saco. Llega á Velletri un cuerpo de tropas napolitanas de 52.000 hombres, y se retiran los franceses sobre Roma. Retirada del ejército napolitano por Velletri, después de la batalla librada cerca de Civita-Castellana. Vuelven 12.000 napolitanos sobre Roma por engaño, y son destrozados más allá de Albano.

En 1799.—Vuelven á Velletri los franceses con dirección al reino de Nápoles.

En 1800.—Terremoto y epidemia en Velletri. Muere Pío VI en Francia y le sucede Pío VII.

En 1803.—Pío VII pasa á Francia á la coronación del Emperador Napoleón Bonaparte, y torna la paz á los Estados Pontificios.

En 1806.—Los franceses, en guerra con Nápoles, pasan por Velletri con dirección á aquel reino. Los Estados del Papa quedan sujetos á la

DOMINACION FRANCESA.—En 1809.—Deportación del Papa Pío VII y de los cardenales. Se dividen los Estados de la Iglesia en departamentos y se declara á Velletri subprefectura y capital de la provincia Marítima.

En 1814.—El Rey intruso de Nápoles, Joaquín Murat, hace liga con el Emperador de Austria, se apodera de Roma y asedia á Civita-Vecchia, Ancona y Castel Sant'Angelo. Ajusta treguas con Inglaterra y se declara enemigo de Napoleón. Caída del Emperador de los franceses y

VUELVE EL GOBIERNO DE LOS PAPAS.—En 1814.—Se resti-

tuye á Roma Pío VII el 24 de Mayo, y se establece nuevamente el gobierno pontificio. Los napolitanos, al retirarse de Roma, vienen á las manos con los de Velletri. Desordenada la tropa, acude á las armas.

En 1815.—Se sufre escasez de granos en la ciudad. Año de hambre.

En 1818.—Se crea un hospital de caridad.

En 1831.—Llega á Velletri Gregorio XVI.

En 1832.—Se establece la nueva provincia Marítima.

En 1846.—Exaltación de Pío IX á la silla pontificia.

En 1848.—Pío IX pasa por Velletri y se refugia en Gaeta.

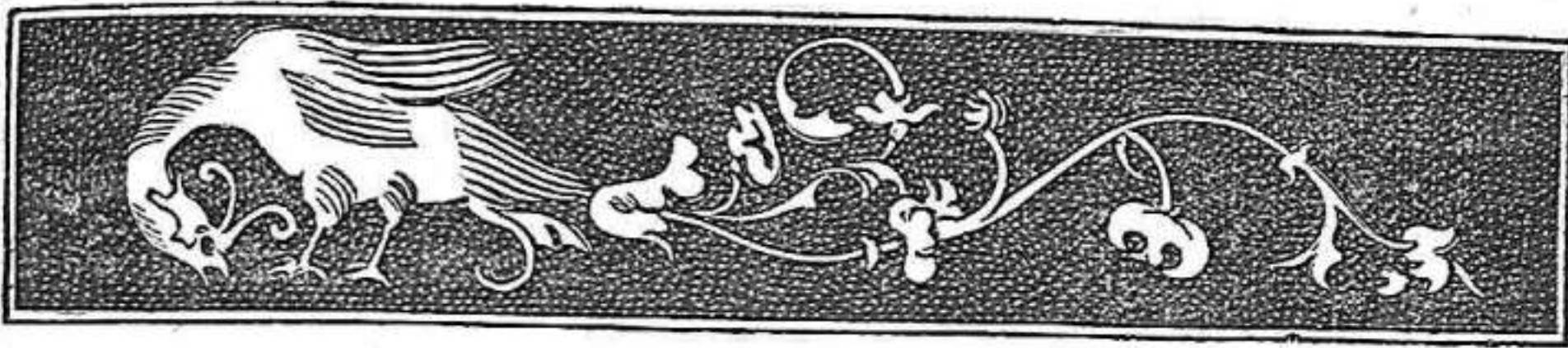
En 1849.—Establecimiento de la república romana. El Rey de Nápoles, Fernando II, marcha sobre Roma con un ejército y tren de sitio. Acción de Velletri entre los del Rey de Nápoles y los republicanos, mandados por Garibaldi. Fernando II se retira á su reino. Entra en la ciudad un cuerpo de tropas españolas, mandado por el Teniente general D. Fernando Fernandez de Córdoba. Vuelve Pío IX á la plenitud de sus derechos. Velletri es residencia del cuartel general de los españoles durante largo tiempo.»

FERNANDO FERNANDEZ DE CÓRDOVA,

Marqués de Mendigorria.

(Continuará.)





HOJAS SUELTAS

DE LA CARTERA DE UN SASTRE



ACE tiempo que, deseando amenizar algun tanto la enojosa tarea de juzgar lo presente, investigando al paso los misterios del porvenir, me consagré á recordar añejas costumbres, de las que á otro, por lo pequeñas y baladíes, no le hubiera ocurrido tratar en conjunto, y como si en ello fuese la salvación de mi ánima, emprendí el nuevo rumbo con más gentil desembarazo que buena fortuna, buscando roídos papelotes que auxiliasen mi entendimiento, tan pazcuato y desmedrado, que á no ayudarle la voluntad y la memoria, la cosa no hubiera pasado de intención sin alcanzar los sabrosos efectos de la culpa.

Pocos y desperdigados son los datos que he tenido á mano: los excelentes ingenios que reunirlos hubieran podido, ocupados, sin duda, en asuntos mejores, no lo han hecho, despreciando su pequeñez, ni pluma ninguna de más vagar que la mía ha creído necesario trazar algunos rasgos de las costumbres íntimas de nuestros padres ó abuelos, juzgando nimie-

dades lo que, á mi parecer, es auxiliar poderoso, y como jalones en la vida de un pueblo.

Sea como quiera, registrando días pasados un legajo, asaz voluminoso y antiguo, diéronme en rostro ciertos pliegos llenos de gruesos caracteres, nombres propios y guarismos.

Lo amarillento del cuaderno, barbas sin cortar y excelente conservación, indicio de su buena calidad primitiva, me indicaron desde luego sus muchos años. ¡Pecador de mí, exclamé á primer golpe de vista, son los apuntes de mi amigo el sastre! Dios le haya perdonado. ¡Y qué buen servicio de ultra-tumba me presta!

Con efecto, puse manos á la obra, y en unos cuantos dades y tomares, enjareté el artículo que juzgará quien leyere.

Mas no precipitemos los sucesos. Antes de todo es debido dar cuenta de cómo vinieron á mi poder los papeles que han servido de base al trabajo que doy al público.

Sucedió que á través de las alternativas que un día y otro llevan consigo, hice en mis mocedades amistad con un honrado sastre entrado en aquella dichosa edad próxima á la vejez.

Está dichosa edad son los sesenta y tres años, y quien así la califica es el famoso historiador de Cromwell, al hablar de su muerte. Quisiera, en verdad, que tuviese razón; mas sigo mi cuento sin aventurarme á dársela.

El buen industrial tenía dos hijos de diferente sexo; ella un pedazo de cielo, dengosa, á la moda, romancesca, algo diestra en el piano y con ínfulas de hablar francés.

El muchacho cursó no sé qué carrera: creía de buena fe que el género humano nada supo hasta que él nació para ilustrarle, la echaba de espíritu fuerte, era gran declamador contra las desigualdades sociales, hubiera considerado mengua saludar á ningún dependiente de su casa y no perdonaba medio de hacer sonar en su bolsillo los pesos duros que su padre le suministraba.

Este, en suma, proporcionó á sus hijos una educación ficticia, cuanto él no podía vigilarla, que dió por fruto descontento de ellos hacia su clase, y desvío con el excelente anciano, si bien jamás le faltaron al debido respeto.

La hija tuvo muchos pretendientes, pues la dote era bue-

na; vaciló entre varios, llevando al fin la palma uno que declaró su pasión escribiendo en el álbum de la joven unos versos, de que recuerdo los siguientes:

Dame tu amor, y premairáte el cielo,
ó escucharás sobre mi tumba fría
el fúnebre graznido del mochuelo.

Á este tiempo el mancebo había logrado un destino de corto sueldo en Hacienda.

Por entonces le conocí, y en verdad, más que los melindres de la niña y las disertaciones del hijo, insoportable si le daba por filosofar, me complacía un rato de plática con el viejo, pues era hombre de buen sentido, de observación exacta y había tratado gentes de todas clases y condiciones.

Un anochecer hablábamos de las diferentes modas y sus infinitas variedades; el sastre estaba en su elemento, y yo le oía con atención, sin cesar en mis preguntas, hasta que levantándose de la silla el honrado menestral, abrió una gaveta que á su inmediación estaba, y sacando un cuaderno de apuntaciones, me le ofreció diciendo:

—Veo que es usted curioso; guarde ese libro donde he ido apuntando la parte principal de la obra de aguja y dedal hecha por mi mujer y por mí desde principios del siglo, y si con sus notas encuentra algun pasatiempo, quedaré satisfecho poniéndole en manos del único que le concederá algun aprecio.

En mucho ofrecí conservarle, y así ha sido, por más que hasta el día no creí me sirviera de otra cosa que de afectuoso recuerdo.

Hé ahí la historia de las *Hojas sueltas*. Antes de usarlas debo hacer una declaración que me dicta la conciencia. Las páginas siguientes las hemos compuesto el sastre y yo; lo digno de alabanza á él pertenece, de lo demás la culpa es mía; siendo tal la union de entrambas personalidades, que agradeceré como propia la indulgencia que con el sastre se tenga.

*
*
*

Comenzó el siglo presente usando los caballeros elegantes peinados de seis bucles, coleta con cinta y la cabeza cubierta de polvos blancos. Este incómodo peinado que á hombres tan principales y graves como el erudito Campomanes y Floridablanca obligaba á dormir la siesta de cara en el lecho, apoyada la frente en las almohadas, era de rigor, excepto en los casos de mucha confianza, que se recogía todo el cabello atrás, en bolsa ó redecilla, según lo llevaba la gente común.

Por consecuencia de tan prolijo adorno de cabeza, resultaba el gremio de peluqueros favorecido en intereses, numeroso y apreciado como indispensable entre grandes y pequeños, para servir á los cuales apenas le bastaba afanarse desde las primeras horas de la mañana, corriendo por calles y plazas con perjuicio de su salud y del propio aseo, hasta el punto de merecer providencias gubernamentales el atareamiento y falta de policía que llegó á darle renombre.

Ni uno ni otra pudo evitar. Los parroquianos eran infinitos; para cumplir con ellos no bastaba diligencia, y menos para impedir que los polvos blancos y la pomada manchasen la ropa de los industriales en cabello que en su precipitada carrera rozaban con los transeuntes, á diestro y siniestro, sin detenerse á escuchar los votos y reniegos consecuencia de su mugriento paso.

En las sillas de mano, establecidas y reglamentadas como ahora los coches de plaza, podían negarse á conducirlos los silleteros, como tampoco había obligación de darles asiento en los coches simones, nombre que tomaron del alquilador que primero los estableció en la calle de los Negros.

Por el contrario, la misa de las dos de la tarde en el Buen Suceso pudo llamarse de los Peluqueros, pues como en aquella hora era de suponer terminado su afán, se les permitía acudir sin que nadie tuviera derecho á quejarse de los desperfectos que le causaran.

Previsoras disposiciones de nuestros abuelos, sólo comparables á la que ordenaba á los zapateros remendones tener en el portal donde trabajaban una cazuela con agua en que pudiesen beber sin estorbo los perros vagabundos.

Hecha esta digresión, anudo el hilo de mi relato en el punto que le corté.

Componían lo restante del adorno personal gran corbata de muselina ó batista, chupa bordada, calzón, media, zapato con hebilla, casaca, de color generalmente, bordada con más ó menos esmero, y botonadura, de gran precio quien podía usarla. Agréguese á esto la chorrera de encaje de Bruselas, grandes vuelos de la misma clase, que para comer se resguardaban con una especie de embudos de cartón, y espadín con empuñadura labrada, cuando no de rica pedrería.

Se usaba sombrero apuntado y también de los llamados de tres candiles, si bien éstos ya se consideraban de moda antigua.

Las capas de grana se preferían como de mejor gusto, dejando las de colores oscuros y los capotes para la gente común, que tampoco llevaba bucles en el peinado.

La vestimenta era por cierto magnífica y costosa, propia para realzar una buena figura. En cuanto á comodidad, sencillez y economía, le lleva la nuestra grandes ventajas, no siendo la menor disimular las faltas del individuo.

El tocado mujeril no era ya tan alto como el que hizo escribir á Iglesias:

Yo ví en París un peinado
De tanta sublimidad
Que llegó á hacer vecindad
Con el ala de un tejado.

Sin embargo, su complicación era grande, aumentada con sombrerillos puestos á un lado, según se pintaban los pastorcillos de Florián y Gesner, luciendo tanta pluma, airones y pedrería que con razón lamentaba Jovellanos ver á la doncella española:

Cual nave real en triunfo empavesada.

Nadie extrañaba el uso de lunares y afeites, tanto los había generalizado la costumbre, y se tenían por gran virtud que la cotilla ó jubón fuesen modestos y larga la falda del

vestido. Completaban el atavío de una dama los *briales*, especie de sobretodo de rica tela, ó el *citoyen*, parecido á los gabanes cortos que actualmente llevan las señoras, zapatos de tacón muy alto y pala bordada, poco diferentes de los que ahora se usan, y medias caladas de seda.

Las mujeres de clase humilde no vestían con menos esplendidez, caso de permitirlo sus medios. Muchos collares y arracadas, jubón lleno de caireles, hombreras y botonadura de plata, zagalejo de seda con flecos desde la cadera y mantellina de franela blanca. El peinado era sencillo. Reducíase á recoger el pelo formando moño sujeto con una peineta de más ó menos precio.

Los hombres iban según se presentan en la plaza de toros hoy día, salvo que gastaban montera manchega, cuando no se cubrían con sombrero apuntado.

Mas tan ostentoso adorno estaba cerca de su fin.

La emancipación de los Estados Unidos había puesto en uso la severa levita inglesa ó norteamericana; Francklin la usó en París y Lafayette y los que de América venían hicieron gala de vestirla, cuando la etiqueta no lo estorbaba. No fué bastante su poca gracia á impedir que el sombrero de copa ó redondo, tomase carta de naturaleza, y el girondino Brissot fué de los primeros que usó pantalones, amenazando con inventar un traje cortado geométricamente para cubrir el cuerpo y nada más, y hasta los *sansculottes* franceses contribuyeron á modificar el traje simplificándole en extremo.

Véase cómo las grandes causas producen también efectos pequeños.

La primera innovación radical comenzó por el cabello y peinado en consecuencia. Reforma solemne, increíble, dolorosa, sin precedentes, como el genio absoluto del primer cónsul Napoleón Bonaparte que la realizó. En España dió principio por el ejército, que á la sazón se peinaba con un bucle á cada lado, teniendo los soldados que presentarse en la última lista con la coleta destrenzada y la cinta, del color de los vivos del uniforme, puesta sobre el hombro. Siguieron los empleados civiles, bien á su pesar, pues hubo muchos que renunciaron el cargo antes que sacrificar su cabellera;

pero esto era inutilizarse, perder la gracia del Rey, y lo que importaba más, la del favorito D. Manuel Godoy, ser excluído de sus brillantes *miércoles*, días de recepción en el palacio del almirantazgo, y tan estoica conformidad pasaba los límites del heroísmo.

Muchos años después aún se estremecían varios ancianos recordando la ruda prueba á que se les sometió.

Mas no todos la sufrieron; la misma enormidad del cambio fué causa de que se impusiera con alguna tolerancia.

Hasta pasado un cuarto del siglo respetables excepciones conservaban todavía su estimada coleta, de igual modo que rara columna ó trozo de cornisamento esparcidos en las arenas del desierto indican al viajero dónde se alzaron los templos de Menfis y Balbek.

Hubo una circunstancia rara. Las bellas hijas de Eva, á quien nadie excitó á la reforma, quizá por esto mismo se propusieron adoptarla, é hicieron más, la pusieron en moda, motilándose la cabeza, sin dejar más largo el cabello que para peinarle en menndos rizos, ó cuando mucho en tirabuzones que caían por detrás del cuello, á la *romana*, según con poca razón se decía entonces.

La costumbre, en verdad, no se hizo general ni fué duradera.

El traje masculino varió con lentitud, según procuraré demostrar; el de las señoras cambió rápidamente, pues figurines de 1804 que tengo á la vista representan á las *petimetras* con basquiña estrecha de tafetán con dos guarniciones de terciopelo y blonda al canto, mantilla de sarga guarnecida también de terciopelo, zapato bajo sin tacón y el cabello cortado.

Sobrevino la invasión francesa, y á pesar de la resistencia general contra todo lo extranjero, insensiblemente, y tal vez sin conocerlo, los españoles fueron admitiendo las modas de allende los Pirineos, adoptadas por la *juventud dorada* de Thermidor y luego por los *increíbles* del directorio.

Algo rehacios anduvieron nuestros compatriotas, mas al fin los preciados de vestir al uso cambiaron la casaca por los fraques de faldones largos, la media y el calzón por los

pantalones de punto ajustados y el zapato de hebilla por las botas de campana de charol, color de ante.

Gran incertidumbre causó la variación de calzado, originada de recelarse si el roce de la bota pudiera alterar la forma de la pierna, objeto de particular cuidado para aquellos señores; así es que muchos se contentaron con el pantalón de punto ceñido á la garganta del pie con una cinta de seda. Se vieron capotes de barragán con mangas en vez de las capas de grana, algún que otro sombrero redondo, é infinitos guantes de hilo sustituyeron á los de piel; las chupas se convirtieron en chalecos y las corbatas continuaron altas, grandes y de amplio y complicado lazo. No son de olvidar los enormes paraguas, encarnados ó azules, que por entonces empezaron á generalizarse, resguardados con su correspondiente funda, que nunca se les quitaba sino para los actos de servicio.

Con respecto á los cambios en la vestimenta mujeril, pecaron en historia, que, á la manera del buen vino, hay que abandonar cuando el sabor es demasiado fuerte.

Veamos, sin embargo, el origen que se les conoce.

Entre las ridiculeces de la primer revolución francesa, fué una el intento de vestir las mujeres á lo *ateniense*. Las hijas de Pache, corregidor de París, y otras varias, se presentaron en los paseos públicos con trajes que Lais y Aspasia se hubieran avergonzado de llevar, por lo frescos y ligeros, ignorando que las mujeres griegas, lejos de gastarlos así, llevaban cuatro túnicas que las cubrían del cuello á los pies, excepto las espartanas, renombradas en toda Grecia por su falta de recato. Las ninfas, driadas y demás figuras mitológicas eran creaciones fantásticas, como las sílfides y ondinas de la Edad Media, y natural fué representar á Venus desnuda cual símbolo de torpe incontinencia.

No hizo fortuna semejante desenvoltura, mas como el mal ejemplo se hallaba en la vecindad, fué difícil cerrarle la puerta del todo.

Nada de cotilla, corsé ni ajustador, se decía; los salvajes (palabras textuales) no se oprimen el cuerpo de ningún modo y son modelo de bellas formas; una cinta con el uso continuo

altera la morbidez, causando desarreglos en el organismo; y con tales patrañas y otras parecidas se cambió la excesiva opresión con que algunas señoras se ocasionaban, en efecto, enfermedades graves, en soltura tan excesiva, que á cierta dama de la corte imperial francesa se le desprendieron los vestidos en pleno salón de baile, acudiendo el emperador á cubrirla con el schal de una señora que cerca se hallaba.

Es de admirar el desenfado con que los autores franceses citan, hasta con elogio, las mujeres célebres de entonces que tuvieron la abnegación de ofrecerse por modelos al natural á los pintores de la época, recordando que Friné hizo lo mismo; quédense los primeros con la vanagloria de la fresca reputación que han hecho adquirir á sus paisanos, mientras yo cumplo con la verdad diciendo que, si bien las agraciadas madrileñas antepusieron el pudor al culpable deseo de lucirse al descubierto, salvo casos especialísimos que se refieren sin pruebas evidentes, lo cierto es que la mala enseñanza de aligerar el traje cundió en algunas, según retratos y cuadros que ni aun juzgo oportuno describir.

Llegamos al año 1814 sin encontrar en el vestir alteración notable, bastando á la moda ir paulatinamente generalizando los cambios introducidos. Cada día era ménos extraño el uso del pantalón, levita y sombrero de copa; las botas de campana cedieron un tanto á otras altas hasta la rodilla, plegadas algunas, todas con borlas negras de seda en el centro de la parte superior, indicio de liberalismo en quien las llevaba, segun el necio discurrir del vulgo, que consideraba símbolo igual las cintas que con el nombre de *galgas* comenzaron á usar las mujeres de todas condiciones para sujetar el calzado.

Las señoras casadas vestían, por lo común, saya de sarga negra, pañuelo de encaje del mismo color; de encaje igualmente era la mantilla, ostentando en el cuello hilos de perlas ó collar de coral.

Las solteras jóvenes llevaban saya de alepín con fleco de cordonería de media vara, con golpes y hombreras, toquilla de tul de seda bordada con oro, mantilla de punto redondo, media de seda calada, zapatos de raso blanco y peineta dorada.

Las muchachas de clase inferior vestían jubón de estameña negra, de manga larga y ajustada, enaguas de lo mismo plegadas al rededor de la cintura; al cuello un pañuelo blanco de muselina tupida, prendido debajo de la barba con un alfiler, zapatos de cordobán con pequeñas hebillas de plata y el pelo partido desde la frente hasta la nuca, formando dos trenzas que colgaban por la espalda, excepto cuando salían á la calle, que se peinaban el cabello en forma de *rodete*, cubriendo la cabeza con mantilla de franela blanca ó negra, guarnecida de terciopelo.

En 1820 hasta la moda revistió carácter político. Las señoras adornaron el ruedo de su falda con una especie de *roulós* transversales llamados *baterías de Riego*; hubo capas á lo Quiroga, y los *currutacos*, prescindiendo de los merecimientos del Conde de Toreno contraídos apenas comenzada la guerra de la Independencia, sólo envidiaban su aire distinguido para vestir el carrick verde con tres esclavinas, que entonces comenzó á ser prenda de buen tono, así como dió celebridad al dulce y erudito Martínez de la Rosa la gracia especial que se le reconocía para manejar el lente, pues gafas y antiparras era mengua llevar, como prosaicas y anticuadas. Los sombreros blancos se consideraban distintivo de los partidarios de la Constitución, y mucho más ciertas gorras que llamaron *cachuchas*, usadas para de noche con la capa y en casos de confianza.

Unos y otras, en compañía de los colores verde y morado, quedaron rigorosamente proscriptos, por autoridad de las turbas, sobrevenida la reacción absolutista, empleando contra los que las llevaban el ingenioso medio de aplicarles, por lo ménos, una paliza; sistema que se extendió después á cuantos ya con su corbata negra ó cualquier otro color oscuro, á juicio de los agresores, daba sospecha de gastar luto por la muerte de su *padre Riego*.

Después de esto llegó á deshora una gran reforma para las levitas. De largas hasta los talones, fué moda que no pasasen de la rodilla. Las más elegantes se llamaron á lo Montresór, famoso cantante italiano en el teatro de la Cruz de Madrid, que murió en Lisboa, sabe Dios cómo. Eran cortas, pero

nada ligeras por cierto, entreteladas como se hallaban en pecho y espalda, hasta lo inverosímil y fatigoso.

La forma de pantalones era ancha en extremo por las caderas y estrecha en la garganta del pie, á lo cosaco, según decían. El sombrero se gastaba pequeño, y muchos dijes y relumbrones en el reloj, sortijas y cadenas.

Fué la época de los *lechuguinos*, y coincidió con la explotación de unos criaderos de topacios de poco fuste en Hinojosa y la provincia de Salamanca, que abarataron esta piedra.

De aquí adelante, escasean los datos de mi amigo el sastre. Se conoce que abandonaba el oficio, dejando á otras manos el cuidado del taller. Sólo encuentro algunos ligeros apuntes acerca de la incómoda usanza de los pantalones con trabillas, que después fueron de botín, origen, por el buen corte que les daba, del caudal y reputación adquiridos por el célebre Utrilla.

Es curioso saber, para formar idea de la moda hacia 1834, que el apreciable cómico Valero se presentó en la primera representación de *Marcela* á desempeñar el papel de D. Agapito, vestido con levita verde bronceada, con cuello de terciopelo negro, inmensa schalina á la garganta y pantalón color corinto: no son para olvidadas las mangas desmesuradamente huecas de las señoras, sus enormes peinetas de teja ó calzador y sus faldas cortas en demasía, aunque no tanto como lo fueron antes.

Pero estas noticias son como los últimos destellos del genio. Faltándome su luz no soy poderoso á continuar tratando negocio tan grave; me contentaré con deducir alguna breve consideración acerca de lo que dejo escrito.

Las variaciones en el vestir siempre han sido propias y naturales en el hombre, mayormente en los países civilizados. Los romanos alteraban con frecuencia la forma de su toga, sin embargo de fundar en ella un privilegio, y los caribes mudan con frecuencia los rasgos y colores con que desfiguran su piel.

No seamos inexorables con una propensión innata á la naturaleza en general, á que más tarde ó más temprano acabamos por rendir homenaje.

Tampoco hacemos bien en motejar de ridículos y extravagantes los trajes que pasaron: cada época juzgó los suyos como la última palabra del buen gusto y perfección. Tan envanecida estaba una señora de 1822 vistiendo *drulleta* color de naranja y calzando zapato bajo de tabinete; como ahora una elegante dama con sobrefalda y botitas de cartera.

Siempre hubo críticos de la moda: infinitos pudieran citarse en lo antiguo: actualmente recuerdo una litografía del *Charivay*, en que un personaje, simbolizando al periódico, dice á otro vestido con arreglo al último figurín: «¡Sabes que manejas la caricatura mejor que yo!»

¿Quién tendrá razón? El prudente que para no contradecirse siga y deje correr el mundo como siempre fué, siguiendo el refrán antiguo, según el cual *lo que se usa no se excusa*.

DIONISIO CHAULÉ.





REFLEXIONES POLÍTICAS ⁽¹⁾

(APUNTES VERANIEGOS.)

VIII.

GOLPE DE ESTADO DEL 3 DE ENERO DE 1874.



A situación de España no podía ser más grave y era la siguiente: El cantonalismo tenía enarbola- da su bandera en la formidable plaza de guerra de Cartagena. El federalismo, temiendo que el triunfo que iba á obtener en las Cortes fuese combatido y efímero, tenía preparadas sus fuerzas populares y había ape- lado á su arma poderosa, á la indisciplina del ejército, mi- nando á éste. El carlismo, que nace en los desórdenes de la libertad y se alimenta con éstos, se presentaba organizado y poderoso en las montañas.

El carlismo es siempre temible en España. Cuando la li- bertad manda, disminuye ésta el ejército á su más simple ex-

(1) Véase la pág. 3 de este tomo.

presión. Los liberales cuando gobiernan viven en una constante lucha fratricida, que se transmite al ejército, el que además de subdividirse, pierde las condiciones de combate, pues toda tropa que hace política no batalla, y si se la obliga á combatir, nunca lucha con coraje y energía, tan necesarios é indispensables en la guerra para alcanzar victorias definitivas.

El carlismo tiene su táctica especial. Rehuye todo combate y se atrinchera en las elevadas y escarpadas montañas de su país natal. Un enemigo que huye y que vive en sitios inexpugnables en su propio terreno, necesita mucho ejército para circunvalarlo y dispersarlo ú obligarle á batallar para vencerlo. El carlismo se aprovecha de los desórdenes liberales, crece con éstos, tomando toda clase de lastre conservador y monárquico, se desarrolla con la impotencia de las leyes liberales, que no sirven para contrarrestar las insurrecciones; toma incremento con la impunidad, adquiere gran fuerza moral en el País, llega á ser en momentos concretos amparo de las clases conservadoras y logra organizarse y hacerse ejército regular, hasta tanto que hay un Gobierno *que hace la guerra* y un General en jefe que auxilia á éste con un numeroso ejército organizado y disciplinado. Las guerras las hacen los Gobiernos. Los Generales en jefe y los ejércitos no son más que auxiliares de aquéllos para finalizarlas. Cuando los Gobiernos no saben ó no quieren hacer las guerras, los Generales en jefe no pueden concluir las, y si alguno de éstos hace la guerra, es relevado inmediatamente, porque tiene por precisión que luchar con el Gobierno, que no sabe ó no quiere ó no puede hacer la guerra.

Si la familia liberal no se perturbara hasta el punto de luchar á mano armada, el carlismo no daría jamás señales de vida. El filibusterismo estaba también en armas, como el carlismo. Aquél tiene las mismas condiciones que éste y le pasa lo propio, necesitándose mucho ejército para combatirlo y teniendo además á su favor el clima mortífero que diezma á las tropas. Carlismo y filibusterismo esperaban como el santo advenimiento el triunfo del cantonalismo en las Cortes.

El alfonsismo no estaba organizado. Esto favorecía mucho

al carlismo. En las comarcas que el cantonalismo había imperado, los monárquicos de la dinastía caída, no viendo flotar su bandera, ni pudiéndose refugiar en ésta porque no estaba organizada, se ampararon en el carlismo. Cuando el General Pavía venció á los cantones andaluces y resucitó la disciplina del ejército, Andalucía era carlista y había alimentado poderosamente al carlismo con hombres de todas categorías, numeroso armamento moderno y crecidas cantidades de dinero. El General Pavía salvó á España del cantonalismo. Si los cantones andaluces no son vencidos, el cantonalismo se establece en todo el País, y España se hubiese hecho carlista para salvar sus intereses.

La revolución se hallaba subdividida en fracciones y grupos. Cada uno de ellos conspiraba por cuenta propia en el ejército y en el pueblo. La misma subdivisión existía en el ejército, porque todos aquellos tenían su representación. Además, y esto era lo más grave, había varios Generales, y entre éstos algunos alfonsinos, que tenía cada uno de ellos aspiraciones propias, habiendo quienes deseaban ser Poder ejecutivo.

La administración estaba desquiciada. El País completamente amilanado. El ejército parcialmente se hallaba propicio á todo. La Europa tenía fija su mirada en las Cortes españolas. Unas naciones acariciaban sus constantes pensamientos de adquirir algunas joyas que posee España. Otras estaban dispuestas á no permitir que aquéllas realizaran sus deseos. Y todas ellas resueltas á que la anarquía no reinara en España, por lo que podría perjudicarlas, para lo cual se habían verificado algunas conferencias diplomáticas oficiales entre los representantes de varios países.

Este era el cuadro de España, gráficamente pintado y descrito, en el mes de diciembre de 1873. El día 2 de enero de 1874 se reanudaron las sesiones de las Cortes federales. Castelar, Presidente del Poder ejecutivo, se presentó en el Congreso y pidió un voto de confianza. La derrota gubernamental de Castelar era un hecho consumado. Estalló en el acto que se reunieron las Cortes la anarquía parlamentaria. La mayoría de aquellas Cortes, que tenía acordado muy de

antemano destituir á Castelar, no se había podido poner de acuerdo para nombrar á su sucesor en el interregno parlamentario, y cuando se reunieron los federales en el Congreso al abrirse las sesiones, el desacuerdo fué mayor y las pasiones funcionaron en todos sentidos impulsadas por el interés personal.

La discusión del voto de confianza duró todo el día y noche del 2, la votación se verificó á la madrugada, y á esta hora aquellas Cortes no habían podido concertarse para nombrar Presidente del Poder ejecutivo. Tuvieron que suspender la sesión pura y exclusivamente para alcanzar una avenencia entre todos los elementos que se disputaban el poder.

¿El Gobierno que nombraran las Cortes federales tan perturbadas y perturbadoras tendría fuerza moral y numérica para gobernarlas, tendría fuerza moral y material para reducir á la obediencia á su partido, la tendría para imponerse al País y finalizar las guerras civiles cantonal, carlista y filibustera, cuando no la habían tenido el Ministerio Figueras, Pí, Salmerón, Castelar y los Gobiernos de Pí, el de Salmerón y el de Castelar, únicos jefes principales del federalismo á quienes habían inutilizado aquellas Cortes y habían desobedecido por completo su partido, á pesar de deberle su existencia? ¿Sería el Ministerio Palanca el que realizara estos milagros, cuando éste había sido el que fundó el primer cantón, el de Málaga, base del cantonalismo de Andalucía y las demás provincias? ¿Será cierto que algunos radicales se iban á coligar con el centro é izquierda de la Cámara federal? ¿Qué radicales serían los que se atrevían á asociarse con el federalismo, después de la conducta que observó éste con el radicalismo, cuando fueron Gobierno ambos, y sobre todo, después del incalificable acto del 23 de abril? ¿Qué influencia tendrían esos radicales en su partido y en el País? ¿Qué fuerza moral ni material, ni prestigio tendría un Gobierno federal producto de aquellas Cortes para imponerse á la avarquía que hubiera irremisible é instantáneamente estallado en el acto que hubiese tomado posesión de su cargo? El carlismo que era la única bandera que se hallaba organizada, que poseía nume-

rosas fuerzas y elementos de combate y que amparaba por el momento toda clase de intereses, hubiera batido á la anarquía y hubiera reinado en España.

Era necesario, preciso é indispensable un golpe de Estado. La salud de la Patria lo ordenaba y mandaba. La opinión pública lo exigía unánimemente.

Cuando el General Pavía fué General en jefe del ejército de Andalucía, se le cruzó por la imaginación el pensamiento del golpe de Estado para salvar á su Patria de la anarquía. Había vencido al cantonalismo andaluz y desarmado todas las fuerzas federales por orden del Gobierno Salmerón, que ocupaba el poder, el que había apelado á Generales de todos los partidos, habiéndole dicho Pavía, antes de aceptar el mando que se le rogaba admitiese para salvar la Patria de los horrores del cantonalismo, y á presencia de otros Ministros y del Subsecretario de la Presidencia, «que no era federal, y que se hacía cargo del mando que se le proponía para prestar un servicio á su País, que estaba completamente perdido.»

Se hallaba el General Pavía en Córdoba al frente de unos mil y pico de soldados de todas armas, teniendo á su disposición en toda Andalucía unos tres mil y pico de hombres, inclusa en esta cifra la Guardia Civil y Carabineros. El cantonalismo volvió á agitarse en las Cortes y en Andalucía, porque éstas querían destituir al Gobierno Salmerón y sustituirlo por un Ministerio cantonal. El General Pavía se preparó para batir nuevamente al cantonalismo, para resistir al Gobierno cantonal que nombraran las Cortes y para enarbolarse la bandera del patriotismo y del desinterés y entregarla á un Gobierno nacional; pero no comunicó á nadie su pensamiento. Representantes de todos los partidos hablaron con el General Pavía, para rogarle que diera un golpe de Estado, prometiéndole todos su auxilio y apoyo. El General Pavía se negó rotundamente á las pretensiones de los partidos, y ocultó el pensamiento que tenía para el caso de que el Gobierno Salmerón fuese sustituido por otro cantonal. Salmerón había puesto la primera piedra del orden público y de la disciplina del ejército; había mandado batir al cantonalismo, y estaba

luchando con éste en el País y en las Cortes. ¿Qué derecho había para oponerse á un Gobierno constituido que observaba esta conducta? El golpe de Estado en aquel momento concreto hubiera sido injustificado.

Salmerón, desesperanzado de poder salvar la Patria, abandonó el poder antes que lo destituyeran, porque no quiso faltar á los compromisos políticos que tenía contraídos con su partido, y á las ideas que había sustentado siempre. Fué sustituido por Castelar, más conservador, entonces menos escrupuloso que Salmerón, el que se propuso continuar la obra de éste prescindiendo del federalismo.

Fué disuelto el ejército de Andalucía y nombrado Capitán general de Madrid el General Pavía. Dimitió el cargo el General Pavía. Aceptó la Capitanía general de Madrid el General Castelar, cuando se cercioró ante testigos que Castelar se proponía salvar la Patria y la república, es decir, que no era federal ni partidario del federalismo y del cantonalismo.

El General Pavía era Capitán general de Madrid en diciembre de 1873. Por segunda vez las Cortes querían destituir un Ministerio anticantonal, y sustituirlo por otro pura y exclusivamente federal. El General Pavía, antes de confeccionar en su imaginación el golpe de Estado para salvar á su Patria, conferenció con Castelar, con el objeto de examinar la actitud de éste ante su derrota parlamentaria, que era bien pública y notoria. Le pintó con sus verdaderos colores el estado gravísimo de España, y le hizo ver que en el acto que se presentase al Congreso, sería derrotado. Las condiciones de carácter de Castelar no concebían que sus antiguos correligionarios le destituyesen, ni podía dar crédito á la derrota, y se hacía la ilusión de que si aquéllos, en un momento de aberración, verificaban ésta, en el acto caerían de rodillas ante Castelar para que los salvara. Es en vano tratar de convencer á hombres que viven dulce y constantemente de ilusiones.

El General Pavía propuso á Castelar que diera un decreto ordenando que continuaran suspendidas las sesiones, decreto que él fijaría en la Puerta del Sol con cuatro obleas ó cuatro bayonetas, y que respondía de la tranquilidad de Madrid. Era

la diferencial del golpe de Estado. Castelar, invocando una legalidad que no existía para él, porque había contribuido á atropellarla y romperla, cuando sancionó el acto del 23 de abril, disolviendo las Cortes donde el Rey D. Amadeo había depositado la Corona de España, y porque además no era federal, contestó que no perdería un átomo de legalidad, y que si era destituido del Gobierno por las Cortes, se retiraría á su casa á llorar los males de la Patria. La Patria, lo que quería, lo que exigía era que la salvaran, y no estaba para llorar, y mucho menos para lágrimas federales que no enjugaban las que había vertido y estaba derramando por culpa del federalismo, y especialmente de Castelar, que había sido su principal y más poderoso propagandista, hasta que logró alcanzar el poder.

El General Pavía se decidió á dar el golpe de Estado que la salud de la Patria se lo ordenaba y mandaba. Lo primero que hizo fué dirigir un telegrama al patriotismo y al desinterés. Estos tenían plena confianza en el general Pavía. Vinieron invisiblemente por el hilo telegráfico y se le presentaron en la Capitanía general. La falta de patriotismo y de desinterés era la que había destruido los reinados de D.^a Isabel y de D. Amadeo, la república y la revolución, y únicamente el patriotismo y el desinterés eran los que podían salvar la Patria y la república. Era indispensable izar á gran altura, desde donde todo el País pudiera verla, la bandera del patriotismo y del desinterés.

¿Á quién se entregaba esta bandera? El General Pavía se dirigió esta pregunta. Examinó si había en España algún hombre ó partido que tuviera la suficiente fuerza moral y material para imponerse á los demás, concluir las tres guerras civiles y organizar al País. No encontró ninguno. No quiso obrar solamente por su propio criterio. Se entendió con los jefes de los partidos, directamente con los unos, indirectamente con los otros, no para que le dieran auxilio y apoyo, que no necesitaba; todo lo contrario, les prohibió que se lo prestaran, pues se sobraba y bastaba para verificar el golpe de Estado, sino para dirigirles la misma pregunta y para que todos paralizaran sus trabajos de conspiración; de-

clarándoles de antemano cuál era su bandera y que no sería dictador, ni siquiera formaría parte del Gobierno que se constituyese. Resistió decidida y enérgicamente las reflexiones que se le hicieron para que desistiera de su propósito irrevocable. Todos contestaron unánimemente que no había hombre ni partido alguno capaz de salvar por sí solo la Patria. Convinieron en el Gobierno de todos. Y el Gobierno nacional, con la bandera del patriotismo y del desinterés, unificó las aspiraciones de todos é inutilizó las ambiciones personales, cesando las infinitas conspiraciones que existían en todos sentidos. No daba derecho alguno aquella solución, ni aquella bandera, á que ninguno tuviera la pretensión ni el atrevimiento de oponerse á ella.

El General Pavía discurrió la forma y manera de llevar á cabo el golpe de Estado, sin que hubiera efusión de sangre y ni siquiera la más mínima perturbación. Dictó al Estado Mayor, bajo el pretexto de que los federales alterasen el orden, las instrucciones precisas, claras y terminantes de los puntos estratégicos que había de ocupar la guarnición, entrelazados unos con otros, y del plan ofensivo y defensivo que debía ejecutar aquélla, reservándose un batallón y una batería que deberían ponerse á sus órdenes. Mandó hacer seis ejemplares de estas órdenes y las firmó.

Reunió el día 1.º de enero de 1874 por la tarde en su despacho el General Pavía á oficiales generales y á coroneles en número de seis, pertenecientes á la guarnición, les comunicó su plan y les entregó un cuaderno de instrucciones á cada uno. Fueron estos seis los únicos á quienes dió noticia del golpe de Estado que iba á verificar. Á estos dignísimos jefes les entusiasmó más el patriotismo y el desinterés con que se iba á verificar el golpe de Estado, por ser el primer ejemplar que se iba á ver en España, que el golpe de Estado mismo que tanto anhelaban. Ninguno de los que pertenecieron á la guarnición tomaron después del golpe de Estado recompensa alguna basándola en hechos atrasados, teniendo todos en qué fundarla si hubieran querido aprovecharse de aquél.

El General Pavía, al anochecer del día 1.º de enero, volvió á pintar con colores vivos á Castelar el estado gravísimo del

País. Las ilusiones, el carácter y el personalismo de Castelar le tenían trastornada la imaginación.

Nadie se atrevió á exigir al General Pavía el más mínimo compromiso. No hubiera dado la menor sílaba en contrario de lo que pensaba hacer. Se concibe que haya quien falte á su palabra para lucrarse del acto que va á verificar, y mucho más si pretende ser Poder ejecutivo. En España sería aplaudido el que lo hiciera, y si llegaba á coronarlo el dios Éxito, santificado, adulado y servido. ¿Qué conducta han observado la mayor parte de los hombres políticos? Ascender á los poderes gubernamental y ejecutivo por toda clase de medios y procedimientos á cual más irreprochables, y algunos, después que lo han ocupado, renegar de todo su pasado y ¡encuentran quienes los aplaudan! Pero el que pensaba, como el General Pavía, no aprovecharse lo más mínimo del golpe de Estado que iba á llevar á cabo, cargando únicamente con la responsabilidad del acto, ¿qué necesidad tenía de empeñar ninguna palabra? Si alguien hubiese osado pedírsela, no le hubiera dado respuesta alguna y hubiese tomado una de estas dos terminaciones: montar á caballo en seguida y dar el golpe de Estado ó retirarse á su casa en el acto y librarse de los compromisos que había contraído consigo mismo, que en las vísperas pesaban mucho y eran muy peligrosos, aunque después han aparecido sencillos y fáciles.

Un sólo compromiso contrajo el General Pavía. No fué con Castelar. Conversaban con el General Pavía en la noche del 1.º de enero, y se le preguntó: ¿Va V. á hacer presión con la guarnición á la discusión y votación del voto de confianza? El General Pavía no pensaba hacer presión alguna á la discusión y votación del voto de confianza, si el Gobierno no se lo mandaba, ni podía hacer á éste indicación alguna en este sentido, después de las ilusiones extraviadas é infundadas que tenía Castelar de no ser derrotado en la Cámara. El General Pavía no respondió á la pregunta; pero preguntó á su vez: ¿van á hacer presión sobre la discusión y votación del voto de confianza las masas y la fuerza armada federal? Porque la presión de la guarnición sería más conveniente y salvadora que la de aquéllas. Le contestaron al General Pa-

vía que las masas, ni la fuerza armada federal, harían presión, porque si intentaban hacerla, serían castigadas. El General Pavía manifestó que la guarnición no haría presión sobre la discusión y votación del voto de confianza, como efectivamente no la hizo.

Exdiputados de aquellas Cortes han escrito sobre el golpe de Estado del 3 de enero, y han declarado que en el interior del Congreso estuvieron constantemente, desde que se abrió la sesión hasta que se levantó, los comandantes de los batallones federales, los ayudantes de éstos y varios cornetas de los mismos, para recibir órdenes los primeros y tocar generala los últimos, si la votación hubiera sido favorable al Ministerio Castelar, para reunir la fuerza armada federal y oponerse á la voluntad de las Cortes.

El Presidente de la Cámara y el Gobierno no sabrían esta reunión de jefes, ayudantes y cornetas, y si la sabían hicieron mal en permitir la, porque era una gran presión á la discusión y votación del voto de confianza, pues en los tímidos y dudosos influyen siempre las presiones amenazadoras. ¿Para qué estaban en el sacrosanto recinto de las leyes los comandantes, los ayudantes y los cornetas de la fuerza armada federal? No sería para defenderlo, porque nadie lo hostilizaba, y si llegaba el caso de que la guarnición se presentaba á cumplir con su deber de soldado y español, era excesivamente pequeña la defensa.

El objeto de la reunión de los comandantes, ayudantes y cornetas fué por temor—á pesar de que estaban seguros de la derrota del Gobierno Castelar—de que cualquiera incidente pudiera proporcionarle la victoria, y en este caso llevar á cabo la segunda edición del acto del 23 de abril. Es decir, oponerse al acuerdo de las Cortes, si no era favorable al federalismo. ¿Qué derecho tienen los federales y exdiputados á Cortes del Congreso federal á censurar el golpe de Estado del 3 de enero, si después de todo lo ocurrido el día 23 de abril para provecho propio y destrozando la legalidad que existía, querían repetir el procedimiento si las Cortes no les otorgaban un voto favorable á sus intereses materiales y personales?

En el acto que fué destituido el Gobierno Castelar, éste declaró que no era Gobierno y se retiró del banco azul, y que el Congreso suspendió la sesión para ponerse de acuerdo para formar un Ministerio, porque la anarquía parlamentaria reinaba en la Cámara, mandó el General Pavía salir las tropas de los cuarteles y ocupar los puntos estratégicos de Madrid para evitar perturbaciones de todos géneros. Después que esto se había verificado, el General Pavía, acompañado del patriotismo y del desinterés, disolvió la Asamblea sin derramar una gota de sangre en la población y sin que en ésta ni en el Congreso se causara la más mínima molestia á nadie. La guarnición de Madrid, especialmente la fuerza que se presentó ante las Cortes, de la que un pequeño número penetró en el Congreso, dieron grandes muestras de que la disciplina, la cortesía y la prudencia imperaban en todas las clases del ejército. Algunos diplomáticos de todos los países que se hallaban en su tribuna del Congreso observaron estos detalles importantes, los que admiraron, elogiaron y manifestaron, por último, que en todos los casos iguales y semejantes que registra la historia se había empezado por perturbar la imaginación de la fuerza pública, indisciplinándola también, habiéndose siempre llevado á cabo esta clase de actos con poca cortesía y hasta con venganzas personales. Al cuerpo diplomático cuando salió del Congreso se le hicieron los honores que corresponden á los Soberanos que representaban, presentándoles las armas y batiendo marcha, y el General Pavía le saludó y se puso á sus órdenes. *El golpe de Estado del día 3 de enero de 1874 estaba altamente justificado. España entera y toda la Europa lo aplaudieron y sancionaron.*

Un miembro de la Cámara que pertenecía á la izquierda y que había ocupado una alta posición gubernamental, estaba tan impresionado de la calidad de la anarquía parlamentaria que imperaba en la Asamblea, que decía que ésta no tenía ni merecía más solución que el General Pavía con un batallón, ó el Carbonerín con otro de federales, ó él con 20 hombres disolvieran las Cortes y arrojaran del edificio á todos los diputados. D. Joaquín Martín de Olías, diputado y amigo íntimo de Castelar, que había presentado el voto de confian-

za y lo había apoyado, y que después ha sido director del periódico castelarino *El Globo*, apareció en la esquina del Congreso cuando éste se estaba disolviendo, avanzó hasta encontrar al General Pavía, y ante las fuerzas que mandaba y el cuartel general, lo abrazó con entusiasmo y le dió la enhorabuena por lo que estaba verificando. El Ministro de Marina del Gobierno Castelar conferenció con el General Pavía y fué á reunirse con los representantes de todos los partidos, que debían formar el Gobierno nacional. Y muchos diputados de la derecha, centro é izquierda de la Asamblea han manifestado su aprobación al General Pavía por el golpe de Estado del 3 de enero, no por el acto de fuerza, sino porque era necesario é indispensable y estaba justificado.

El federalismo ha protestado constantemente contra el golpe de Estado del día 3 de enero de 1874. ¿Qué derecho tiene el federalismo para hacer esta protesta cuando es responsable de un acto incalificable, desconocido en la historia universal, como el del 23 de abril? ¿Qué legalidad representaba el federalismo? La del acto del 23 de abril. ¿Qué legalidad representaba el Gobierno federal? El atentado á las Cortes del acto del 23 de abril. ¿Qué legalidad representaban las Cortes federales? Las cenizas de la Asamblea compuesta de senadores y diputados donde el Rey D. Amadeo había depositado, al abdicar, la corona de España, incendiada por el acto del 23 de abril. ¿Qué comparación tiene el acto del 23 de abril con el golpe de Estado del 3 de enero? El uno fué llevado á cabo para alcanzar la homogeneidad federal. El otro fué verificado para salvar á la Patria de la anarquía. El uno fué impulsado por el interés personal. El otro por el patriotismo y el desinterés. El uno fué base de la elevación al Poder ejecutivo y á los puestos gubernamentales de los que lo sancionaron por interés personal. El otro no elevó á su autor, porque no lo tuvo por conveniente. El uno fué verificado por el trabuco y el puñal, corriendo gran peligro los diputados y senadores. El otro, según una frase del ilustre escritor D. Juan Valera, fué hecho con guante de cabritilla blanco acabado de estrenar. El uno fué execrado y maldecido por el universo entero. El otro fué bendecido, aplaudido

y sancionado por las cuatro partes del mundo. Si no se hubiera llevado á cabo el acto del 23 de abril, no hubiese habido necesidad de realizar el golpe de Estado del 3 de enero. Este fué la pena del Talión aplicada al acto del 23 de abril.

Nadie defiende los actos de fuerza. Éstos los pide unánimemente la opinión pública primero, después los exige, y por último, los ordena y manda. Cuando esto ocurre se hallan justificados y la salud de la Patria los sanciona. Es sumamente fácil y sencillo protestar del golpe de Estado y no sancionar el acto de fuerza. Los españoles viven constantemente censurándolo todo, y perpetuamente en la oposición. El valor de la oposición es muy vulgar en España. No existe el valor ministerial, aunque se disfrute del presupuesto en grandes y lucrativos puestos. Para censurar no se necesitan capacidad é instrucción y se adquiere populachería. ¡¡¡Todavía ningún federal se ha atrevido á demostrar bajo su firma que el Gobierno que hubieran podido constituir las Cortes federales el día 3 de enero de 1874 tendría homogeneidad, estabilidad y fuerza moral y material en aquella Cámara, en su partido y en el País; inspiraría confianza al País, á su partido y á la Cámara; le prestarían obediencia la Cámara, su partido y el País; concluiría las guerras civiles cantonal, carlista y filibustera; y batiría y se impondría á la anarquía que iba á estallar aquel día en el País y en el ejército en contra suya!!! Si el federalismo demostrara evidentemente todo esto, tendría derecho á protestar del golpe de Estado, á pesar del acto del 23 de abril.

El General Pavía demostró en las primeras Cortes que se reunieron después de la fecha del 3 de enero, único sitio donde debía explicar el golpe de Estado, las razones que había tenido para haberlo llevado á cabo. ¿Por qué el federalismo no ha contrarrestado las razones y causas que obligaron al General Pavía á verificar el golpe de Estado? ¡¡¡Únicamente se han limitado á protestar del acto de fuerza!!!

Castelar es el español que menos debía protestar del golpe de Estado y guardar un completo silencio sobre éste. Castelar, por causas que él podrá explicar, pero que la opinión pública presume, se hizo republicano federal. Fué el más po-

deroso y furibundo propagandista del federalismo y al que se le debe el mayor desarrollo de éste. No perdonó ideas ni actos, ni procedimientos, por reprochables, perturbadores é insensatos que fueran, que no empleara y se aprovechara de todo, incluso de la descomposición del ejército y de la disolución de un cuerpo facultativo para lograr su objeto.

Sancionó el incalificable atentado contra las Cortes llevado á cabo por las masas del pueblo el 23 de abril, que le proporcionó la completa victoria del federalismo.

Cuando Castelar vió el producto de su obra se sobrecogió de espanto, y comenzaron los arrepentimientos. Cuando ocupó el poder Castelar á consecuencia de haber inutilizado los mismos federales á sus tres jefes principales, Figueras, Pí y Salmerón, dijo é hizo todo lo contrario que había dicho y hecho. No tuvo en cuenta, como Salmerón, sus compromisos políticos, ni tuvo valor para prescindir por completo de ellos y salvar la Patria. Continuó con timidez y vacilaciones la obra comenzada por Salmerón de la reorganización del ejército y del País y de la resurrección de la disciplina. Tornó á su ser y estado é hizo bien al mismo cuerpo que había votado su disolución, demostrando ingratitud hacia los jefes y oficialidad que cesaban en los cargos que desempeñaban por la parte activa que tomaron en el hecho del 23 de abril, habiendo sido los cañones las únicas armas de la guarnición de Madrid que funcionaron aquel día á favor del Gobierno para proporcionarle la homogeneidad federal. Y cuando se vió derrotado en las Cortes, *desplegó una fiereza parlamentaria que justificaba y sancionaba el golpe de Estado*; la que fué castigada por sus antiguos correligionarios con la destitución del Poder ejecutivo.

El golpe de Estado del 3 de enero salvó á Castelar de un gran y universal descrédito. Debe estarle altamente agradecido. Le ha creado una posición especial. Si aquel hecho no se hubiese verificado, hubiera triunfado primeramente la anarquía, é inmediatamente después el carlismo. Castelar es uno de los mayores responsables de las desventuras que han ocasionado al País el federalismo con su incalificable cantonalismo. Á nadie sorprendió, y el más miope esperaba este resultado, desde que se presenciaron los primeros sucesos del

federalismo en la época de la interinidad de la revolución, previéndose también los acontecimientos federales que ocurrieron, porque se veía tan claro como la luz del día que los jefes del federalismo, incluso Castelar, tenían inmenso prestigio para perturbar al País, pero ninguno para hacerse obedecer de su partido; así es que en el acto que la victoria federal se realizó, fueron sacrificados los que crearon el federalismo.

Si el golpe de Estado no se hubiese verificado, hubiera caído sobre Castelar la responsabilidad de los triunfos de la anarquía y del carlismo. Tendría Castelar hoy día, además de la profunda enemistad de sus antiguos correligionarios, la que no ha podido desvanecer por más esfuerzos que ha hecho, el odio del País entero.

Es incomprensible la protesta constante de Castelar contra el golpe de Estado del 3 de enero. Causa mayor sorpresa, porque á los pocos días de haber explicado el General Pavía el golpe de Estado en las primeras Cortes de la restauración, recibió aquél una invitación por escrito de un exministro del Gobierno Castelar para un almuerzo, el que se verificó en casa del exministro y al que asistieron Castelar y Olías. La sesión duró unas seis horas. En ella se habló extensamente, como era lógico y natural, de todos los sucesos que ocurrieron anteriormente al día 3 de enero, del golpe de Estado y de las consecuencias de éste. Reinó la conformidad más completa en todo y en todos. Hasta se hicieron profecías sobre el porvenir, que por cierto las que hizo el General Pavía las ha sancionado el tiempo.

¿Es que Castelar quiere demostrar que no tuvo participación en aquel acto? La exageración continua de protestas y el estar constantemente hablando sobre el mismo tema, da lugar á dudar de la sinceridad de aquéllas, ó al menos á la creencia de que no veía lo que irremisiblemente tenía que pasar.

¿Es que no quiere sancionar el acto de fuerza? Nadie sanciona los actos de fuerza. Estos son impuestos por la salud de la Patria, y cuando son justificados, la opinión pública, representada por todo el País, los sanciona. El golpe

de Estado del 3 de enero estuvo tan justificado, que España entera y toda la Europa, representada por sus agentes diplomáticos y por la prensa de todos los países, incluso en los que se goza de mayor libertad, lo sancionaron por completo.

¿Es que cree Castelar que el golpe de Estado del 3 de enero no está justificado? ¿Es que cree que, dada la forma y manera de cómo se había apoderado del poder el federalismo, producto del atentado á las Cortes el día 23 de abril; la conducta observada por los federales con los Sres. Figueras, Pí y Salmerón, inutilizándolos para volver á ser poder ejecutivo; la desobediencia que imperaba en las filas federales, el cantonalismo, que tenía izada su bandera en la formidable plaza de Cartagena; el carlismo, fuerte en las montañas, desarrollándose con las perturbaciones sociales; la guerra de Cuba pujante; la fiera oposición, que le hacía el federalismo en pleno en las Cortes y fuera de éstas, y la descomposición en que se encontraban los partidos de la revolución, podía llevar á cabo su plan de constitución del País y reorganización del ejército con aquellas Cortes y *convertir la república federal en unitaria, que era su proyecto?* ¿Es que cree que no siéndole posible á las Cortes perturbadas y perturbadoras formar un Gobierno serio y que tuviera fuerza moral y material, de la que carecieron todos los que precedieron, se arrodillarían aquéllas ante su personalidad para que los salvara y que el tiempo que trascurriera no sería completamente anárquico? No es posible ofender al cerebro bien constituido de Castelar el suponer siquiera que haya abrigado tales creencias, á no ser que la opinión que tenga formada de sí mismo sea excesiva y se haya hecho la ilusión de que el gran apoyo que el País le otorgó en su mando, en aquel instante concreto é histórico, fué debido únicamente á su personalidad y no á su actitud contraria al federalismo y á las Cortes. Castelar partidario de éstas y de aquél, no hubiera tenido un solo defensor.

¿Es que cree que con la conducta que ha observado se atraerá á sus antiguos amigos y correligionarios, al menos los más conservadores? El tiempo le habrá demostrado que no le perdonan, ni le perdonarán jamás la instantánea

y radical conversión que hizo en el acto que se vió jefe del poder y la conducta que observó durante su mando.

En el estado grave y difícil en que se hallaba el País y la incalificable conducta que observaba el federalismo, era preciso é indispensable un golpe de Estado en tal ó cual forma y de mayor ó menor alcance para salvar la Patria y la república. El que verifica un cambio radical en sus ideas y hace una evolución política, como le sucedió á Castelar, no puede estacionarse, ni detener al País ante su personalidad. Es necesario que continúe enérgicamente por el camino que ha emprendido para que los representantes de la nueva evolución política, en donde se ve precisado á apoyarse, no le arrebaten el poder, para no caer en el descrédito y para no enemistarse con todos, quedándose completamente aislado, sin representar más que la propia personalidad. Castelar no tenía más que dos caminos. Imitar á Salmerón ó salvar la Patria.

El País aplaude á Castelar sus arrepentimientos, la conducta que tuvo durante su mando, donde prestó servicios á la Patria, y la que ha observado después, figurando en primer término el valor de sus opiniones, aunque los federales pretendan desvirtuarla manifestando que la realiza porque ellos le desdeñan. Pero los aplausos, las consideraciones y respeto cesan cuando Castelar se sale del terreno de los arrepentimientos, aspira á crearse un trono republicano democrático con su conversión y evolución políticas y utiliza para conseguirlo, á pesar de su talento, ilustración y gran y florida elocuencia, procedimientos populacheros en los círculos conservadores y aristocráticos, censurando constantemente y con acritud á sus antiguos amigos los radicales y los federales, lo que le ha ocasionado varias veces de los oyentes algunos recuerdos históricos y severas críticas, como en los círculos populares más inferiores de la sociedad usaba lenguaje vulgar impropio de su persona para atraerse rápidamente la populachería en la época de la revolución.

El carácter español aplaude los arrepentimientos, aunque las causas y motivos de éstos hayan sido altamente perjudiciales á la Patria. Lo que no permite es que se haga constantemente alarde de ellos, se censure á los demás porque

no quieran observar la misma conducta y se pretenda crearse un trono sobre los arrepentimientos y ocupar en el nuevo terreno elegido la misma ó más elevada posición que se tenía antes de hacer la evolución política, habiéndose arrepentido de actos que se verificaron con intención é interés personal para elevarse al primer puesto del Estado.

Hombres pensadores y observadores, algunos perspicaces, otros maliciosos y varios satíricos, han manifestado al escuchar la monomanía constante de Castelar de protestar del golpe de Estado en todas las ocasiones, á todas horas y en todas las conversaciones, aunque éstas sean insignificantes, que Castelar padece de algunos sufrimientos muy superiores al dolor sublime y poético de haber visto á la fuerza armada en el santuario de la representación nacional de las leyes y de la legalidad que no existía para Castelar, *cuando jamás habla del acto del 23 de abril que lo elevó al Poder ejecutivo.*

El General Pavía en el acto que disolvió las Córtes, llamó á los representantes de todos los partidos, exceptuando los que estaban en armas, el federalismo y el carlismo, para que se constituyeran en las habitaciones del Presidente del Congreso, sitas en el mismo edificio. Considerando que la personalidad del Duque de la Torre podría pesar mucho en la reunión de aquellos, había modificado su proyecto de entregar el poder únicamente á los representantes de los partidos, y mandó llamar á los Capitanes generales de ejército residentes en Madrid, que lo fueron los Generales Marqueses del Duero y de la Habana. También mandó llamar á Castelar por conducto de dos jefes del cuerpo de Estado Mayor que tenía á sus órdenes, secundándole en su propósito varios de los representantes de los partidos que debían asistir á la reunión. Castelar contestó á éstos y á aquéllos con una descompostura tal, que extrañó á todos, *que causó sorpresa á los últimos* y que hacía contraste con la actitud que tenían y las palabras que pronunciaban todos los demás miembros de la Asamblea disuelta, pertenecientes á la derecha, al centro y á la izquierda de la Cámara. García Ruiz, representante genuino de la república unitaria, estaba citado también á la reunión. *El General Pavía resucitó la revolución.*

El General Pavía se presentó en la reunión de los representantes de los partidos y de los Capitanes generales de ejército, les entregó el poder y les rogó que constituyeran un Gobierno nacional, indicando, de la manera que podía hacerlo, y nombrando á García Ruiz por tres veces, que la forma de Gobierno fuese la republicana unitaria. Las condiciones de carácter del General Pavía no son para funcionar detrás de la cortina, ni tampoco para imponerse sin cargar con toda la responsabilidad de los hechos. Había entregado el poder y no quería intervenir en la solución que diera la reunión al País. Se separó de la reunión, habiendo cumplido con el deber de indicar su opinión sobre el problema político que iba aquélla á resolver.

En el acto puso un telegrama el General Pavía á todas las autoridades del País y al Cuerpo diplomático, noticiando la disolución de Cortes, la entrega del poder á los representantes de los partidos, y como conoce á fondo á España, añadió *que él no formaría parte del Gobierno que se constituyese*. Al poco tiempo de haberse separado el General Pavía de la reunión, fué llamado por ésta. El representante alfonsino más caracterizado preguntó al General Pavía si había roto con su espada la palabra república. El General Pavía contestó que afortunadamente el golpe de Estado no lo había hecho con la espada, sino con el bastón de mando, porque no había habido batalla, y que con la punta de aquél no había roto ni escrito palabra alguna. Se dirigió á todos recomendándoles el patriotismo y desinterés, les hizo ver lo que en casos análogos habían hecho todas las naciones, y les presentó como ejemplo reciente á la Francia, que, legitimistas, orleanistas, imperialistas y republicanos habían constituido un gobierno nacional.

Otra pregunta dirigió al General Pavía el partido constitucional de la revolución. Éste deseaba saber si la situación que se constituyera había de constar de poder ejecutivo y de Gobierno, ó de éste únicamente. El General Pavía respondió instantánea y enérgicamente que de Gobierno solamente y nada de Poder ejecutivo. El País necesitaba, en el estado en que se encontraba, un solo poder que asumiera

todos los mandos, para que ejerciera con facilidad y energía la dictadura. En una palabra, un dictador era lo que pedía y quería el País, y no un poder irresponsable, que hubiera sido altamente ridículo que se hubiese constituido después del golpe de Estado. Contestadas las dos preguntas, se retiró de la reunión el General Pavía.

Los representantes del partido alfonsino, mas los Capitanes generales de ejército, menos el Duque de la Torre, declararon que no querían formar parte del Gobierno nacional bajo la forma republicana. Los partidos constitucional y radical y García Ruiz, es decir, la REVOLUCIÓN, tenía que constituir Gobierno. Constitucionales, radicales y García Ruiz, nombraron presidente del Gobierno de la república al Duque de la Torre, pero no podían confeccionar un Ministerio porque se disputaban la cartera de Gobernación, no solamente los dos partidos, sino las personalidades. *El patriotismo y el desinterés fueron expatriados en el acto que el General Pavía entregó el poder.*

Cuando el General Pavía presenció el espectáculo del combate entre constitucionales y radicales, se impresionó por la responsabilidad que caería sobre él, SI LA REVOLUCIÓN no constituía Gobierno, porque tendría que volver á tomar el poder y dar una solución al País. En un momento de desesperación mental discurrió, SI NO FORMABA GOBIERNO LA REVOLUCIÓN, referir al País lo que había ocurrido, constituir un Gobierno puramente militar, nombrar todas las autoridades de la clase militar, establecer el Código militar y salvar la Patria. Hubiera sido una vergüenza para España esta determinación, pero no había otra y estaba altamente justificada. *La Providencia libre á España de que la anarquía no obligue á este pensamiento, nacido en la desesperación, á convertirse en la realidad de los hechos consumados.*

El General Pavía comunicó su pensamiento indirectamente, pues todavía no había llegado el caso de presentarlo desnudo y en una forma enérgica, é impuso para Ministro de la Gobernación á García Ruiz, representante de la república unitaria. Éste, por derecho propio, tenía que desempeñar una cartera; ocupando la de Gobernación finalizaba la lucha de

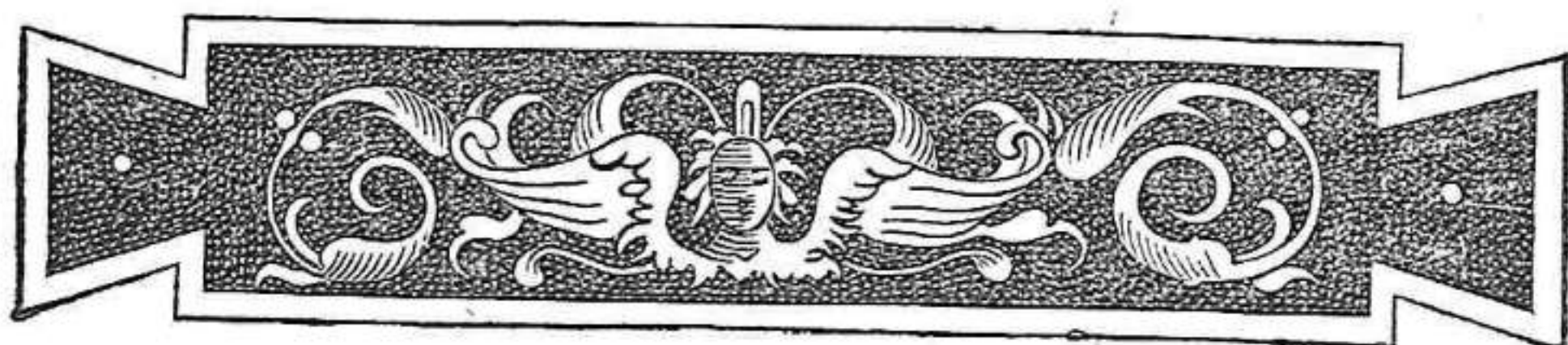
constitucionales y radicales. LA REVOLUCIÓN CONSTITUYÓ, POR FIN, SU GOBIERNO.

¡Qué número tan considerable de personas de todas edades, clases y categorías, hasta de las más elevadas, han censurado al General Pavía porque no se erigió en dictador, manifestándole todas que en su lugar lo hubieran verificado! ¡¡¡Hasta ha habido un gran número que le han censurado porque no se hizo Ministro!!! ¡¡¡Desgraciado País en que se discurre así, y en que todos se creen con los condiciones y cualidades necesarias para ser dictadores!!! ¿Qué extraño es que se conceptúen todos aptos para desempeñar todos los demás puestos del País? ¡Qué falta absoluta de patriotismo y de desinterés! ¡Qué locura é insensatez impera constantemente en España! ¡Qué hidrofobia por el poder! ¡QUÉ VULGAR ES NO TENER PATRIOTISMO NI DESINTERÉS!

Si el General Pavía, inspirado únicamente por su ambición, se hubiera erigido en dictador, hubiera sido al poco tiempo un *Ex* como un gran número de personas que por toda clase de medios y procedimientos, á cual más reprochables y perjudiciales al País, han asaltado los poderes gubernamental y ejecutivo, y han alcanzado el *Ex* que ostentan como un mérito de su personalidad y una recompensa á sus servicios, cuando la mayor parte de los *Ex* representan la historia de las desdichas de la Patria, de la debilidad de caracteres de ésta y de la propensión parcial á la servidumbre y no otra cosa. Se vive en España en una atmósfera política ficticia que asfixia, produciendo la indiferencia glacial hacia los hombres políticos. El País ha perdido por completo la fe, la esperanza y hasta la caridad. ¡Cuánto hubieran auxiliado al General Pavía y apoyado todos los que le han censurado porque no se había hecho dictador, especialmente los españoles que no figurasen en el presupuesto! El General Pavía hubiera salvado al País de la anarquía federal, para arrojarlo en la anarquía de su ambición. En el estado que se encontraba España el día 3 de enero de 1874 no lo salvaba más que el patriotismo y el desinterés.

MANUEL PAVÍA.

(Se continuará.)



MIS APUNTES



DECIR á los sabios y eruditos propios y extraños cómo nunca hasta ahora ha sido posible dar á conocer la naturaleza y modo de ser de un centro científico como el Archivo histórico nacional, constituido por inmenso caudal de noticias desconocidas relativas á la historia patria de determinada época y al origen de nuestra rica y armoniosa lengua, sucesivo y gradual desarrollo hasta llegar á su mayor apogeo, empresa creemos laudable que debe á todo precio realizarse en interés de ciencias, como se comprende, de tan transcendental estudio.

Cual otro viejo avaro, encierra este establecimiento bajo modestas apariencias inapreciables tesoros, que debido al espíritu eminentemente organizador, profundo saber, erudición universal y esfuerzos de toda clase de su actual director, Jefe de la Sección de Archivos del cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, Excmo. Sr. D. Francisco González de Vera, secundado por el personal facultativo que sirve á sus órdenes, ha llegado afortunadamente la hora de ponerlos, con el orden y comodidad convenientes, á disposición de todos para utilidad del público estudioso, lo que con satisfacción, como aficionados, agradecemos.

Asiduo asistente de algunos años al estudio de sus múlti-

ples y diversos documentos, tenemos igualmente conocimiento del sistema de clasificación y organización recientemente en él establecido, que por representar con exacta fidelidad su verdadera índole, consideramos acertado exponer con la posible brevedad y claridad deseada, para mejor presentar nuestro pensamiento.

Según el sistema indicado, hállase distribuído el material científico del Archivo histórico nacional en las cinco secciones siguientes: Diplomática, Informaciones de caballeros de la Orden militar de Santiago, Códices y Cartularios, Sigilografía y Cartas.

Ocupándonos en primer término, como procede, de las colecciones diplomáticas que pertenecieron á los monasterios y conventos suprimidos, y que de las oficinas de Propiedades del Estado, donde existían, pasaron á la Academia de la Historia por real orden de 18 de agosto de 1850, para dar origen á este Archivo, constando de más de ciento cincuenta mil documentos, en pergamino casi en su totalidad, manifestar debemos que estas doscientas sesenta y seis colecciones que forman otras tantas series, por reconocer igual número de procedencias, componen la primera sección, y que dichas series figuran subdivididas, según sus materias, en tres clases: constituída la primera por los manuscritos reales, la segunda por los particulares y la tercera por los eclesiásticos, colocados dentro de las mismas por orden cronológico.

Entre las procedencias que conocemos organizadas, no podemos menos de citar la que corresponde al monasterio de Sahagún, cuyo estudio grandemente facilita su detallado y bien entendido índice, acompañado de varias ilustraciones que de una manera especial realzan su propio mérito, publicado por el establecimiento y debido á la ilustración y laboriosidad de D. Vicente Vignau, distinguido archivero-bibliotecario del cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios y profesor de la Escuela Superior de Diplomática.

Desde que conocemos la sección que estamos examinando, siempre hemos considerado el estudio y organización de todas sus procedencias hasta alcanzar el estado de arreglo que hoy tienen el citado monasterio y los de Beruela, Santa

Cruz de Jaca, San Esteban de Salamanca, San Juan de la Peña, San Marcos de León, Obarra, San Pedro de Rocas, San Salvador de Celanova, San Victorián, Nuestra Señora de la Vid y otros que sería prolijo enumerar, si no obra insuperable, trabajo, sí, de muchos años y difíciles estudios que exigen á la vez conocimientos muy especiales. En presencia de tantas dificultades, no hay que decir que más de una vez nos ha contristado ver este rico filón del oro más puro, y no poderlo explotar por las penosas operaciones preliminares que habían de practicarse por quienes pretendieran utilizarlo; pero á favor de los trabajos que actualmente se verifican, nos complacemos en anunciar como no muy lejano el día en que podrán con fruto consultarse, ya que no con la misma comodidad las estudiadas que las por examinar, todas las repetidas procedencias de que consta esta sección.

Para la obtención de este deseado fin, se ha adoptado con gran acierto como medio la encuadernación de los pergaminos en volúmenes de cómodo manejo, previa la clasificación mencionada y ordenación cronológica dicha. Y ciertamente no puede ser más satisfactorio el resultado que produce, por cuanto de este modo puede procederse á la busca de los documentos que se desean, aunque no se hayan extractado; para lo que se tienen ya los datos de la procedencia, naturaleza y fecha, y también la facilidad de foliar el volumen en que se calcule puedan obrar. Además, con este procedimiento se evita toda clase de extravíos, se economiza la mitad del lugar que ocupan ahora, y se hace su servicio sin el peligro que hoy se corre al bajar de los estantes las pesadas cajas de hierro en que se conservan.

Expuesta la organización de la primera sección, tócanos hablar de la dada á la segunda, que comprende las pruebas de caballeros de la Orden militar de Santiago.

No es ésta la ocasión de apreciar la justicia de las causas que motivaran este género de pruebas ó informaciones, pero sí consignaremos su origen ó lugar de procedencia, indicando que en atención al estado de completo abandono en que se encontraban en el Archivo de la casa conventual de la Orden referida, en Uclés, como lo comprueban muchas de

ellas inservibles y perdidas de todo punto por tan censurable descuido, que se guardan como testimonio de esta triste verdad, se dispuso por real orden de 25 de enero de 1872 fueran trasladadas al Histórico nacional, donde pueden consultarse con la brevedad y facilidad que proporciona el sistema de arreglo y clasificación, bajo el que se sirven en el mismo instante que se piden á todos que interesar puede su estudio.

Distinguiéndose esta sección por su carácter personal, examinados los diez mil expedientes que abraza y hecho el extracto ó papeleta de cada uno, hállanse distribuídos en trescientos ochenta y dos legajos, en los que están dispuestos por orden alfabético, de conformidad á su naturaleza. Siendo una misma la de todos, no hay para qué decir que fuera de las series, que son tantas cuantas letras tiene el abecedario, no ha habido necesidad de introducir más subdivisiones, cuya sencilla organización facilita extraordinariamente la busca de cualquiera prueba que se desee estudiar. Este trabajo, hecho como si dijéramos de primera intención y para satisfacer la necesidad más urgente, se está ahora rectificando y ampliando para comenzar á publicar, que no se hará esperar mucho tiempo, el índice que podemos llamar genealógico documentado de muchas de nuestras celebridades en las letras, ciencias, bellas artes y nobleza, como Calderón de la Barca, Ercilla, Quevedo, Velázquez, los Azlores y otros, desde principios del siglo XVI hasta mediados del próximo pasado.

Los códices y cartularios integran la sección nombrada en tercer lugar entre las que completan el fondo científico de este Archivo. La diversidad de sus procedencias y materias no ha permitido hacer en ésta las series y clases que en las anteriores, y ha motivado su clasificación por orden alfabético de los monasterios á que pertenecieron ó de sus respectivos autores, habiendo sido acomodados en sus armarios y tablas correspondientes por tamaños, para facilitar el servicio y economizar local. Nada relativo á su importancia hemos de decir, por haberse ya hecho y publicado este trabajo, y sólo para dar toda la notoriedad que el

caso requiere, á fin de decir la última palabra en la cuestión tan debatida, sobre cuál sea el lugar donde abriera los ojos á la luz el Príncipe de nuestros ingenios, Miguel Cervantes de Saavedra, punto para algunos aun controvertible, repetiremos, con objeto de darles toda la publicidad posible, como decimos, los testimonios que han puesto fin á esta controversia, los cuales se registran á los folios 17 y 157 del volumen de esta sección, Trinitarios núm. 11, que literalmente copiados dicen así: «E después de lo susodicho en la dicha villa de Madrid á treynta é un días del mes de julio del dicho año (1579) en presencia de mí el presente escribano y testigos de yuso escriptos, recibieron los dichos padres fray Juan Gil é fray Antón de la Bella, trezientos ducados de á onze reales cada ducado, que suman çiento y doze mil y quinientos maravedís; lcs doscientos y çinquenta ducados de mano de D.^a Leonor de Cortinas, viuda, mujer que fué de Rodrigo de Çervantes y los çinquenta ducados de D.^a Andrea de Ceruantes, vezinas de Alcalá, estantes en esta corte, para ayuda del rescate de Miguel Çervantes, vezino de la dicha villa, hijo y ermano de las susodichas, que está captivo en Argel en poder de Alemami, capitán de los bajeles de la armada del Bey de Argel, que es de hedad de treinta é tres años, manco de la mano yzquierda, y de ellos otorgaron dos obligaciones y carta de pago y reçibo de los dichos maravedís ante mí el presente escribano, siendo testigos Juan de Quadros y Juan de la Pena corredor, é Juan Rodrigues, estantes en esta corte; en fee de lo cual lo firmaron los dichos religiosos é yo el dicho escribano.—Fr. Joan Gil.—Fr. Antón de la Bella. Pasó ante P.^o de Anaya y Çuniga.»

«En la ciudad de Argel á diez é nueve días de el mes de setiembre (1580) en presencia de mí el dicho notario, el muy reuerendo padre frai Juan Gil, redentor susodicho, rescato a Miguel de Çervantes, natural de Alcalá de Henares, de hedad de treinta é un años, hijo de Rodrigo de Çervantes é de Doña Leonor de Cortinas, vezinos de la villa de Madrid, mediano de cuerpo, bien barbado, estropeado del braço y mano izquierda, captivo en la galera del Sol yendo de Nápoles á Espeña, donde estuvo mucho tiempo en servicio de su mages-

tad, perdióse á veinte é seis de septiembre de mil y quinientos é setenta y cinco: estava en poder de Açan Baja Bey; costó su rescate quientos escudos de oro en oro, no le quería dar su patrón sino le dauan escudos de oro en oro de España, porque si no le llevaba á Constantinolla (sic), y así atento esta necesidad é que este christiano no se perdiese en tierra de moros, se buscaron entre mercaderes ducientos é veinte escudos á razón cada uno de ciento y veinte é cinco (sic) ásperos, porque los demas que fueron ducientos y ochenta abía de limosna de la redención, y los dichos quinientos escudos son é haçen doblas á razon de á çiento é treinta é cinco ásperos cada uno mill é trescientas y quarenta doblas, tuvo de adjutorios tresçientos ducados, que son é haçen doblas de Argel, contado cada real de á quatro á quarenta y siete ásperos, seteçientos y setenta é çinco, é veinte y çinco dineros, fué ayudado con la limosna de Francisco de Caramanchel, de que es patrón el muy illustre señor Domingo de Cardenas Çapata, del Consejo de su Magestad con çinquenta doblas, é de la limosna general de la horden fué ayudado con otras cinquenta, las demas restantes á cumplimiento de las mill é trescientas y quarenta, hiço obligación de pagallas á la dicha horden por ser maravedis para otros captivos que dieron deudos en España para sus rescates, é por no estar al presente en este Argel, no se han rescatado y estar obligada la dicha horden á volver á las partes su dinero no rescatando los tales captivos, é mas se dieron nueve doblas á los oficiales de la galera de dicho Bey Açan Bajá, que pidieron de sus derechos. En fee de lo qual lo firmaron de sus nombres: testigos Alonso Berdugo é Francisco de Aguilar, Miguel de Molina, Rodrigo de Frías, christianos, fray Juan Gil. Pasó ante mí, Pero de Rivera, notario apostólico.»

Tales son las partidas auténticas del rescate del inmortal autor del *Quixote*, copiadas *ad pedem litteræ* de las originales que constan en el volumen citado, que además de consignar de la manera más terminante el lugar de la naturaleza de nuestro desgraciado manco tan completo, *estropeado del brazo y mano izquierda*, facilitan varias señas personales, *mediano de cuerpo, bien barbado*, con algunos datos biográficos del mismo,

que siempre es curioso conocer, cuando se refieren á un escritor de nombre, como ninguno, universal.

Debiendo considerarse como carácter muy principal de todo documento aquel que contribuye á autorizarle hasta el punto que en algunos casos puede decidir de su autenticidad ó falsedad, excusado parece recomendar la utilidad del estudio de dicho carácter extrínseco del diploma representado en el sello que lo solemniza, ya se le considere separadamente, ya formando colección. Ciertamente es que el estado embrionario en que hasta ahora ha permanecido la Diplomática crítica española no nos ha permitido, por más que no hayamos dejado de tener varios cultivadores de esta ciencia, hacer este trabajo sigilográfico en el grado que reclaman las aplicaciones provechosas que de él han de resultar para la verdadera apreciación de los documentos, como para la historia del arte del grabado, y satisfacer necesidad tan fuertemente sentida por los dedicados á esta clase de estudios es el vacío que se ha pretendido llenar con la creación de esta sección, que, ciertamente, creemos ser este medio muy á propósito para resolver tan importante cuestión y de éxito feliz, porque habiendo comenzado á formarse en 1876 con la base de cinco mil sellos aproximadamente, en la mayor parte de municipios, no bajan hoy de treinta mil los que enriquecen esta colección, procedentes de las principales corporaciones y dependencias del Estado. Otro de los servicios prácticos que ha de prestar, sin duda, es el de ser un centro de consulta que grandemente ha de auxiliar parte de los trabajos que con el mayor acierto está realizando y que lleva muy adelantados, según vemos por sus útiles publicaciones, el profesor de la Escuela Superior de Diplomática D. Jesús Muñoz y Rivero, para sistematizar y reducir á tratado todos los elementos que constituyen la Diplomática española, proyecto de superior alabanza que el estudioso académico de la Real de la Historia D. Tomás Muñoz y Romero hubiera llevado á cumplido efecto, á no haberle sorprendido la muerte cuando más útil era su vida para la ciencia; pero que con sobrada razón, por lo que acabamos de manifestar, esperamos dará cima á esta obra de la mayor recomendación el nombrado

profesor, como digno hijo y sucesor en iguales aficiones de académico tan laborioso, de quien también ha heredado su perspicaz ingenio y carácter altamente investigador.

Para más fácilmente utilizar los fondos de esta sección, tal cual hoy se halla constituída, se ha dividido en tantas series cuantas son las provincias de donde se han recibido sellos, y en tantas clases como corporaciones, dependencias y dignidades representan, figurando en estas subdivisiones bajo un orden topográfico-alfabético y aun cronológico.

Últimamente, para poner fin á la sucinta descripción de la naturaleza y constitución de este Archivo, el primero por lo que se refiere á la historia de los tiempos medios, diremos que su última y quinta sección, compuesta de dos series, Cartas de Indias y Cartas de Jesuitas, dispuestas dentro de las mismas por orden alfabético-cronológico, es del mayor interés, como lo convence la sola consideración de tener al frente la primera colección, ya publicada, los nombres de Cristóbal Colón y Amerigo Vespucci, y comprender la segunda apellidos tan célebres como los de Aquaviva y Rivadeneyra.

Este es el Archivo histórico nacional, tan importante para el conocimiento de nuestra historia, muy especialmente de los tiempos susodichos, como para el de nuestra lengua en la misma época, desde sus primeras manifestaciones hasta su completa formación, como procuraremos demostrar en otro artículo.

A. UBIQUE.





AVENTURAS
DE
UN SALTIMBANQUIS⁽¹⁾

XXX.



NTRETANTO las horas corrían apresuradamente, y la situación se hacía más crítica á cada momento.

Sadi había calculado prudentemente que la evasión de los prisioneros no sería notada antes del amanecer, es decir, cuando ya se hallasen fuera del alcance de sus enemigos, porque durante la noche tenían tiempo sobrado para llegar á la afluyente del Níger que debía conducirlos rápidamente á un paraje seguro.

La muerte del pequeño Job había desbaratado estos cálculos. Era ya completamente de día, y los fugitivos sólo se hallaban á una hora de distancia de Alada. Urgía sobremanera recuperar el tiempo perdido.

Pero, por una extraña fatalidad, la pequeña caravana no

(1) Véase la pág. 223 de este tomo.

parecía dispuesta á hacer grandes prodigios de velocidad; parecía que había dejado todo su valor en la fosa que guardaba los restos del pobre Job. Silas era, sin disputa, el que se encontraba más abatido. Su dolor y sus remordimientos le quitaban hasta el instinto de conservación. Creyéndose culpable de la muerte de su hermano, se complacía, por decirlo así, en agravar, con la lentitud de su marcha, un peligro que consideraba como un merecido castigo. Sadi, que formaba siempre la vanguardia, retrocedía mil veces para darle prisa; Mr. Cobb ahogaba su propio dolor para consolarle y fortalecerle; pero todo era inútil; el joven inglés caminaba lentamente, con la cabeza baja y volviendo siempre la vista hacia atrás, revelando de este modo la pena que le producía el alejarse del lugar en que dejaba una parte de sí mismo.

De pronto, Sadi se volvió hacia sus compañeros, y cogiendo del brazo á Silas, le indicó con un gesto que escuchase.

El saltimbanquis no oyó al principio sino el ruido producido por el viento en las ramas de los árboles. Benjamín no fué tampoco más afortunado. Sin embargo, poco después creyeron percibir un rumor como de voces humanas que se llamaban y se contestaban á lo lejos. Siguieron escuchando; aquellas voces parecían acercarse por momentos... Ya no había duda, se veían perseguidos.

La inminencia del peligro avivó de pronto la energía de los dos ingleses, y ambos se dispusieron á vender cara su vida.

—Eso es lo que yo quiero, dijo Silas echando mano á su cuchillo; estamos llorando la muerte del pobre Job, y es muy posible que vayamos á reunirnos con él.

—En efecto, es muy posible, dijo Benjamín. Yo, de todos modos y ocurra lo que quiera, no he de volver á verme encarcelado. Estoy decidido á evitarlo á todo trance.

Entretanto, Sadi, con la agilidad de un gato montés, había subido á lo alto de un árbol que dominaba á todos los demás, con objeto de explorar el terreno. Un grupo de unos treinta hombres, armados con picas y fusiles, acababa de detenerse

en una pequeña explanada, de la que partían varios senderos que se alejaban en diversas direcciones. Después de un pequeño descanso, se fraccionó en partidas de seis ó siete individuos, y cada una de ellas tomó un sendero diferente. Una de aquellas partidas llegaba precisamente por el mismo camino que acababan de recorrer los fugitivos.

La negra bajó con más rapidez que había subido, y enteró á sus compañeros de los descubrimientos que acababa de hacer. Su agitación era extraordinaria, y sus fosas nasales se dilataban como las de una leona que se dispone al combate.

—¿Cuánto tiempo necesitamos para llegar á la afluyente del río? preguntó Silas.

—Una ó dos horas, contestó Sadi.

—¿Y qué os parece que hagamos, aguardar ó huir?

—Huir es mejor. Este sendero nos llevará muy lejos de aquí.

Estas palabras significaban que cuanto mayor trecho recorriesen por aquel sendero, mayores probabilidades tendrían de llegar á salvarse, puesto que los enemigos se hallarían más lejos unos de otros. Si era necesario luchar, era preferible no tener que habérselas sino con una sola partida. Esta fué la interpretación de Silas y de Benjamín, y, persuadidos de la bondad de este razonamiento, siguieron con ánimo resuelto á la negra.

Recorrieron así unas dos millas, y se detuvieron un momento para descansar. Sadi se encaramó nuevamente á otro árbol. Pero, no bien llegó á las primeras ramas, escapóse de ellas un pájaro lanzando una nota aguda, medio grito y medio silbido. La joven, sobrecogida de espanto, se bajó inmediatamente.

—¡El goubi! ¡el goubi! exclamó esforzándose por sacar á Silas fuera del sendero. ¡Este es el camino del goubi!

—¿Qué es lo que quieres decir? preguntaron á un mismo tiempo los dos hombres; ¿qué significa el goubi?

—¡Silencio! murmuró la joven indicando con la mano las ramas en que el pájaro se había refugiado; el goubi es uno de nuestros principales ídolos. ¡Desdichado el que cruce su sendero! Venid, venid por aquí...

No era ocasión oportuna para discutir con la negra. Silas parecía dispuesto á seguir su consejo, pero en esto tuvo Mr. Cobb una idea luminosa.

—¿De modo que el goubi, según decís, es un pájaro terrible? preguntó á Sadi.

—¡Oh! Señor, muy terrible.

—¿Y todo el mundo le teme?

—Todo el mundo, incluso el Rey. Desdichado del Rey si cruza el sendero del goubi.

Benjamín se volvió hacia su amigo.

—¿Habéis observado el grito de ese pájaro? le preguntó.

—Sí por cierto, dijo Hórner.

—¿Comprendéis el partido que de él podemos sacar?

Silas le contestó, guiñando un ojo, que sí lo comprendía. En aquel mismo instante el grito del goubi resonaba en un grupo de árboles cercano.

Sadi se arrojó al suelo boca abajo, gimiendo lastimosamente, y sus quejidos fueron contestados por los gritos de la partida que se acercaba.

Silas levantó del suelo á la negra y se ocultó con ella entre las malezas.

—¿Lo oyes? Ya vienen. Hagamos lo que tú desees y dirijámonos á otro sendero.

Esta empresa era bastante difícil á través de las malezas en que se metieron nuestros tres personajes, y en medio de las raíces y de los muchos arbustos que formaban una serie de vallas casi inexpugnables. Recorrieron penosamente de aquel modo unas veinte toesas, destrozándose las manos y las caras; luego, renunciando á ir más lejos, se ocultaron en el sitio más espeso. Oíanse ya los pasos de los cazadores que resonaban sobre las hojas secas. Silas dijo rápidamente á la negra:

—Oye, Sadi. Tú gritaste al oír el canto del goubi. Ahora vas á oírlo otra vez, pero es preciso que no grites.

—¡Imposible, señor! dijo la negra comenzando á temblar. No soy yo quien grita; es el goubi que se apodera de mi voz.

—Entonces tendré que ponerte una mordaza.

Y Silas, cogiendo su pañuelo, sujetó con él la boca de

la negra, que le dejó hacer con la docilidad de un niño.

Una vez enfrente del escondite que ocultaba á los fugitivos, el pequeño destacamento se detuvo como una trailla de perros que acaban de perder la pista. Silas vió á los negros olfateando por uno y otro lado. Eran ocho é iban armados hasta los dientes.

De pronto dejóse oír el canto del goubi. Los negros dirigieron en torno suyo miradas llenas de verdadero sobresalto; quedáronse mudos, y sus pies parecían hallarse clavados en el suelo. Aquel grito siniestro, repetido dos veces más, aumentó más y más su espanto. Otro nuevo grito acabó de anonadarlos. Llevados de un terror indescriptible, dieron media vuelta y escaparon de allí corriendo como chiquillos que creyeran verse perseguidos por el coco.

Satisfechos del éxito de su estratagema, los dos ingleses continuaron sin moverse de su sitio mientras oyeron el ruido de la retirada. Por último, Silas se subió á un árbol y tuvo la satisfacción de ver que los enemigos seguían huyendo como unos desesperados. Un nuevo grito lanzado con mayor vigor activó la carrera de aquellos insensatos; y entonces, el astuto ventrílocuo volvió á reunirse con sus compañeros y quitó á Sadi la mordaza que le había puesto poco antes. La pobre muchacha estaba desmayada de terror. No fué posible hacerle creer que era Silas quien había imitado el canto del goubi.

Tratóse en seguida de resolver qué dirección convendría seguir en aquel momento. Silas deseaba continuar el sendero que había quedado libre con la huída del enemigo; pero Sadi se negó á ello terminantemente, y suplicó llorando á sus amos que no la obligasen á despertar las iras del fatal goubi. Viendo que la persuasión no servía de nada, los dos hombres acudieron á las amenazas, y acabaron por decirle que la dejarían sola. La negra tuvo un momento de vacilación; pero en último resultado, vencieron sus ideas supersticiosas.

—Está bien, señor, dijo depositando en el suelo el saco de los tesoros; yo volveré á la tumba del niño, y allí aguardaré la hora de mi muerte.

Este último rasgó selló la boca de los dos hombres, que, después de todo, sólo se habían propuesto amedrentarla.

—Entonces, ¿qué hacemos? dijo Silas. Si no seguimos por ese sendero, necesitaremos un día para llegar al río, andando siempre por estos endiablados matorrales.

—¡Oh! Estos matorrales desaparecerán en cuanto recorramos una milla, exclamó Sadi. Entonces encontraremos otro sendero. Yo os conduciré.

La negra volvió á coger el saco de los tesoros, se echó el fusil al hombro y continuó desempeñando su oficio de guía.

No llegaba ciertamente á una milla la distancia que mediaba de uno á otro sendero; pero una milla á través de aquellas malezas suponía un trabajo terriblemente penoso. La expedición, comenzada en las primeras horas de la mañana, no terminó hasta las doce del día. El sol se hallaba en el zenit cuando los tres viajeros divisaron el camino deseado.

Sucede muchas veces que en vez de poder elegir entre varios males, nos vemos obligados á sufrirlos todos. Al dejar, para tomar otro, el sendero abandonado por los hombres á quienes el canto del goubi había puesto en precipitada fuga, los fugitivos se exponían á tropezar con una nueva partida. Así sucedió, en efecto. Cuando iban ya á lograr el objeto que se proponían, oyeron una infinidad de gritos semejantes á los rugidos de una manada de panteras. Al mismo tiempo se oyeron dos disparos de fusil, y tres largas picas penetraron á través de las malezas; los tres amigos sólo tuvieron tiempo para tenderse cada uno detrás de un árbol bastante corpulento para darles abrigo. Este movimiento instantáneo los dejó colocados como tres puntos de un triángulo, cuya base, formada por Silas y Benjamín, hacía frente al enemigo.

—¡Dios mío! exclamó Hórner viendo correr la sangre del brazo de Mr. Cobb. ¡Estáis herido, Benjamín!

—No es nada, dijo éste; un simple rasguño en el brazo izquierdo. Si se atreven á acercarse á nosotros, veréis cómo les doy su merecido.

Y al decir esto, Mr. Cobb ejecutó un rápido molinete con su barra de hierro.

—No comprendo qué es lo que están haciendo, murmuró Silas después de un momento de silencio. ¿Por qué se quedan ahí parados?

En efecto, en vez de aprovecharse de la sorpresa producida por su primer ataque, los sitiadores permanecían inmóviles. Aquella inacción reconocía por causa las órdenes dadas por el Rey Gezzo, que había encargado que de ningún modo se maltratase á Silas Hórner. Al viejo tirano le importaba muy poco que Benjamín y el pequeño Job fuesen asesinados; respecto de ellos había concedido amplios poderes á sus satélites; pero los oficiales respondían con su cabeza del mágico blanco. Y cuando se trataba de una orden formal, el Rey Gezzo era hombre que no se andaba con bromas. Los negros trataban, pues, de ver á sus adversarios para poder dirigir su ataque con arreglo á las órdenes recibidas.

Silas y Benjamín, prudentemente escondidos detrás de los árboles, no podían averiguar ni el número ni la posición de sus enemigos. Sin embargo, asomando un poco la cabeza con las debidas precauciones, calcularon las fuerzas de la partida en siete hombres, contando las picas, los fusiles y los puntiagudos gorros blancos que asomaban por encima de las malezas.

Pero no echaron de ver una circunstancia sumamente grave. Después de la muda consulta celebrada por los negros, uno de ellos se despojó de su túnica y de su gorro, y sin más arma que un largo cuchillo que llevaba entre los dientes, se alejó de sus compañeros arrastrándose por el suelo á modo de reptil. Al principio siguió una dirección opuesta al sitio en que se hallaban los europeos, y luego, dando un largo rodeo, se colocó detrás de Mr. Cobb sin hacer el más ligero ruido. Benjamín, que fijaba toda su atención en el punto en que suponía al enemigo, estaba lejos de sospechar el peligro que le amenazaba. ¡Desdichado músico, si el cielo, representado por Sadi, no hubiese acudido en su auxilio!

Persuadida, y con razón, de que había un puesto mejor que el pie del árbol que ocupaba, se había encaramado á las más altas ramas sin que lo notasen los ingleses ni sus ene-

migos. Desde su nuevo escondite había observado la maniobra del negro. Habíale dejado que diese la vuelta, preparando entretanto su fusil. Cuando le vió acercarse, le apuntó durante largo rato. En el momento en que el negro, puesto ya de pie, iba á clavar su cuchillo entre los hombros de Benjamín, una bala le dejó muerto en el acto.

Silas quedó tan sorprendido al oír aquella detonación, que dió un salto de lado, creyéndose sitiado por detrás.

Pero quien recibió mayor sorpresa fué Mr. Cobb, cuando al volverse vió caer á sus pies al horrible salvaje con el cráneo abierto y la mano crispada sobre el mango del cuchillo. Sin embargo, no llegó á perder su habitual serenidad, puesto que arrojó inmediatamente su barra de hierro para apoderarse del cuchillo que acababa de soltar el moribundo.

No hay para qué describir la estupefacción de los sitiadores. Como al principiar el ataque habían visto dos pieles negras por entre las malezas, habían confundido á Sadi con el pequeño Job, cuya muerte ignoraban, y que, como ya sabemos, había sido pintado de negro al mismo tiempo que Benjamín.

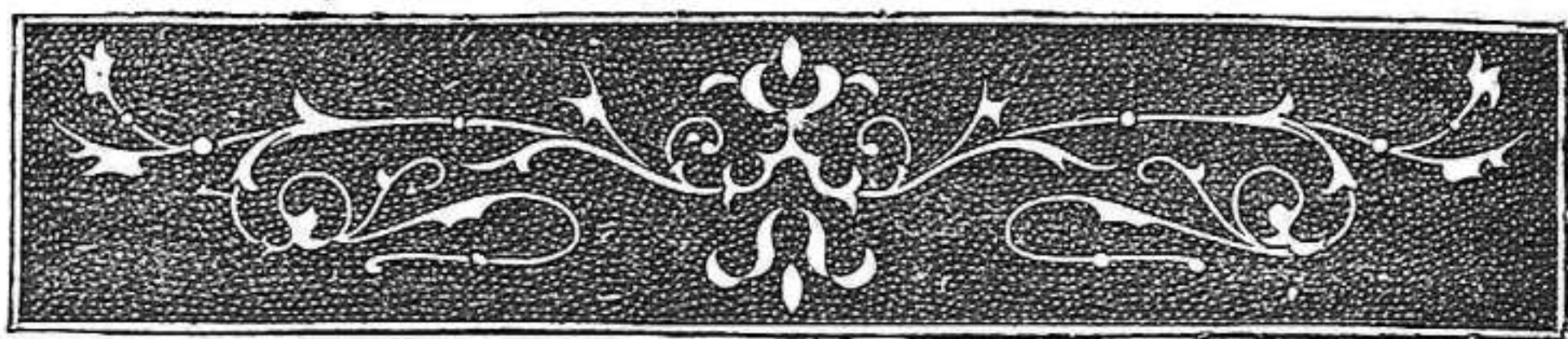
Pero lo que acababa de suceder revelaba la presencia de un adulto bastante experimentado. Las miradas de los negros se fijaron en seguida en las altas ramas, para descubrir al misterioso personaje; pero fué trabajo inútil. Sadi, que no estaba en el caso de servir de blanco á los sitiadores, había vuelto á su puesto al pie del árbol y se ocupaba en volver á cargar tranquilamente su fusil.

Esta circunstancia, unida á la pérdida de su compañero, decidió á los negros á intentar una nueva acometida.

Resistían seis contra tres, con la superioridad de las armas, es decir, muy seguros de la victoria. El capitán formó rápidamente su plan de ataque. Mandó una descarga general, no tanto para herir á los enemigos, como para aturdirlos y acometerles en seguida más de cerca.

M. GREENWOOD.

(Se continuará.)



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.



ABLANDO de la Asamblea francesa, dice Timón que es la más voluble, la más caprichosa, *la plus femme de toutes les Assemblées du monde*. Como si de las Cámaras españolas no pudiera decirse otro tanto y quizá con mayor razón. ¿No los habéis visto fatigados, aburridos, murmurando unos con otros, acaso escribiendo cartas á sus electores y hasta contestando demandas judiciales, perezosamente tendidos más que sentados en los escaños del Congreso, ó de pechos sobre el pupitre que surge del respaldo del banco delantero? Entretanto un orador de palabra fácil, de entendimiento agudo, desenvuelve una cuestión verdaderamente transcendental para los intereses del País... ¿Quién piensa en escuchar sus razonamientos? Cuando más al día siguiente los depurará un periódico y su juicio será definitivo. Por el pronto, la disciplina política manda votar *sí* ó *no*, como el Presidente del Consejo ordene y mande.

Pero que ese mismo orador hiera las fibras de las personalidades; que pronuncie una frase agresiva, que deslice un epigrama, que deje caer una reticencia... que la malicia, en fin, brinde sabroso pasto á la libertad del comentario (la más

grata de todas las libertades) y veréis á aquellos reposados padres de la Patria tornarse, como por ensalmo, de indiferentes en entusiastas, de fríos espectadores en actores celosos y solícitos, casi en protagonistas de la sesión. El escándalo, con ó sin el aparato que su argumento requiere, es atractivo eficacísimo de la oratoria parlamentaria. ¿Había de sustraerse ésta á la natural condición de todo lo humano?...

Especialmente el orador político, ha de cuidar más de entretener que de persuadir; conquistad la atención del auditorio, lograd que os escuche; el convencimiento vendrá después. No hay mujer que se convenza, como se empeñe en no oír. ¡Y cierran los oídos con tal facilidad!... Para alcanzar aquel resultado pueden seguirse varios caminos. Se ha dicho que hay oradores que hablan el lenguaje de las musas y oradores que hablan el lenguaje de los negocios. Uno y otro, como género absoluto, llegan á cansar al oyente. *Per troppo variar natura é bella.*

Al escuchar no hace muchos días la elegante peroración del Sr. Conde de Toreno en contra del tratado de comercio últimamente convenido con Francia, asaltábanos muchas de las observaciones que dejamos expuestas. El ilustre diputado conservador posee excepcionales dotes oratorias. Maneja la frase con soltura, como todo el que concibe con presteza; ordena y eslabona sus razones á modo de verdades matemáticas, deduciendo fatalmente, por una serie de conclusiones irrefutables, las consecuencias lógicas á que aspira; el hecho le sirve de comprobante, el derecho de guía, la natural discreción de su juicio de contrapeso entre lo que dice y lo que calla, lo que revela y lo que deja adivinar, tal vez asegurando lo contrario de lo que pretende hacer creer. Así resulta á un tiempo mismo severo y pintoresco, enérgico y cortés; incontrastable en el discurso y duro en la alusión, pero siempre apacible en el tono y suave en el estilo. Hé ahí el secreto de su último éxito, por todos reconocido. No necesita, en verdad, apelar á efectos de brocha gorda para captarse la simpatía y aun la adhesión de sus oyentes. El discurso que ha pronunciado, condenando el pacto comercial con la Nación vecina, es la revelación más elocuente

de aquellas las aptitudes que al ilustrado exministro caracterizan y distinguen. La Cámara estuvo pendiente de sus labios las seis horas que permaneció de pie, citando datos, formulando acusaciones, impugnando cálculos, rebatiendo errores...

No habla el Conde de Toreno el lenguaje de las musas; acaso desdeña ciertos recursos de sonoridad retórica, casi siempre explotados á costa de la espontaneidad de la idea: el lirismo ha pasado de moda y se ha hecho viejo. Pero no prescinde, y demuestra buen gusto, del período correcto y rotundo, de la inculpación valiente y descubierta; ni olvida, y prueba buen acuerdo, la exquisita cultura de formas, el intachable respeto á todas las conveniencias, lo que pudiera llamarse el respunte del ingenio. Por eso se le oye con creciente estímulo; por eso también, cuando hiere, no se mancha con la sangre de su víctima.

Domina siempre el asunto en que se ocupa. Así evita la divagación, hija de la inseguridad y de la duda. Lleva el análisis á sus últimas aplicaciones; expone con claridad y critica con gracejo... Tal vez se ensaña con el vencido, hombre ó doctrina; de seguro explota cuantos argumentos sugiere á su inteligencia el tema que desenvuelve... Pero, ya lo hemos dicho: escudado en la razón del dialéctico, ó en la malicia del humorista, al destruir el sofisma, ó al poner en ridículo á su adversario, cosas ambas para él fáciles, el veneno de sus palabras se desliza entre perfumes.

Carácter de acero, se rompe, pero no se dobla. Sus servidores le temen más cuanto menos se incomoda. Cuéntase que uno de aquéllos se metió en cama y sufrió una enfermedad, al ver que permanecía impasible ante las repetidas faltas de que le hiciera culpable su torpeza. Creyente en religión, convencido en política, galante en sociedad, ama el orden como fórmula esencial de sus principios; que él efectivamente representa, en suma, la fe, la libertad, la cortesía, todo lo que dice á las relaciones del hombre con Dios, con el Estado, con el prójimo...

Y conocido el orador, repasemos el discurso.

*
**

Determinó la actitud del partido conservador enfrente del actual tratado: no nos oponemos, dijo, á que se celebre un tratado de comercio con Francia; nosotros lo negociamos en 1877; nos oponemos á que se haga un tratado como éste, que creemos funesto para los intereses del País. Entonces se obtuvo la cláusula de nación más favorecida para España, la rebaja de los derechos sobre los vinos y la desaparición de la escala alcohólica: todo lo que ahora hemos perdido. Preciso la situación á que se vieron reducidos los Gobiernos conservadores de la restauración, teniendo que llevar á cabo difíciles negociaciones y hacer costosos sacrificios, á fin de reconquistar la libertad de acción necesaria para desenvolver sus doctrinas económicas en relación con las demás potencias, á las que el Gobierno de 1870 había hecho grandes concesiones, comprometiendo en diversos tratados las tarifas de nuestro arancel. Examinó los fundamentos en que pretende escudarse el restablecimiento inmediato de la base 5.^a arancelaria en suspenso hace seis años: ¿cuáles son aquéllos? Principalmente el estado, que se supone próspero de nuestra agricultura; de una agricultura refractaria á recibir y aplicar las máquinas y los más recomendables procedimientos de cultivo, falta de brazos para cultivar todas las tierras y que se ve sometida á las inclemencias del tiempo, ya sufriendo asoladoras inundaciones, ya abrasadores calores. La agricultura necesita de canales de riego: ¿los hay, por ventura, en nuestro País? Necesita de caminos: ¿están construídos los que se requieren para la facilidad de nuestras comunicaciones, no llegando más que á la mitad del plano aprobado?

En materia de ferrocarriles tenemos unos 7.000 kilómetros y no hay esperanza de que por algún tiempo tengamos más. Á la vez el actual Gobierno, lejos de seguir la provechosa iniciativa de sus predecesores, que rebajaron las tarifas de transporte por las vías férreas, aumenta considerablemente los dispendios del productor, restableciendo las tarifas primitivas. ¿Es así como puede alcanzarse la prosperidad de la agricultura? ¿Es así como puede decirse que ésta se halla en condiciones de soportar la competencia con la importación extranjera, que á tanto equivale el planteamien-

to de la base 5.^a? Entró después en el estudio minucioso del tratado, fijando las mutuas concesiones que en él se establecen. El arancel francés tiene 579 partidas. Se nos han concedido 131, quedando por consiguiente 448 acerca de las cuales aquel Gobierno está en aptitud de hacer las alteraciones que crea convenientes. De las 131 partidas que figuran en la tarifa aneja, 62 dan la facultad de ingreso sin derechos en la Nación vecina; pero hay la particularidad de que excepto tres de esas partidas, las demás eran ya libres á su introducción en Francia. De las 62 partidas libres restantes, 54 ya lo eran también por el arancel general francés, y por tanto no se nos ha hecho ningún beneficio. Pero si resultara alguno, no sería por el celo de nuestros negociadores, pues la mayor parte de estas partidas libres se refieren á sustancias alimenticias que nadie más que Francia tenía interés en que entraran sin pagar.

Deducidas las 21 partidas que pagan iguales derechos en el tratado que en el arancel, y dejando aparte las que quedan libres, hay 56, de muchas de las cuales nada llevamos á Francia, y en las que se hacen ciertas concesiones, que de todos modos habíamos de obtener, toda vez que están otorgadas á otros países, y en el tratado se contiene la cláusula de nación más favorecida.

Probó que de los 38 productos mencionados nominativamente en la estadística francesa como exportados por nosotros en 1880, y entre los que hay 14 cuya exportación no excede de un millón de francos, por lo cual prescindió de ellos, 14 figuran en el tratado con los mismos derechos que en el arancel general (nada ganamos, por consiguiente, á favor de aquél), seis no están comprendidos en el tratado (tampoco podemos regocijarnos en cuanto á ellos), y sólo los cuatro restantes son los que resultan beneficiados: los vinos, las naranjas y sus análogos, el aceite y los tapones. Pero en cuanto á los vinos, es, en definitiva, ilusoria la ventaja que se nos ha concedido, puesto que si hay beneficio, éste se concederá á todos los países con quienes tenga Francia celebrados convenios con la cláusula de nación más favorecida, redundando esencialmente en favor de la nación italiana.

Las observaciones que á este propósito expuso el orador son tan elocuentes como persuasivas.

La situación de España en la cuestión de los vinos antes del convenio de 1877, era verdaderamente desfavorable, comparada con la de Italia y Portugal, cuyos vinos pagaban á su entrada en Francia 0,30 francos sin escala alcohólica, mientras los nuestros pagaban 5,20 francos con escala alcohólica. En 1877 fuimos á negociar con Francia con el propósito de obtener ventajas para nuestros vinos, y á este fin hicieron especiales trabajos todos los Ministros; el de Hacienda preparaba el arancel de 1877, con las dos columnas, y facilitaba los fondos necesarios al de Fomento para que realizara en Madrid una Exposición vinícola, á la cual citamos, no sólo á los productores, sino á todos los hombres entendidos en la materia, de todos los partidos, Exposición cuyo brillante resultado fué la preparación para ir con las muestras más selectas á la Exposición Universal de París; donde fueron examinados por un Jurado del cual formaban parte los hombres más inteligentes, y se produjo en Francia una verdadera revolución en la cuestión de los vinos.

Antes de 1877, los comerciantes franceses de vinos hacían lo que allí se llama *vinage*, que en nuestra lengua no tiene traducción, y que consiste en alcoholizar los vinos de poca fuerza. Era interés de España que en vez de la operación llamada *vinage* se hiciera lo que se llama *coupage*, para lo cual se prestan nuestros vinos perfectamente, porque tienen cuerpo y alcohol suficiente. Pues bien: aquella Exposición consiguió que se cambiase la operación del *vinage* por la del *coupage*, porque viendo los negociantes en vinos las calidades de los que presentamos en la Exposición, quedaron convencidos de que utilizando aquellos vinos y mezclándolos con los suyos, se lograba la misma ganancia que con el *vinage*, que hasta entonces venían haciendo. Así, si nosotros por desgracia nos sometemos á la escala alcohólica, como no svamos á someter, resultará que podrán introducirse en Francia los vinos italianos, que tienen cubierta, aun cuando les falta alcoholización; pero como el Gobierno francés, al mismo tiempo que introducía la escala alcohólica, suprimía el impuesto de *vina-*

ge, los vinos españoles serán sustituidos por los italianos, que son más baratos.

Además de estas circunstancias, que han sido las que han producido la gran exportación de vinos en los últimos años en Francia, hay que atender á la triste situación por que atraviesan los viñedos en aquel País. Francia poseía antes de la invasión filoxérica 2.200.000 hectáreas de viñedo. De entonces acá han perecido por completo atacadas por la filoxera 500.000 hectáreas, y se hallan atacadas otras 600.000. Son, pues, 1.100.000 hectáreas de terreno plantado de viña las que han desaparecido ó están á punto de desaparecer, es decir, la mitad de lo que había plantado.

Para evitar estos males, disponiendo nuestros vecinos de capitales y medios, emplean toda clase de procedimientos, y es seguro que, si no el remedio con los ensayos que todos los días están haciendo, llegarán á encontrar algún antídoto.

Mientras tanto aquí no hacemos nada y tenemos en el Ampurdán 600 hectáreas perdidas, y atacadas 8.000, que perecerán; en Málaga 13.000 hectáreas perdidas y 30.000 atacadas. Si la plaga invade los terrenos llanos de Castilla la Nueva, si entra en la Mancha, si llega á Castilla la Vieja, recorre Aragón y la Rioja, en brevísimo plazo verá España destruidos sus viñedos y sin condiciones, sin capital, sin medios para evitarlo y reponerlos.

Francia se prepara para suplir la introducción de los vinos de otros países, fomentando en la Argelia la plantación de vides, y rodeando aquella provincia francesa de un verdadero círculo de hierro donde no penetre nada que pueda conducir la filoxera, y tanto es así, que de 10.000 hectáreas que tenía allí plantadas en 1872, y que producían 220.000 hectolitros, en 1878 tenía 20.000 hectáreas plantadas que producían 400.000 hectolitros. Tal es la situación respectiva de uno y otro país.

Analizando las condiciones del tratado, con relación á los vinos, decía el-Sr. Conde de Toreno:

«Se establecen 2 francos de entrada en Francia y la escala alcohólica, concediendo reciprocidad á todos los vinos

comunes de Francia, excepto los espumosos, los cuales llegan á pagar 5 francos de derechos á su introducción en España.

» Hay 1.169 clases de vino que pagarán 2 francos, y 1.770 clases de vino que exceden de 15°, y por consiguiente, que han de pagar más de los 2 francos. De ser cierto, como se ha dicho, que no pagarán nuestros vinos el recargo sobre los 2 francos hasta que tengan los 16°, pagarán 2 francos 1.710 clases de vino, y más de 2 francos 1.229. Hay, por otro lado, 163 clases de vino que adeudarán más de 3,50 francos que adeudaban hasta ahora, y hay cinco clases que pagarán 5,36 francos.

» Datos para juzgar respecto de este punto:

Provincias cuyo vino no excede de 16°	4
Provincias donde no llegan sus vinos de más de 16° á más del 25 por 100.	6
Provincias que tienen más de un 25 por 100 de sus vinos con más de 16°.	2
Provincias que tienen más de un 30 por 100 de sus vinos con más de 16°.	4
Provincias que tienen más de un 50 por 100 de sus vinos con más de 16°.	2
Provincias donde están en mayor número los vinos que exceden de 16°	7»

Se vé que serán los menos los vinos españoles que paguen los 2 francos: en su mayor parte serán sometidos á la escala; tanto más, cuanto que la graduación de los vinos es cosa difícilísima de apreciar: una alteración de la temperatura, el menor cambio operado en la composición del vino, la habilidad del que ejecute las operaciones, la más pequeña causa, en fin, puede producir un alza ó una baja en la graduación, y como es natural que el interés de los funcionarios de las aduanas sea recaudar lo más posible, claro está que, al aplicar para examinar nuestros vinos el alcoholómetro de *Gay-Lussac*, adoptado en Francia, esos funcionarios estimarán la graduación siempre en daño nuestro, siempre á favor de la aduana. Esta es otra baja que experimentaremos aun en los vinos cuya graduación sea menor de los 16° *Gay-Lussac* cubierto.

«¡Y en qué momento, añadía el orador, se viene á establecer para nuestros vinos la escala alcohólica! Veinte años hace que todos los Gobiernos españoles se han estado esforzando para que desapareciese en las aduanas inglesas, y siempre que los ingleses nos han reclamado la aplicación de la segunda columna del arancel, por los beneficios que nuestros productos obtenían á su entrada en Inglaterra, nos hemos negado á concederla ínterin no desapareciese la escala alcohólica. Ya comenzaba esta cuestión á entrar en un terreno favorable para nosotros. Hubo un representante de la Cámara inglesa, Mr. Cartwright, que presentó una proposición en aquel sentido; pero el lord Canciller de Echiquier se negó á que se aprobara. Después de 1877, Mr. Cartwright encontró ocasión más propicia para reproducir su proposición, y entonces el lord Canciller no tuvo más dificultades que oponer, y se nombró una comisión que, si bien no ha llegado á proponer la supresión de la escala alcohólica, ha declarado que en Inglaterra estaban en un error los que creían que todos los vinos cuya graduación excedía de 26° Sykes (que equivalen á 15° Gay-Lussac) estaban reforzados y podían tener el objeto de introducir alcohol sin pagar derechos.

»Aquella comisión manifestó que de los vinos españoles que pasaban de esa gradación, los unos tenían una alcoholización natural, y los otros no tenían más alcohol adicionado que el indispensable para su conservación durante el transporte. Y en esta ocasión en que los vinicultores españoles iban concibiendo grandes esperanzas respecto de nuestra exportación á Inglaterra es cuando se admite la escala alcohólica impuesta en la frontera francesa.

»En tanto, los vinos franceses cada día alcanzan más los favores de la moda; y como pagan menos derechos, su importación en Inglaterra crece tanto como baja la nuestra, que en 1873 fué de 309.000 hectolitros y en 1879 había ya descendido á 225.000.

»Pero nos queda un último recurso; nos quedan, según dicen los defensores del tratado, los mercados americanos. ¡Qué error tan grande! En California la producción de la vid alcanza ya grandes proporciones; en la misma América

del Sur se van cubriendo de viñedos las faldas de los Andes; pronto estará terminado un ferrocarril que podrá conducir productos á Buenos Aires, y entonces resultará que hemos perdido mucho en los mercados de Europa y no hemos ganado nada en los mercados americanos.

»No terminaré este punto sin decir dos palabras sobre la reciprocidad respecto de los vinos.

»Mientras Italia sostiene un derecho de 4 francos por hectolitro á la introducción de vinos franceses, y Portugal sostiene otro de 5.000 reis, ó sean 27 francos, España coloca en igualdad de condiciones á los vinos franceses y á los españoles, como si no hubiera entre unos y otros enormes diferencias por el valor y no debiera compensarse con algo la escala alcohólica. Con esta reciprocidad y con la escala alcohólica, todo lo que resulte del tratado resultará en nuestro daño. ¿Que podría yo decir sobre esto tan elocuente como las palabras del Sr. Albacete que voy á leer?

«De la imposibilidad de conceder la reciprocidad en los derechos de los vinos ya he hablado á V. E.: con la escala alcohólica en Francia y sin ella en España la reciprocidad no sería posible; lo que habría sería favor para los vinos franceses, y gravísima novedad toda á nuestro daño respecto del convenio de 1877.»

»Júzguese ahora de las ventajas que obtienen nuestros vinos del tratado, cuyos defensores no tienen ya ni esta última trinchera.»

El ilustrado estadista cree que en esta situación no procedía más que ó haber prorrogado el convenio de 1877, ó haber hecho el tratado que los Gobiernos conservadores se propusieron hacer sin tarifas anejas, ó bien dejar que las cosas hubiesen marchado y que hubiera pesado sobre Francia con toda su pesadumbre la columna primera de nuestro arancel, que, como decía el Sr. Albacete, hubiera sido útil que hubiese sentido aquella Nación.

Un examen detenido y escrupuloso de las negociaciones llevadas á cabo en París por nuestros comisionados completa el discurso del Sr. Conde de Toreno, poniendo en evidencia la escasa habilidad de aquéllos ó su mala suerte enfrente

de la diplomacia francesa. Todo lo que pidió lo obtuvo ésta. En cambio, nosotros no logramos nada de lo que en justicia solicitábamos, habiendo tenido que ceder en la cuestión de los plomos, en la de los tejidos, en la de los vinos y en que el tratado rija por diez años.

¡Triste porvenir el que reserva aquel malhadado convenio á los honrados industriales españoles! Cerradas la mayor parte de las fábricas existentes; reducidos á la miseria muchos miles de obreros; arruinado el capital é imposibilitado el trabajo; ¡qué negros horizontes para España! Y todo en los momentos en que el Gobierno parece preocuparse en la necesidad de contener la emigración. ¡Buen modo de procurar este resultado! exclamaba elocuentemente el orador.

*
* *

Poco podrá argüirse de nuevo en el Senado, después de lo dicho en el Congreso por el Sr. Conde de Toreno en contra del pacto internacional. Cataluña por sus fábricas, Andalucía por sus vinos, todas las provincias productoras de España débenle una defensa tan completa como convincente y decisiva. Cuantos deseen conocer á fondo la materia, deben estudiar el concienzudo discurso del insigne hombre de Estado.

R.





REVISTA EXTRANJERA.

Los franceses reflexivos no están satisfechos de la marcha de su república. En medio de sus volubilidades, sienten vagos temores; la irresolución les embarga, y échanse á discurrir sobre lo que será el mapa de Europa en 1990. Se aterrorizan entonces y creen en la posibilidad de ver realizados los proféticos sueños que se han atribuído al Príncipe de Bismarck.

Y pintan ya á Europa á los pies del alemán; pintan un Imperio inmenso constituído por súbditos alemanes, polacos, franceses, daneses, belgas y holandeses. Ven á un Emperador-Rey omnipotente por virtud y gracia de un hombre de hierro con el título de Gran Canciller, hombre que sabe tener á raya el odio eterno oculto en el corazón de los pueblos por las armas sojuzgados. El cañón acaba de apagar sus fuegos; hay paz. Y Francia, sin fuerzas ya, sin ejércitos ni escuadras, no puede menos de caer de rodillas, sobrecogida y temblando, al oír el *Hosanna*, el atronador *Tedéum* que entonan millones de voces en Moscou y en Madrid, en Constantinopla y en Londres, en basílicas y catedrales, en templos y capillas, consagrande de una manera solemne el nuevo orden de cosas.

¡Alerta! exclama el folleto francés, de sensación, que se

titula *De la Sprée à l'Escaut par la Marne*. ¡Alerta! *Si vis pacem, para bellum*.

Pero no seamos pesimistas. Los sueños de grandes monarquías tuvieron siempre trágicos fines. ¿No nos dice la historia en qué pararon las grandes ambiciones, las inmensas conquistas del soberano de Macedonia en la antigüedad y del primero de los Carlovingios en la Edad Media, de Carlos V en la época moderna y de Napoleón I en la contemporánea?

No es ocasión de pronósticos á largo plazo, cuando en la ocasión presente recelos y preocupaciones nacen de la debilidad de un cerebro enfermizo, debilidad que es fuerza atacar con tópicos eficaces.

Lo que hay es que Francia, desde su caída de Sedán, ve acentuarse una descomposición interna que la tiene postrada. Lucha por tomar una posición cómoda, airosa y definitiva, pero no acierta. Creyó hallar la panacea de sus males en la república; no se satisfizo con las teorías de Thiers, ni con el *modus vivendi* de Mac-Mahón; dió al traste con los conservadores, se entregó en brazos de Gambetta, y hoy el ídolo de ayer ha sido arrojado á su vez del templo, y el pedestal está sin estatua, no siendo más que transitorios los nombres que oficialmente se pronuncian de Freycinet, Say y hasta de Grevy. Persisten alarmantes rumores de disidencias entre los dos primeros, y acerca de una enfermedad del último, que bien pudiera, en un momento dado, dejar sin huésped el palacio del Elíseo, poner en conmoción al País y provocar nuevas luchas para la elección de Presidente de la República.

El mal de Francia está hoy en andar á la ventura, sin política verdaderamente nacional. El fraccionamiento de los partidos, formados al calor de la idea monárquica y de la republicana, llega ya al último límite, y ni los monárquicos tienen hoy por hoy monarca á quien sentar en el trono, ni los republicanos están de acuerdo sobre el carácter que ha de tener su república.

Entretanto, en los clubs, los más enérgicos ó impacientes preparan con ardor, pero infructuosamente, soluciones opuestas; los teatros y circos se convierten en arena política don-

de se enardecen las pasiones, y el odio inspira aún discursos fanáticos, mientras que las ideas socialistas, únicas que consiguen verdadero proselitismo, minan al pueblo y le hacen proclamar como heroico remedio actual las huelgas.

El laicismo oficial arroja de los hospitales los últimos consuelos del creyente y de las escuelas la palabra de Dios, que daba un temple de celestial energía al alma del niño. Los sentimientos de la mayoría se alarman y formulan protestas; la resistencia contra las tendencias del poder se organiza, y en la hora en que sólo debiera pensarse en aunar voluntades, surgen discordias y se abren simas infranqueables entre uno y otro campo, debilitándose lastimosamente todos por el aislamiento de fuerzas.

El pueblo á quien se había dicho que la república era la panacea de todos sus males, se llama á engaño, viendo que no ha cambiado más que de señores; que las dificultades de la vida y sus trabajos son siempre los mismos, y que sólo se le concede la libertad de gritar. Cansado de presenciar luchas siempre uniformes que por lo estériles enervan, siente indiferencia por la política, llega hasta á retraerse de las urnas, como en las últimas elecciones municipales, y deja al azar el supuesto triunfo de los candidatos, volviendo con desdén la espalda al sufragio universal que en son de halago le regalaron.

¡Tristes síntomas! Y en medio de todo, sólo el clero francés, amenazado y perseguido, conserva el sagrado depósito de la fe de Israel y da al mundo alto ejemplo de paciencia y cordura. Lejos de sembrar odios, aparta á un lado las cuestiones políticas, cuyas nebulosidades turbarían la atmósfera en que vive; no cesa de predicar la paz, y de sus labios no salen más que palabras de acatamiento á los poderes en todo lo lícito y de mansedumbre evangélica.

Sus laudables esfuerzos son, sin embargo, impotentes y no pueden producir más que cierta admiración en un siglo en que la duda ha invadido todos los corazones. Algo más se necesita para restablecer el equilibrio en una sociedad perturbada y escéptica.

Sería menester un genio; pero los genios no suelen produ-

cirse más que entre las luchas de los ideales, y no hay ahora en los hombres públicos más ideal que el poder, habiéndose enfriado hasta aquellos bríos que dieron nacimiento al entusiasmo de 1789, entusiasmo de que los positivistas revolucionarios de hoy no hacen memoria siquiera.

*
* *

Si Alemania prepondera en los consejos de la antigua diplomacia, lo debe á su talento en la paz, á su sabia medida en la guerra y á sus consiguientes triunfos en todas circunstancias.

Algún mérito presupone el cetro soberano que todos conceden al Gran Canciller Bismarck para decidir las más graves y delicadas cuestiones europeas y la influencia que ejerce hasta en los asuntos más íntimos de cada Estado. El criterio de Berlín se impone en la gravísima cuestión de Oriente como en todas.

Porque así lo quiso Berlín, el Austria ocupa hoy militarmente las provincias del Este que estuvieron antes subordinadas á Turquía. Porque cuenta con el apoyo de Berlín, se ha manifestado arrogante la Puerta y triunfan sus pretensiones en Egipto y en el Norte africano. Así circulan en Londres fundados rumores de un próximo viaje del Sultán á Berlín y á Viena, y lord Dufferin parece empeñado en recabar la promesa de que el Soberano de Constantinopla, caso de verificar su viaje en proyecto, visite igualmente la corte de la Reina Victoria, y Musurus-bajá, Embajador de la Sublime Puerta en Londres, se despide de Inglaterra para ir á recibir órdenes á orillas del Bósforo.

Para evitar legítimos resentimientos de Berlín, enmudece Skobelev y enmudecen las publicaciones slavófilas, y hasta el Czar publica en 20 de abril un úkase prohibiendo á los militares el pronunciar en público discursos políticos y entregarse á una crítica que cree contraria al espíritu de disciplina, así como á los funcionarios del departamento de la guerra el publicar, sin autorización del Gobierno, escritos relativos á la situación interior ó exterior de los países extranjeros.

Berlín favorece la pacificación de la Bosnia y de la Herzegovina, y el presidente de la delegación austro-húngara, Mr. de Schmerling, así como el Ministro de Negocios extranjeros, el Conde Kalnoky, pueden anunciar en Viena que la insurrección está reprimida, gracias á la excelente dirección de las tropas, á sus cualidades militares, y que hay la fundada esperanza de que en breve imperará el orden en aquellas provincias, preparándose mientras tanto el día en que puedan ser incorporadas al Imperio.

Berlín influye en el Vaticano y prepara sin duda soluciones al problema católico; Berlín influye en el Quirinal y alienta tal vez contra los franceses las animosidades del partido de acción y de la *Italia irredente*. ¿Quién sabe si Berlín entra también por algo en la situación interior de Francia, ya en las grandes manifestaciones del socialismo que provoca soluciones extremas y disolventes, ya en la actitud del catolicismo que protesta en masa contra la antiliberal é inicua ley de la enseñanza laica y obligatoria? ¿Quién sabe si Berlín entra por algo en esa agitación febril en medio de la que luchan los exministros de Gambetta, los miembros del actual Gabinete y los hombres que aspiran á formar el Gobierno futuro?

* * *

Lo cierto es que en Francia como en Italia, en Rusia como en Inglaterra, en Austria como en Constantinopla, se hace sentir la influencia política del Canciller Bismarck.

Esa preponderante política será, sin embargo, combatida en la misma Alemania y en el Reichstag convocado para el 27 del corriente.

Los liberales alemanes se proponen combatir resueltamente los proyectos del Canciller, incluso el relativo al monopolio del tabaco; pero esas deliberaciones y esos empeños de la oposición hacen poca mella en el ánimo de Bismarck, que, parapetado con el poder y la iniciativa casi absoluta que sobre el Parlamento conceden á la Corona recientes rescriptos, espera los ataques con pie firme y ánimo sereno.

Los mejores argumentos del Canciller son la fuerza material de que dispone y que cada día aumenta. Se habla de la invención de un nuevo instrumento mortífero cuya explosión es igual á la de los torpedos y está construído por la fundición de Krupp. También se ha ensayado un nuevo cañón, fabricado de tal modo que, á pesar de su gran calibre, puede colocarse en los más pequeños barcos cañoneros. ¡Nuevos elementos de matanza y de guerra; grandes medios de seguir disponiendo del poder militar y político!

*
*
*

Entretanto, la situación de Rusia también mejora en lo que cabe. El nombramiento de Mr. de Giers para Ministro de Negocios extranjeros—nombramiento que tuvo por inmediato efecto un alza general en la Bolsa de Londres y en particular de 2 por 100 en los fondos rusos—fué saludado por la prensa de San Petersburgo con demostraciones de la más calurosa simpatía. El domingo de Pascua fué conocido del público tan importante suceso diplomático, y grandes y pequeños saludaron la noticia como augurio de una era favorable á las relaciones internacionales de Rusia, siendo el nuevo Ministro partidario decidido de la paz. Fué Mr. de Giers cónsul general en Egipto, encargado de Negocios en Bucharest, Ministro plenipotenciario en Persia, Suiza y Stockolmo, director del departamento asiático, y en los últimos tiempos gerente del Ministerio de Negocios extranjeros.

Nuevas agresiones contra los judíos han perturbado la provincia de Kerson y siguen perturbando varias localidades. Las tropas han puesto fin á los desórdenes sin efusión de sangre; han sido presos los comprometidos en los alborotos, y en estos momentos se abre una información severa para castigar á los culpables de desmanes. La raza israelita, cuya conducta no fué siempre la más correcta, es cordialmente odiada por el hombre del pueblo, y los conflictos sucedidos necesitan todavía algun estudio.

Después del nihilismo de Rusia, sobre cuyos novísimos

manejos hay noticias que implican hoy contradicciones que es fuerza aclarar, la cuestión más extraordinaria y pavorosa sigue siendo todavía la de Irlanda.

Hace un año que murió lord Beaconsfield, y su recuerdo no ha podido borrarse de la memoria del partido de que era personificación ilustre. Sus mismos adversarios tratan de no ser ingratos con aquel gran hombre de Estado, y confiesan que, mejor que Mr. Gladstone, hubiera sabido contribuir á la consolidación de la paz europea. Nadie pone en duda que si lord Beaconsfield hubiese vivido, ya en el poder ó ya en la oposición, los asuntos de Irlanda no se hallarían en el caos, del que no sabe sacarlos Mr. Gladstone.

Los conservadores, los toríes, tendrán al fin que recoger la desastrosa herencia del partido liberal. Lord Salisbury y cuantos le siguen, han emprendido una campaña enérgica; han prometido luchar sin tregua ni cuartel contra los progresos de la demagogia, que amenaza invadir todas las granjas de Inglaterra y de Escocia, declarando también que la nueva ley agraria debe denunciarse como un acto peligrosísimo de despojo, el más inútil é inícuo que pudo votar el Parlamento.

Es seguro que Mr. Gladstone no reconoce todavía los errores que ha cometido en Irlanda; pero desgraciadamente, no hay duda de que se halla en la necesidad absoluta de imponerse á las poblaciones irlandesas, para evitar catástrofes espantosas, explosiones de dinamita, represalias sangrientas.

*
*
*

En resúmen. Alemania sigue dominando la política europea. Desvanecidos los temores de guerra, Rusia acude á remedios heroicos para acabar con el mal que roe sus entrañas; Inglaterra tendrá que decidirse á lo mismo para recobrar el bienestar perdido; Austria invierte un crédito de 23.733.000 florines para pagar los gastos que ocasiona la ocupación de la Crivoscia y Herzegovina, y se da por satisfecha con haber vencido una insurrección que pudo ser formidable; Turquía

tiene la vista fija en el Egipto convertido en un caos desde que intervienen en sus asuntos comisiones europeas, y Francia... Francia acaba de presenciar una evolución de sus políticos que merece consignarse.

La República ha entrado en un período incalificable desde la caída de Gambetta. Hemos presenciado una lucha á brazo partido entre los partidarios de Gambetta y los defensores del Ministerio Freycinet-Say, pero no hubiéramos sospechado nunca ver declarar la guerra franca y resuelta al Jefe de la República, al mismo Mr. Grevy, á quien hoy suponen los antiguos oportunistas dictador encubierto y tirano hipócrita.

Se ha dado ya la señal de ataque. Los denuestos y hasta los más sangrientos dicterios han sido las primeras balas rojas que han empezado á cruzarse de una y otra parte. Esperemos asistir al triste y curioso espectáculo de una descomposición que espanta.

¿No verán esos republicanos que el hombre de hierro sigue acechando desde Berlín y arma al brazo?

S.

